

CRISTINA LÓPEZ BARRIO RÓMPETE CORAZÓN

Una inquietante desaparición. Una pasión que siempre vuelve.
Una leyenda que atraviesa el tiempo.



ÍNDICE

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Introducción

1. Aurora
2. Arturo
3. Blanca
4. Arturo
5. Roger
6. Aurora
7. Arturo
8. Ricardo
9. Blanca
10. Arturo
11. Roger
12. Aurora
13. Ricardo
14. Roger
15. Estela
16. Arturo
17. Blanca
18. Arturo
19. Ricardo
20. Blanca
21. Roger
22. Aurora
23. Blanca

24. Aurora
25. Arturo
26. Roger
27. Ricardo
28. Blanca
29. Aurora
30. Arturo
31. Blanca
32. Ricardo
33. Blanca
34. Aurora
35. Estela
36. Arturo
37. Blanca
38. Aurora
39. Roger
40. Arturo
41. Ricardo
42. Roger
43. Estela
44. Roger
45. Blanca
46. Estela
47. Roger
48. Ricardo
49. Blanca
50. Estela
51. Blanca
52. Roger
53. Ricardo
54. Aurora
55. Blanca
56. Roger
57. Ricardo
58. Roger
59. Blanca
60. Aurora

61. Ricardo
62. Aurora
63. Blanca
64. Ricardo
65. Blanca
66. Aurora
67. Ricardo
68. Blanca
69. Arturo
70. Blanca
71. Aurora
72. Arturo
73. Ricardo
74. Arturo
75. Blanca
76. Arturo
77. Blanca
78. Ricardo
79. Arturo
80. Roger
81. Blanca
82. Roger
83. Aurora
84. Estela
85. Aurora
86. Roger
87. Aurora
88. Arturo
89. Aurora
90. Ricardo

Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Blanca Oliveira pronto se arrepentirá de haber regresado al caserón familiar del monte Abantos donde hace trece años desapareció su hija Alba sin dejar rastro. A los pocos meses de instalarse allí con Ricardo, su nuevo marido, y las dos hijas que le quedan, desaparece otra de ellas. La historia se repite: la edad de las niñas; el inspector de policía encargado de resolver el caso; la única pista, una cinta roja hallada en el jardín; la muerte de un caballo, y el cuento de hadas relacionado con la historia de la familia que pesa sobre cada uno de sus miembros como una maldición.

Cristina López Barrio se embarca en una impactante trama coral donde el suspense y la intriga policiaca se entremezclan con el poder de los lazos familiares, la magia de los cuentos de hadas y las trampas de la pasión amorosa.

Cristina López Barrio



Rómpete, corazón

 Planeta

*A las moiras, que tejen nuestro destino:
una tira del hilo de la vida, otra lo estira, otra lo corta...
A mi querida moira, siempre gracias.*

¡Esto no es bueno, ni puede acabar bien!
Pero ¡rómpete, corazón, pues debo refrenar la lengua!

W. SHAKESPEARE, *Hamlet*

Cuando no sepas qué hacer, pregúntale a tu muerte.

PROVERBIO BUDISTA

Introducción

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Se la llevó. Y nunca más se la volvió a ver.

—¿La mató?

—Quizá, lo que sí pasó fue que la princesa tuvo otra hija, esta vez con el príncipe, y él también se la llevó para cobrarse el precio.

—Qué cruel.

—Así es el cuento, Aurora. Aunque todo sucedió hace muchos, muchos años, aún sucede...

AURORA

24 de abril de 2019, 22:50 horas
Día de la desaparición

Érase una vez quien no quería ser, esa soy yo: Aurora. Qué horror de nombre tengo, parece el de la princesa de un cuento de hadas.

Esta tarde ha desaparecido mi hermana Clara. Han encontrado abierta la puerta del torreón, como la otra vez, y un trozo de cinta roja enganchado en la valla. Todo ha ocurrido igual que hace doce años, solo que en esta ocasión no ha desaparecido mi hermana gemela. Nacimos el 5 de junio de 2003 en este mismo pueblo; dicen que mamá casi se desangra en el jardín, la encontraron desmayada entre las rosas. Muy de mamá, nada de desmayarse en un sitio vulgar. En el reparto de nombres, y solo en esto, mi hermana tuvo más suerte: Alba, la llamaron. Aurora y Alba.

Mi padre me contaba que Alba y yo llegamos a este mundo cuando aún no es de día pero ya ha comenzado a irse la noche, lo que se llama *amanecer*, para no ponerme rebuscada, la noche se muere al tiempo que nace el día, eso es. Quizá en ese instante quedó escrito el destino de mi hermana y el mío. Una debía caminar hacia la oscuridad, otra hacia la luz. Cuando me asalta esta idea siento que mi corazón se pone blando y se estira, como si fuera chicle, por todas las partes de mi cuerpo. Tengo el corazón en la cabeza, en la punta de los dedos, en los tobillos. Lo siento palpar mientras desea algo que no sucede. Quizá en esta ocasión sea diferente y Clara no corra la misma suerte que Alba y aparezca.

Hace unas horas que ya es de noche. Por la ventana de mi dormitorio, donde estoy encerrada por orden de mamá, no sea que yo también me evapore, distingo el triángulo de la sombra del bosque. Tengo el corazón en la pantorrilla derecha. La izquierda está sepultada en una escayola desde hace meses, no puedo curarme. Para detener los latidos enciendo mi

cámara de vídeo, una vieja Panasonic que perteneció a mi padre: ON. Voy a ser directora de cine. Cuando miro a través de ella todo es perfecto como en las películas de Tim Burton. Desde que murió papá la vida me resulta bastante rara sin la cámara. En el porche descubro a mi madre y a Ricardo. Me gusta observarlos en la pantalla, atrapados en los límites del encuadre. Aquí están más vivos y dicen quiénes son. A la cámara no le puedes mentir. Ella fuma, aunque lo había dejado; él gesticula con las manos, se las lleva a la cabeza, luego la señala con el dedo. No puedo oírlos, pero imagino lo que mamá le dice, o lo que me gustaría que le dijera: «Nunca quise regresar a esta casa y me obligaste, me obligaste y ahora ha vuelto a suceder...».

El pasado nos ha comido, mamá, somos su pizza margarita. OFF.

Desde que tuve que vivir otra vez en este pueblo, sueño muchas noches con Alba. Lo único que en mis sueños mi hermana no ha crecido, tiene la edad de cuando desapareció: tres años. Sin embargo, ayer, a la salida del colegio, en la calle Floridablanca, fui a fumarme un cigarro con Maty —él siempre está pendiente de mi escayola—; el caso es que me pareció ver a Alba por un segundo. Vi a un ser idéntico a mí, a como soy ahora, con chándal y caminando bien, claro. Le dije a Maty: «Mira, mírala, está viva». Saqué la cámara de vídeo de la mochila y mientras la encendía ella torció por la calle del Rey. La habría seguido a toda velocidad si no tuviera la escayola. Era mi hermana o mi doble. Mi padre me dijo una vez que todas las personas teníamos un doble. «¿Y para qué sirve?», le pregunté. Se encogió de hombros. Maty salió corriendo y me dijo que no había ninguna chica con chándal y menos que se pareciera a mí, que mis ojos no se pueden replicar de negros y grandes que son. Le grabé diciéndomelo y luego me lo puse cuando llegué a casa. Ya he dicho que a la cámara no se la puede engañar.

ON: Mamá y Ricardo ya se han ido. Ahora grabo el torreón, parece un fantasma de pie en el jardín. De alguna forma también es culpable de mi nombre —no podían haberme llamado Ana o Carmen, Aurora es un asco de cursi—. Mi abuela Rosa le contaba a mi madre que justo ese, y no otro, es el torreón donde durmió la Bella Durmiente por lo menos los cien años. Luego llegó Disney e hizo el resto...

¿Será una casualidad que ayer me pareciera ver a Alba y hoy desaparezca Clara, como si fuera el estribillo de una canción lo que nos sucede, mamá? ¿Se la habrá llevado Alba porque se sentía sola? Qué cosas

se me ocurren. La puerta del torreón se abre y sale un hombre al jardín. Es el policía, el inspector o como se llame. Cuando mamá le ha visto se ha vuelto loca, ha tenido eso francés, un *déjà vu*. ¿Qué hará el policía en la torre, quizá espera encontrar a una vieja bruja con un huso?

Las nubes se han puesto a subirse unas encima de otras. Esta noche va a ser larga. Hay muchos policías con perros buscando a Clara por el jardín. ¿Les habrá hablado mamá sobre la zona donde mi bisabuela prohibió poner un pie? Me parece escuchar el corazón del tiempo, cada minuto es importante, late junto al mío. Ajusto el *zoom* y enfoco las luces de las linternas de los policías que buscan también por la falda de Abantos, me recuerdan a las luciérnagas. OFF.

ARTURO

1 de marzo, 17:00 horas

Un mes y veintitrés días antes de la desaparición

La Casa del Torreón, así me había dicho mi mejor amigo que la llamaban, y que en ella vivía la bella Blanca. Toda mi esperanza de encontrar una historia para mi nuevo guion la había depositado en aquella mujer y en la casa, después de más de un año de sequía creativa. El navegador me había hecho dar mil vueltas por las calles adoquinadas del pueblo, donde las cúpulas del monasterio surgían de pronto haciéndote sentir dentro de un decorado, hasta que tomé por mi cuenta una carretera que ascendía hacia el monte Abantos. Era una tarde de llovizna. De asfalto brillante y viento. Nunca he creído en los malos presagios, aunque mi estómago se erice de miedo sin saber por qué. Aquella noche había soñado con mi propia muerte. Me ahogaba con un hueso de mango en una taberna del trópico, sudado y con traje blanco, parecía una peli mala de los años cuarenta. Una muerte absurda, y más aún cuando un fotograma después me encontraba inexplicablemente tendido sobre una manta blanca, entre unos pinos semejantes a los que la carretera ponía frente a mí, y con un regusto a sangre en la boca. Detuve en la cuneta el viejo Volkswagen. Abrí la guantera. Ni los sueños me eran favorables en aquel primero de marzo que me conducía, sin yo saberlo, al naufragio. Rescaté un cigarrillo de un paquete de sin filtro, y palpé el 45 oculto bajo un revoltijo de multas. Nada es como parece en los días de lluvia. Encendí el cigarro y bajé del coche, tras cerrar la guantera. La vida habla por boca del cielo. Un Mercedes plata pasó por mi lado y lo detuve.

—¿Una casa que dicen del Torreón, le suena por aquí? —le pregunté a una mujer.

—Cuando termine esta carretera, siga un camino de tierra que verá a mano izquierda —me respondió—. La casa está en la falda del monte.

Unos kilómetros más arriba, conforme me había indicado, vi despuntar entre los pinos una construcción cilíndrica, hecha de piedras, cuyo tejado comenzaba a borrarse por la neblina que descendía de la cima de Abantos. «El torreón», me dije. Aparqué al final del camino de tierra, junto a una verja doble de hierro. Al bajarme del coche presentí que había traspasado una barrera invisible donde el primer guardián era el viento que todo lo azotaba. Desenrosqué sin esfuerzo la cadena que unía por sus barrotes las dos puertas de la verja. Blanca así lo había dispuesto:

«Encontrarás el candado abierto. Aún no hemos arreglado la cerradura y tampoco hemos puesto un timbre. Pero, si lo que buscas es aislarte del mundo para trabajar, agradecerás que siga así», eso me dijo por teléfono la tarde anterior a mi llegada.

Aislarme del mundo. A primera vista aquel era el lugar perfecto. Me adentré en él con el coche, siguiendo un camino de losas de granito que serpenteaba entre una avenida de tilos. En algunos tramos había de adivinar por dónde continuaba ya que las malas hierbas lo cubrían, desdibujándolo. Por más que me esforzaba, no conseguía ver la silueta de la casa; solo el alto torreón, un faro en aquel mar de árboles y niebla, me guiaba hacia sus muros. Y cuando estos surgieron, imponentes, el torreón me recordó a una pieza de ajedrez.

Sabía por mi amigo y por los periódicos lo que ocurrió allí hacía doce años. Los estragos que esa historia de la desaparición de una niña había causado en una familia que parecía tocada por la fatalidad. Mi amigo, que era colega del padre, de la facultad por lo visto, fue a visitarle cuando ya había pasado lo menos un año y la cría seguía sin aparecer. «Todo permanecía en la casa como si no hubiera transcurrido el tiempo —me dijo—, daba escalofríos.» Las botitas de la niña, con su nombre de luz, cargadas de musgo en el zaguán, en espera de la lluvia; la taza del desayuno y la ropita del cesto de lavar con su memoria intacta, incluso la sábana arrugada de la noche aciaga que desapareció, se hallaban inmóviles para ahuyentar el olvido. Fue entonces cuando ella entró en el salón, donde mi amigo y el padre bebían un whisky. «Te aseguro que uno dudaba de que perteneciera a este mundo.» Tenía el rostro del color que dejan los barbitúricos y los malos sueños, y unos ojos verdes atravesados por la desgracia. Miraba sin ver, envuelta en un camisón blanco en carne viva, y

el cabello rubio, espectral, enmarañado hasta la cintura. Revoloteó entre el humo de los cigarrillos, llevaba prendidas en la espalda unas alas de mariposa de cartón dorado. Se bebió de un trago el whisky de mi amigo y se esfumó dejándolo sin habla.

«No pude quitarme su imagen de la cabeza durante meses —me juró —, soñaba que la tenía entre mis brazos y la consolaba de su desgracia.»

Esta era la presentación que mi amigo me había hecho de la bella Blanca. Ella se hallaba tras aquellos muros, no había de hacerla esperar.

BLANCA

1 de marzo, 17:31 horas

Un mes y veintitrés días antes de la desaparición

Sabía que olía a sexo cuando abrí la puerta, y que de la bata improvisada se me salían los pechos aún despiertos. Él disimuló. Calculé que tendría unos treinta y tantos, fuerte y alto, con los cabellos ondulados por alguna fuerza de la naturaleza. Lo que más me gustó fueron sus manos, largas como mantis religiosas, con las yemas cuadradas y las uñas grandes, limpias.

—Soy Arturo —me dijo.

No se atrevía a mirarme directamente a los ojos, y se rascaba la nuca de vez en cuando. Cargaba con una maleta de piel antigua que contrastaba con la moderna bolsa del portátil en color negro. Le había dado la bienvenida el viento.

De camino a su habitación tosió varias veces por la escalera. Llevaba conmigo su mirada. En mi espalda, un fardo con el que había de cargar. ¿Hacía bien en hospedarlo con nosotros?

—¿De qué año es esta casa? —preguntó.

Su voz me erizó la piel.

—Pertenece a mi familia desde hace generaciones. Mi madre la adoraba. ¿Te gusta el whisky?

Asintió.

—Mi madre presumía de adivinar el tipo de persona que era alguien por el crujir de sus pisadas en los peldaños de la escalera. Decía: «Los hombres malvados tienen los pies invisibles y los crujidos son muy leves. Por eso nunca se los oye llegar».

Dejó de subir los escalones, ¿temía averiguar qué tipo de hombre era?

Cuando abrí la puerta del salón entró con cautela. Le serví un whisky con un poco de hielo y no rechistó. Si algo sé hacer bien es servir whisky a los hombres.

—¿Cuántas películas has hecho?

—Una.

—Pero de mucho éxito, según me ha contado Ricardo.

Bebía tierno. Empezó a llover. Me puse melancólica.

—Puedes fumar si quieres. Y en tu habitación también, por supuesto. Espero que estés a gusto con nosotros. ¿Tienes un cigarrillo?

Me ofreció un paquete de Marlboro rojo y otro de sin filtros, elegí el Marlboro. Adoro fumar, pero mi garganta no lo soporta. Con la primera calada me sentí mejor.

—¿Qué clase de historia vas a escribir? ¿Fantasmas, quizá? Los domingos nuestra vecina organiza sesiones de espiritismo y son muy divertidas. También te puede leer el futuro en el tarot. Se llama Estela.

Me había sentado en el sofá blanco con las piernas cruzadas. Tengo las rodillas demasiado huesudas. La lluvia era un velo en la ventana, la niebla nos sitiaba. Se sentó en la otra punta del sofá.

—¿Tú sueles ir? —me preguntó.

Me gusta la lluvia y la intimidad que enciende alrededor. Percibí que a él también. Me olía a miedo, lo detecté como si fuera un perro. Lluvia, viento, whisky y cigarrillos.

—¿Has leído *Grandes esperanzas* de Dickens? Estela se parece a miss Havisham, está varada en el tiempo, con el corazón roto —le dije.

El whisky sin hielo me quita el gusto del cuerpo de Ricardo. De su sudor. De los besos que me dejan nieve en la boca. A veces, mientras hablo con otras personas, me asalta la imagen de su rostro después de un orgasmo: los ojos entrecerrados, los labios aún tensos y la cabeza ligeramente hacia atrás. Fue así desde el principio, desde que soñaba con acostarme con él, hace muchos años. Todavía conserva un aire juvenil después del placer, quizá porque tenemos que recuperar el tiempo perdido.

ARTURO

6 de mayo, 22:10 horas

Doce días después de la desaparición

Amar lo que eligieron otros ojos.

El 45 me tiembla en las manos. He encontrado la puerta del torreón entornada, quizá alguien sabe de mi presencia. Huele a humedad, a polvo; huele a un tiempo que no nos pertenece. La luna se ha hecho líquida sobre los peldaños de caracol. Temo resbalar. Vine en busca de una historia y es ella la que me ha encontrado a mí. En el tejado oigo el aleteo de los murciélagos. La mano helada.

ROGER

24 de abril, 20:25 horas
Día de la desaparición

—Inspector Rogelio Sánchez —le dije extendiéndole la mano.

Debía presentarme de manera oficial delante de mis compañeros, aunque ella no me había olvidado. Lo vi en el vacío que se abrió en sus ojos. Estaba más atractiva que cuando le informé, en este mismo recibidor, que el caso de la desaparición de su hija Alba se había quedado en una vía muerta. Ni rastro de la niña.

Que el último trabajo de mi carrera fuera una repetición macabra del caso que me quitó el sueño durante mucho tiempo y casi la vida, todavía me levantaba con la boca seca y las manos sudorosas, era una ironía del destino. ¿O no? ¿Había de cerrar aquella herida para jubilarme en paz? ¿Quién lo disponía así?

—Roger, la vida te da una segunda oportunidad, o algún hijo de puta que quiere burlarse otra vez de nosotros —me dijo el jefe, el mandamás de la unidad, Iturri.

No, no se trataba de él. La envidia se halla en la propia vida perra que no deja de ponernos a prueba. Ataca siempre que crees estar ya a salvo.

—¿Y no será mejor unos ojos nuevos? —contesté, aunque sabía que mi compañero joven y fresco estaba de baja con una clavícula rota.

Iturri chasqueó la lengua.

—No me jodas, Roger, nadie mejor que tú conoce los detalles del anterior caso, incluso a la familia. Sabes que los minutos son cruciales cuando se trata de niños; además, quítate la espina, pero, eso sí, esta vez no te folles a nadie.

Conforme me había aproximado con el coche patrulla por el último tramo de la carretera de tierra, el estómago se me había hecho un nudo gordiano. Volvía a asaltarme la misma sensación que hace doce largos años: aquella casa de muros de piedra y su jardín tenían algo que contar, siempre lo sospeché, y además querían hacerlo, pero qué. En ese tiempo yo era un cincuentón aficionado a las prostitutas de las barras americanas y a la ginebra. Había conseguido llegar alto gracias a lo que mi madre llamaba mi *instinto de ruiseñor*, que me hacía un tipo sensible hasta en ocasiones dolerme estar vivo. En cambio, en mi trabajo me había proporcionado un olfato de sabueso para encontrar asesinos y personas desaparecidas. Jamás pensé que se me resistiría esa niñita de tres años, Alba. Jamás pensé que la conocería a ella y que por primera vez en veinte años de servicio se tambalearía mi ética, incluso mi propia dignidad; seamos claros, más que tambalearse llegaron a importarme un carajo.

El caso fue un reto: una niña desaparecida en su propia casa, sin pruebas de violencia alguna, ni de un extraño en la propiedad. Solo los miembros de la familia —los padres, la abuela, la hermana— y una vecina chiflada que de alguna manera también pertenecía a ella. Registramos el jardín de cabo a rabo, hasta la zona prohibida que permanecía en un estado casi edénico, cubriendo la parte trasera del torreón desde hace un par de generaciones. Una criatura de solo tres años no tiene la rapidez ni la agilidad para trepar por aquella valla que lo mantenía alejado de intrusos e incluso de sus propios dueños por leyendas y un cuento maldito que ella me contó. Y, sin embargo, en ese lugar había encontrado la única pista, una cinta roja enganchada en la valla. Así empezó todo, pero una criatura no se esfuma sin que nadie le eche la vista encima. Mes y medio de investigación con apenas pistas o rastros que seguir. Ni un excursionista perdido en el monte Abantos que hubiera llegado hasta la casa y aprovechado para hacerse con Alba. Solo algunos sospechosos que tuve que descartar finalmente. Y luego estaba el tema de la gemela. Siempre andaban las dos niñas juntas, inseparables una de la otra. Ahora deben de tener quince o dieciséis años, hablo en plural porque no encontramos ni una sola evidencia de la muerte de Alba, y hasta que no hallo un cadáver, o lo que quede de él, no doy nada por hecho.

—¿Usted?

Blanca había dejado de tutearme.

AURORA

1 de abril, 20:03 horas

Veintitrés días antes de la desaparición

Mamá siempre dice que una niña buena debe aprender a guardar secretos. Mantener la boca cerrada para que no duela, ni a ti ni a otros. He de decir que yo tengo los míos, y de momento no pienso revelárselos a nadie. Cuando vivíamos en Madrid, antes de que mamá me obligara a mudarme a este pueblo porque Ricardo así se lo mandó, todo iba mejor. Creí que me curaría de la pierna, que después de arrastrar por el mundo un yeso desde que murió papa, hace meses, por fin iba a sentirme ligera, iba a volar. Pero no, pasó todo lo que pasó y estoy otra vez con el hueso que no suelda, los médicos no se lo explican, incluso parece que he vuelto a romperme algo más. Ellos no lo entienden, tengo los huesos de cristal, como el tipo que luego jode al superhéroe en la película de Shyamalan. Las heridas no se curan tan fácilmente, necesitan que no se meen en ellas, que no las abran y te digan «Perdona, no sabía que iba a dolerte». Eso es lo que hace mamá, adorar a Ricardo, y beber whisky, y decir que la belleza está en lo imperfecto, ¿es que quieres que esté lisiada para siempre, mami?, tú que eres así, la princesa del cuento..., y te casas otra vez y todavía sonríes a otros como lo haces, y, y, y..., hay heridas muy heridas, ni se abren ni se cierran, solo se hacen más hondas y se ponen a echar fuego por la boca en plan dragones.

Mamá nació en esta casa, en el dormitorio que ahora comparte con Ricardo, en la misma cama donde la tuvo mi abuela Rosa. Duerme cada noche acurrucada en el útero de su madre. La abuela Rosa quizá se revuelve en la tumba cuando siente también el cuerpo de Ricardo. He grabado muchas veces esta habitación. ON: la cama, empiezo la toma por una pata de madera y subo hasta el dosel blanco. «Duermo bajo un manto

de nieve —me decía mamá cuando era niña—. Mira, Aurora, ¿ves esos puntitos que tiene la tela?, *plumeti* se llama, son los copos.» Nos tumbábamos a la hora de la siesta. «Si me quedo bajo el dosel, él no me llevará como a Alba», le decía escondiendo la nariz en su cuello. Con mamá estaba a salvo. Ella era la fuente de la vida, de la mía al menos. «Mientras toque una parte del cuerpo de mamá, no desapareceré», pensaba. A veces papá también se tumbaba a nuestro lado. Todos en el útero de la abuela Rosa. Apretados, pero juntos y vivos. Recuerdo el olor de papá. No el de la colonia que usaba, sino el de su piel, que se parecía al del jardín cuando llueve. OFF.

Mi abuela Rosa también nació en este dormitorio, aunque no bajo el dosel de nieve. Era hija de un diplomático y una cantante de ópera que llegó a ser muy famosa durante por lo menos una década. Su nombre artístico era Fina Melgar, con el apellido de su madre. La casa pertenecía a su familia. Mamá dice que si aguzas el oído, algunas noches, entre los crujidos de la escalera, se escucha «Casta diva» de *Norma*, el aria que cantó antes de tirarse por una ventana del torreón, pero yo aún no la he oído, y eso que me gusta el miedo, por eso visto siempre de negro y porque en esta casa alguien tiene que llevar luto; también podía haber ido de blanco, a lo indio. A la abuela Rosa le encantaba explicar sus orígenes, para ella la sangre era algo a lo que no se podía escapar; me decía: «Estás destinada a nosotras, todas las Melgar habitamos en ti». Hay un retrato de ella en la escalera, como en los castillos ingleses. Muy joven. Con el cabello rubio que heredó mamá y los ojos grises. En cambio, no hay ni una sola fotografía, para eso hay que irse a casa de tía Estela, salvo un par de ellas que mamá guarda en la mesilla de noche y a veces miro sin que lo sepa. Siempre fue muy guapa, incluso cuando la vejez se la estaba comiendo. Solía llevar el cuello cubierto de los collares de perlas que habían pertenecido a todas las mujeres de la familia, la tradición manda que a cada Melgar se le regale uno en su dieciséis cumpleaños, a mí me queda poco para recibirlo. Le temblaban mucho las manos de uñas largas que me clavaba en el antebrazo sin razón. No era una abuela apacible, aunque sí divertida porque me enseñaba a bailar el tango en el jardín, le apasionaba todo lo argentino. Alba y yo no nacimos en la casa, sino en el hospital porque mamá se desangraba. ¿Qué hacía de noche vagando por la rosaleda?

ON: El suelo del dormitorio está cubierto por una moqueta color crema. Me gustan las tomas desde abajo, las *tomas insecto*, así las llamo, y luego continuar el ascenso. Mamá con tacones negros de aguja, por lo menos ocho centímetros. Tobillos delgados, vaqueros, camisa azul, melena. Frente al espejo del tocador, se pinta los labios con un carmín rojo. Es obvio que sale a cenar con Ricardo y me deja una vez más de canguro de Clara. OFF.

—Mamá, de todos los hombres del mundo, ¿por qué le has tenido que elegir a él?

ARTURO

3 de marzo

Un mes y veintiún días antes de la desaparición

Diría que voy de puntillas por la casa, la siento viva y temo molestarla con mi presencia. Duermo inquieto en la habitación de la buhardilla donde me han instalado, a pesar de tener mi intimidad, un cuarto amplio y luminoso y mi propio baño. Soy un extraño que sobre todo observa y que es observado, lo sé, por la familia, por los muros que custodian su historia y parecen tener ojos invisibles. Vine a robarles algo, tengo esa sensación, y el temor a que me descubran me quita toda naturalidad en el trato. He de enmendarme, relajarme. Aún soy incapaz de mirar a Blanca directamente a los ojos más que unos segundos cuando se dirige a mí. Verla en su belleza cotidiana me desconcierta. El solo hecho de que prepare café y unas tostadas. Nunca me había ocurrido antes. El marido no me quita la vista de encima cuando estoy cerca de ella, está midiendo el efecto que su mujer produce en mí y yo procuro evitarlo. Es un tipo de complexión poderosa, fuerte. Un tipo atractivo, la verdad. En el precio que pago al mes está incluido el desayuno y tres cenas a la semana. La otra tarde se me ocurrió ofrecerle a Blanca mi ayuda para cortar unas cebollas, es ella la que cocina y lo cierto es que no creo que esté muy acostumbrada a hacerlo. Dijo que sí, tenía los ojos verdes que le brillaban como canicas. El marido apareció por nuestra espalda, solo chasqueó la lengua, y ella me soltó un «Gracias, puedo apañármelas». Cuando nos sirvió la cena tenía una tirita en un pulgar.

Esta mañana me he quedado solo en la casa por primera vez. He bajado la escalera despacio, acariciando la barandilla para intentar

ganármela, para pedirle permiso por lo que iba a hacer. Es una sensación extraña, incluso demente diría yo, pero la mejor que he tenido en el último año, que ha sido como un páramo de emociones. Creo que pronto comenzaré a escribir, lo noto en el estómago. Reconozco que estoy excitado. En el porche, al tener la oportunidad de examinarlo con atención, he descubierto algo que me ha sobrecogido. Botas de agua. Tres pares con el nombre de su dueña pintado en la parte delantera. Las más grandes de Blanca, luego las de Aurora y las de Clara. Entre medias de estas había un hueco, un hueco donde cabrían unas botitas pequeñas, las que calzaría una niñita de tres años, las botitas de Alba que vio mi amigo y ya no están. He buscado las botas de Ricardo, pero no las he encontrado. No se me ocurre qué puede significar o si tiene algún significado, es posible que simplemente no le gusten las botas de agua, o no sea un hombre de campo, lo que sé de él se limita a su profesión: arquitecto. Parece ser que está trabajando en un proyecto para un concurso importante, un complejo comercial a las afueras de Madrid que le catapultará a la fama, al menos eso le he escuchado.

Todas las hijas de Blanca son de su primer marido, muerto hace no más de diez meses, eso me contó mi amigo. Una pena, un tipo divertido, sencillo, un informático más o menos de mi edad.

He recorrido el salón, el cuarto de estar y la cocina de forma exhaustiva, me ha sorprendido que no haya ni una sola fotografía familiar en las mesitas, cómodas o librerías que he encontrado. Ni una sola de las niñas, de Aurora o de Clara, de Alba para recordarla. De la boda de Ricardo y Blanca. Nada. Antes de presentarme como candidato para que me alquilaran la buhardilla hice mis deberes. Si de aquí sale un buen guion, se lo deberé a mi amigo, que fue quien me puso en contacto. He trabajado duro en la hemeroteca en busca de lo que dijeron los periódicos de la desaparición de Alba en noviembre del año 2006. Fue un suceso que conmocionó al pueblo. He de reconocer que lo que más me interesó de la investigación fueron los artículos que algunos periodistas escribieron sobre la familia de Blanca. Por lo visto, que investiguen a los padres es habitual cuando no se encuentra ninguna otra pista o indicio de que alguien pudo raptarla. Especulaciones más o no, el caso es que Blanca estuvo retenida en comisaría cuarenta y ocho horas como sospechosa de la desaparición de su hija. Su familia, los Melgar, eran conocidos por todos en el pueblo porque poseían una gran fortuna, pero también una

enfermedad hereditaria que produce locura en la rama femenina. Tengo una fotocopia de un artículo donde aparecía la foto de una mujer bellísima, la abuela de Blanca, una cantante de ópera famosa que tuvo que retirarse de la escena después de varios episodios que hicieron sospechar sobre su equilibrio mental: creía ser los personajes que interpretaba, sufría crisis de ansiedad y abandonaba el escenario en plena representación; después no recordaba lo sucedido. Finalmente se suicidó. También habían investigado sobre su madre, Rosa Melgar. Había habladurías en el pueblo, se paseaba a caballo por los alrededores con cientos de collares de perlas enroscados al cuello, eso decían; si no loca, era una mujer excéntrica. La prensa especuló sobre si esa locura congénita, además de llevar a las mujeres Melgar a atentar contra sí mismas, podía hacerlas atentar contra otras personas. Si Blanca podía padecerla y haber dañado a su hija, arrepentirse después y esconder el cuerpo. Qué doloroso. Quizá encuentre en Blanca esa belleza trágica de los que sufren o quizá estoy tan desesperado por tener un hilo del que tirar que estoy dispuesto a jugarme el cuello por una historia que valga la pena. Cuando pienso esto acaricio el 45 que guardo en mi habitación. Me he dejado llevar, pero eso es bueno, estoy creativo. Luego todo se olvidó en la prensa, claro. Desaparecen los artículos sobre el caso de Alba, y al escribir Blanca Oliveira solo aparecen aquellos reportajes de las revistas de decoración en los que ella ha sido la estilista. A eso se dedica, a embellecer espacios, Blanca, la bella. Aunque creo que ahora no trabaja más que en la casa y en atender a su huésped: yo. Debe de ser caro mantener esta finca.

Cada vez que la veo aparecer en el salón espero que lo haga con esas alas de cartón dorado que me contaba mi amigo. No sé si ansío ver la escena con la que he fantaseado o analizar si es un signo de esa locura de familia que se va cebando en ella. Quizá ni lo uno ni lo otro, tan solo me conmueve el tenerla cerca de cualquier manera. No es ella la que me da miedo, sino yo a mí mismo por la confusión que me genera.

RICARDO

1 de abril, 21:23 horas
Veintitrés días antes de la desaparición

—Hablemos del futuro, Blanca.

—¿Existe acaso? —Sonríe.

—No seas cínica. Quizá ya lo planeas con otro, el tal Arturo. No puedes evitarlo.

Ella bebe vino antes de responderme.

—Creí que íbamos a vivir solo el presente. El pasado lo matamos, Ricardo.

—¿Lo matamos, dices?

Se me enciende dentro esa flama que no logro dominar. ¿Tendrá el valor de culparme de todo?

—Cuántas veces tengo que reconocerlo, mi amor, no fui lo bastante valiente, perdóname —me dice.

—Ya está.

«Ya está», respondo, pero siento que ha de pedirme perdón a cada paso. El rencor es un monstruo. Cómo quemar todo lo sucedido y, sin embargo, la miro y no concibo la vida sin poseerla. Blanca, te he llevado dentro demasiados años, te has enraizado en mí, eres hiedra que todo lo invade.

—En este momento nuestra vida se parece a lo que soñé desde el principio —digo, doy un sorbo de la copa de vino—. Ha sido un camino largo hasta llegar aquí.

—Yo tuve parte de culpa.

—La culpa no se borra con tanta facilidad, Blanca, cuando quedan rastros de ella. Olvida lo que he dicho. Dame tu mano.

—Tómala, mejor lo olvido.

—La siento fría.

No debí decir lo que dije. A veces me ciega la ira, es inútil luchar contra el pasado, es un enemigo invencible, aceptémoslo.

—Siempre las tengo así, tú lo sabes, Ricardo.

—Estás tan guapa.

Ardo mientras la miro.

—¿Los rastros a los que te refieres tienen nombre?

—Sí y no. Dejémoslo. Estoy arruinando la cena. No sé lo que digo.

Blanca calla. Mira hacia la ventana. Se siente desde aquí la noche fría. O soy yo, que a veces mis pensamientos me hielan.

BLANCA

1 de abril, 23:55 horas
Veintitrés días antes de la desaparición

Clara estaba dormida cuando hemos regresado de la cena. «Estuvo llorando un buen rato», me ha dicho Aurora. Todavía le duran esas rabietas insoportables, espero que se le pasen pronto. Tiene los ojos grises de mi madre y el cabello oscuro de su padre con esos ricitos en las puntas. He cerrado la puerta de su habitación con llave antes de acostarme, nadie puede entrar ni salir, solo yo, que la custodio. Llevo su respiración dentro, al mismo ritmo que la mía, así dormiremos cogidas de la mano. Echo la cabeza hacia atrás, entorno los párpados y gimo, así le gusta a Ricardo, mientras él me aprieta los senos. Apenas distingo su rostro en la penumbra, su pecho se mueve sobre el mío. Ha cerrado la persiana para que no entrara la luz de la luna, ni del farol que alumbra el porche y cuyo reflejo se cuele en el dormitorio. Amar es un combate, hoy me lo parece más que nunca. Una lucha íntima con un enemigo que se camufla en las trincheras del gozo. Labio contra labio, corazón contra corazón. Ahora me abraza, me besa el cuello. Quiero beber whisky y quiero beberle a él, y de repente me odio por todo ello.

—Tengamos un hijo —me susurra, su voz me llega con un hilo de sombra—. Un hijo tuyo y mío. Así me harías feliz. Así todo quedaría olvidado.

Fijo la mirada en el dosel de nieve que cubre la cama. Los copos que llevan cayendo sobre ella durante tantos años. La respiración de Clara continúa conmigo. Duerme y duerme.

—Di algo, Blanca. ¿Tiemblas?

Podría decirle que hace más de mes y medio que no me viene la regla, que no me he atrevido a hacerme una prueba de embarazo, pero en su lugar

le rozo con los labios y él lo toma como un sí.

ARTURO

24 de abril, 21:15 horas

Día de la desaparición

Ahí estábamos reunidos, en el salón donde bebí mi primer whisky con Blanca el día de mi llegada, como en una película que adapta una novela de Agatha Christie. Los sospechosos que estaban en la casa en el momento de la desaparición de Clara. Y de pie, en el medio, aquel hombre que muy poco se parecía al detective Hércules Poirot, mi admirado belga impoluto. El inspector Roger Sánchez, con aspecto de perro cansado, sabedor de lo que son mil madrugadas en vela, barba de varios días, semanas más bien, mal arreglada, las mejillas pellejadas colgándole junto a un mentón que aún mantenía la dignidad que debió de tener el rostro en sus buenas épocas. Un san bernardo viejo, de ojos oscuros y, aunque tratara de esconderlo, soñadores, escudriñándonos mientras varios agentes de la Guardia Civil iban de un lado a otro de la casa. Llevaba una gorra a lo John Wayne en *El hombre tranquilo* que no se había quitado en ningún momento. Había amanecido un día de auténtica primavera, con un cielo azul que prometía ser un bálsamo para la resaca que arrastraba tras haber pasado parte de la noche bebiendo con Blanca, a escondidas de Ricardo. Ella se había sentado en el mismo sofá en el que la recuerdo en nuestra primera copa, con las piernas recogidas, hecha un ovillo, cerca de Aurora con su inseparable cámara entre las manos. Por un instante, me pareció que el salón con sus muebles antiguos, el policía perro y todos nosotros íbamos a colarnos por los ojos negros de Aurora. A su mundo se entraba a través de ellos, enormes, inquietantes, sin principio ni fin. Los ojos de Blanca, en cambio, estaban sellados. Su intenso verde era la losa del sarcófago en el que ella se ocultaba de los otros. ¿Qué había más allá? La noche pasada creí descubrir una fisura por la que adentrarme en él. Si

había ido a aquella casa en busca de una historia para escribir mi guion, la tenía delante de mí. El misterio de una niña desaparecida que se repetía en el tiempo como una maldición que el destino no perdonaba. ¿Qué pecado había cometido la familia para vivir a merced de esa tragedia? Y sin embargo, más que prestar atención a las preguntas del inspector, mi cuerpo castigado por el whisky y las pocas horas de sueño se recreaba en el recuerdo de hacía unas horas. Buscaba a Blanca con la mirada, buscaba la complicidad de lo que habíamos compartido. Y al igual que le sucedió a mi amigo, las ganas reprimidas de abrazarla y consolarla me arrastraban a evocar lo sucedido sin control de mí mismo. Blanca no podía haber sido, me negaba a creerlo. ¿Dónde estaba la historia que contar?, me preguntaba. Anoche no era mi primera visita al torreón; pero, bajo la oscuridad, me resultó diferente. Asistimos sin saberlo a dos realidades, tan distintos son la noche y el día, y creemos que ambas forman parte de un mismo tiempo, de una misma percepción. No es así. Durante la mañana de sol que lo descubrí, al amparo de la luz que arrojaban los ventanucos de la pared, los peldaños de madera me parecieron descoloridos, viejos. Me había guiado Ricardo en el ascenso, cortés, como era conmigo al principio, con el huésped a quien examinaba con precisión de entomólogo. Al fin y al cabo era un extraño en su hogar y a él le gustaba protegerlo. La sala donde terminaba la escalera estaba presidida por la boca gigante de una chimenea en desuso, frente a ella había una mesa de comedor con sus sillas, un par de sofás, un mueble bar y una cortina grande y densa.

—¿No hay ninguna habitación más? —le pregunté a Ricardo.

Él negó con la cabeza.

Pero visitar lo mismo al abrigo del cielo nocturno, de las horas que se convierten en el propio universo; saber que se hace algo que no se debe, que no se debe para quién, abrir la puerta del torreón que da al jardín, que el chirrido ya sea fantasía pura, el inconsciente que todo lo sabe; abrir la puerta y ascender por un lugar que ya se pisó y no, se pisó cuando se era otro, el otro que se es de día. Ascender por el caracol que ha despertado y cruje, vivo. Blanca con una linterna, abriendo el camino hacia mi corazón con un cono de luz y una niebla, la que surge de ninguna parte, una neblina de respiración de ser inanimado, ralentizada por el tempo lento en el que se mide la oscuridad; Blanca, que se gira y me sonrío. Blanca con la copa que nos tintinea en las manos, con la melena suelta de las travesuras, oscurecida por las sombras y, sin embargo, tan clara, tan diáfana a mis

ojos. Blanca en la habitación antes anodina, ahora otro nido en el que ovillarnos y beber, y colgarnos de los anillos de humo de los cigarrillos suicidas. Y reírnos de confidencias absurdas y en ese no ser, siendo por primera vez nosotros, ella se levanta de pronto. «Arturo», dice mi nombre, y yo tiemblo pues intuyo que va a pasar algo que quedará grabado por siempre en el gril de mi memoria; se tambalea hasta una esquina de la habitación, hasta la cortina junto al mueble bar, y una puerta se abre. No queda entre nosotros, por unos segundos, más que el aleteo de los murciélagos. Ella me habla con la boca del whisky, del alcohol que desbroza lo superfluo y es estilete de secretos que anhelan dejar de serlo. Me habla de su infancia, de un ritual que practicaba para no oír los gritos de su madre encerrada en el sótano, para no oír el *Bolero* de Ravel que su padre utilizaba a todo volumen para silenciarlos.

Hemos subido los peldaños bajo un vapor de luna, y un aroma a rosas incorruptas se apodera del lugar. Una cama en el centro, en el escenario que dibuja la luz plata, una colcha de terciopelo necrófilo sobre la que Blanca se echa. Yo enmudezco. «Mira —me dice, deposita el whisky en el suelo, se le abren los cabellos, posa las manos cruzadas sobre los pechos —, aquí jugaba a ser la princesa que durmió si no cien años, sí los suficientes para que al despertar todo hubiera pasado.» Cierra los ojos y se convierte en silueta de alabastro, en sepulcro que alimenta la imaginación de un guionista, en cuento vivo; y como un príncipe azul o un Romeo cualquiera, tras apagar en el suelo el cigarrillo que devoro, me acerco, y sé que es a esto a lo que quería jugar desde el principio de la borrachera, y me inclino, y beso los labios de la bella Blanca, que siento fríos.

ROGER

24 de abril, 21:17 horas
Día de la desaparición

Trago saliva. Llevo sin beber más de un año. Miro a Blanca, me pregunto si ella seguirá haciéndolo. He leído mucho sobre las adicciones, sobre la sensación de euforia que producen por unos instantes, cuando uno siente que son lo que necesita. Yo la vi con su madre beberse una botella de whisky, mano a mano, durante una noche, llorando la ausencia de Alba, el sinsentido de un adiós. Y luego hacerse esas marcas de tigre, atigrarse el brazo con un cuchillo, una válvula de escape para el sufrimiento —qué buen amigo es a veces el dolor— para que por la sangre que expulsaba saliera la vaharada de pena, de rabia. Como el vapor de una olla exprés.

He sacado mi cuaderno de notas, pero aún no puedo empezar a escribir porque me tiemblan las manos. Sigo involucrado en el caso a pesar de los años. Puedo sentir el aliento de esta casa en mi nuca, esperando que vuelva a caer. «Habla de una jodida vez», me gustaría decirle. El instinto de ruiseñor me tiene paralizado, me quedé sin piel un momento para soportar la vida. ¿Qué clase de policía soy? No me atrevo a mirar de nuevo una fotografía de otra criatura, además de la misma madre. Otros ojos testigos de mi negligencia. Todavía algunas noches me aflora el rostro de Alba, me habla y no la puedo oír. Es como si siguiera extraviada por la casa, doce años sin encontrar el camino a su cuarto de elefantitos en la pared. Y despierto. Estoy despierto. Domino las manos. El nuevo marido de Blanca clava sus ojos en mí. Está de pie, apoyado en un saliente de la chimenea. Alto, con el cabello aún revuelto de la siesta. Unos cuarenta y pocos, moreno. Mira a Blanca adusto, que fuma con la desesperación de un sediento. El otro nuevo que hay en el escenario es el que le proporciona los cigarrillos. En este tema, al menos, algo ha

cambiado. Hay dos hombres nuevos en la ecuación sin resolver. El huésped, este tal Arturo Lago, pétreo, en un sofá, con los ojos como si estuviera hipnotizado. Habrá que averiguar si sabía de la otra desaparición, si alguien le puso sobre aviso de lo que aquí se cocía. «Infórmate todo lo que puedas sobre este tipo —le he dicho a Ramírez, uno de mis hombres—. No lo vayamos a tener fichado por pederastia o algo así. Estas niñas con estos nombres y esta madre tienen mucho morbo para esos enfermos.»

Acabo de subir al dormitorio donde Clara dormía la siesta hace apenas unas horas. De las cuatro plantas de la casa, contando con la buhardilla y el sótano, todos los dormitorios de la familia ocupan la segunda. Las paredes de la escalera están recubiertas con paneles de madera en los que el tiempo ha hecho mella. Al subir me he encontrado con el retrato de Rosa. No quise asistir a su entierro hace ahora cuatro años. Recuerdo la fecha de su muerte como un cumpleaños.

Esta ha sido la sucesión escueta de los hechos, la releo para mí antes de hablar:

«A las 14:30 horas la niña se ha acostado la siesta. Duerme sola en una habitación que no coincide con la de los elephantitos de su hermana desaparecida. Blanca Oliveira Melgar, la madre, me indica que cerraba la puerta con llave cada noche, preguntarle qué temía es absurdo, lo sé muy bien. Plantear el caso a partir de la reconstrucción del de la otra hija desaparecida hace doce años es lo que me dispongo a hacer. La niña dormía; la madre, al ser la hora de la siesta, solo entorna la puerta, sus temores se ciñen a la noche, cuando desapareció su otra hija. Además se ha tomado un barbitúrico y quiere acostarse cuanto antes. La casa queda en silencio. Cuando la madre despierta, la niña ha desaparecido, pregunta a la hija mayor, que estaba en su habitación aparentemente sola, pero, tras no aparecer Clara, surge en escena un tal Maty, amigo de Aurora, ninguno ha oído ni visto nada. El huésped, en cambio, el tal Arturo Lago, dice que oyó un ruido en la escalera pero no le dio importancia».

Me sudan las manos, el bolígrafo se me escapa. No he de olvidar a Estela. Esa vieja que vive congelada en su propia locura, lo que le impide morir de una vez. También estaba en la casa cuando sucedió.

Organizo un equipo de búsqueda. El jardín es de una vastedad impúdica y está medio salvaje. No digamos el monte Abantos. Solo han encontrado una cinta roja en la valla. La Científica va a analizarla para ver si las fibras coinciden con la cinta hallada en la desaparición de Alba. Eso

demostraría que proviene del mismo sitio o que es la misma cinta. Me pone los pelos de punta pensar en el cuento familiar que obsesionaba a Rosa. Iturri, mi jefe, no soportaría una explicación así.

AURORA

9 de marzo

Un mes y quince días antes de la desaparición

Mamá me ha dicho que es guionista y, para qué voy a mentir, me ha interesado mucho; si hubiera sido físico nuclear también habría estado bien, pero guionista, ¿es que lo han hecho aposta? Al menos, una buena noticia desde que me obligaron a dejar Madrid y decidieron meter a un extraño en casa para ganar algo de dinero, porque ahora Ricardo no quiere que mamá trabaje en sus reportajes de las revistas, solo que esté con él, y a ella no le importa porque dice que así nos cuida a Clara y a mí, y a él, que están todo el día besa que te besa, bueno, no siempre, sé que mamá llora también y no sé aún por qué, solo lo sospecho, pero la cámara me lo va a decir. Está muy guay que sea guionista, aunque hay que ver qué tipo de guionista, yo no conozco a nadie del cine aún, pero leo *Fotogramas* y algunos me parecen estúpidos, se creen que van a escribir historias que nadie va a olvidar o que cuando se mueran habrán hecho algo genial y por eso no les importará estirar la pata, ja, me río yo, para eso que se momifiquen, luego la gente de quien se acuerda es de los actores sobre todo, y de quien imaginó la historia pues depende. Lleva zapatillas Converse y eso ya es un punto, y además grises, negras ya hubiera sido lo más, pero grises se las permito, y vaqueros de esos de culo bajo, no en plan rapero, no tiene edad, porque ya ha tenido que cumplir los treinta y pasarlos. Lo normal es que me hubiera resultado un viejo; sin embargo, parece más joven de lo que es, le he grabado con la cámara sin que se dé cuenta, o ha disimulado, porque, eso sí, es cotilla. Mira todo mucho y habla poco. El caso es que le tengo en la mesa de disección como a la rana que me mandaron destripar en Biología al poco de llegar al colegio nuevo. Yo no sabía por dónde hincarle el bisturí, me daba un asco horrible, antes

aguantaba bien las escenas de vísceras, pero ya no, ya no. Tuve la suerte de que me tocara de compañero Maty, así le conocí, oye, y lo hizo con una delicadeza el tío, abrir el bicho en dos y sacarle las tripas miniatura, que pensé si no sería una reencarnación de Jack el Destripador, pobre rana, ya estaba muerta, eso sí. Si yo hubiera sido una cursi, después de imaginar esto habría huido de Maty, pero me gusta lo de pasar miedo, las pelis esas donde todo el mundo grita y se tapa los ojos; bueno, el caso es que me alegré un poco de que por fin en el colegio sucediera algo interesante. Me incorporé en enero, cuando todo el mundo ya tiene sus amigos hechos, y claro, así es más duro. Y encima con el panorama que llevaba encima de mamá recién casada y papá recién muerto, que no hay quien cuente esto en condiciones normales. Aunque a muy pocos les interesa lo que me pasa, me miran la escayola como si fuera una prótesis chungu ¿es que la gente no ha visto nunca un yeso?; tenía un dibujo de una amiga de Madrid muy chulo con un vampiro que daba terror, para qué nos vamos a engañar, así que pensaron «Esta tía es rara», y qué. Por eso me llevo bien con Maty, el destriparranas. También habla poco y sus padres están separados, vive con la madre y el padre se fue con otra y no sabe de él. Me lo contó una tarde que me acompañó a casa, bueno, me llevó en su moto, tiene moto y eso es otro punto. Mamá enloquece cuando me subo. Yo lo que no soporto son los coches desde que tuve el accidente, se me encoge el estómago cuando me tengo que subir en uno, que encima es a diario. Tan raro no es, digo yo. Hay gente que se cae del caballo y luego le queda el trauma. Mamá me llevaba a una psicóloga en Madrid, una tía plasta que no hacía más que sonsacarme de una forma muy tonta de lo que me acordaba y de lo que no del día del accidente con papá. Me quería abrir la memoria como si fuera una nuez, así con el cascanueces tipo martillo de un solo golpe, tendría que aprender de Maty abriendo ranas. Lo de venirme al pueblo me fue bien en eso, le dije «Ya no vuelvo». Mamá me ha buscado otra psicóloga aquí, aún no he ido a verla, siempre encuentro una excusa para posponerlo. Ah, y además a Maty le gustan las pelis de miedo, bueno, creo que las ve porque quiere tema conmigo, luego me ha demostrado que no es muy valiente, esto me ralló un poco. Yo creo que tiene varias personalidades, como el guionista de casa, Arturo. El nombre del rey de los Caballeros de la Mesa Redonda ya me gusta, pero a lo que iba, tiene una curiosidad por cotillear lo que grabo, y por saber por qué me paso el día con mi cámara a cuestas como si fueran unas gafas de miopía sin las que no se puede ver nada, que

me pone un poco nerviosa. Esta mañana ha pasado algo con él, ya se le veía que estaba deseando establecer contacto, y se ha lanzado de lleno aunque le ha salido un poco mal. Se ha metido en mis asuntos sin preguntar y haciéndose un poco el gracioso. Yo estaba en el cuarto de estar, que ahora también es el estudio donde Ricardo diseña el superedificio del futuro, por lo visto, y yo le grababa, claro. ON: En primer plano un cabello oscuro, desaliñado; me alejo, toma de perfil, Ricardo mordisquea un lápiz y se ajusta uno de sus queridos AirPods en la oreja, es un fanático de todo lo de Mac, pero estos casquitos los lleva a menudo para escuchar charlas y tutoriales de otros arquitectos. Toma aérea por su mesa de trabajo inclinada. Con impulso, la toma salta por la rampa de la mesa, ouuuuh, atravesando un plano con borrones —parece que tampoco hoy tiene un buen día y vuelve a perder los nervios, jejeje—, hasta la rodilla magdalena de una mujer. Banda sonora: suspiro profundo de Ricardo.

«Aurora, déjale trabajar en paz», voz en *off* de mamá, la dueña de la rodilla.

Toma rápida hasta sus manos: libro amarillo, de un tal Matsúo Basho. Seguramente japonés, como la mayoría de los libros que lee. A su lado está Clara haciendo uno de los puzles que tanto le gustan.

—Aurora, vete a estudiar —dice mamá. OFF.

Llevo unas notas que son un asco. No se merecen otra cosa, que no me hubieran cambiado de cole, ahora soy una inadaptada, jeje. He arrastrado el tacón de la escayola con sigilo de gusano para dirigirme al distribuidor del que sale la escalera, y me he camuflado tras los abrigos de un perchero. Entre un impermeable verde y un chaquetón azul asomaba la punta de la cámara. Era una francotiradora a punto de disparar sobre su objetivo. Ojalá hubiera tenido un rifle, ¿verdad, papá? ON: Los pelos negros y canosos de Ricardo, su espalda de tío fuerte: bang, en todo el centro, de un solo disparo, suficiente. Mamá se levanta del sofá, abandona el libro, abraza a Ricardo por detrás, ¿llora?, nooo esta vez, le besa el cuello. Le besa más. Se detiene en el beso, parece que le chupa la sangre.

—Descansa un poco —le dice.

—Ahora no puedo —responde sin mirarla.

Ella revolotea a su alrededor, suele hacerlo cuando quiere soltarle algo y está buscando la manera.

—Me han propuesto trabajar para un catálogo de telas, una firma importante, solo serían dos días en Alicante y bastante dinero — desembucha por fin.

—Ah —responde él.

—Ah qué, dime.

—Como quieras.

Mamá intenta tomar contacto visual, pero él no quita los ojos de su plano emborronado.

—Di algo, Ricardo.

Calla. Mamá insiste y él por fin contesta:

—Solo te he pedido un año para sacar mi proyecto adelante. Sí, me dijiste, yo me ocupo de todo. A veces creo que no me quieres.

—Cómo puedes decirme eso. He vuelto a esta casa, que es el mayor sacrificio..., la prueba de amor más grande que podría haberte dado...

—La mayor, ¿tú crees?

A mi espalda, huelo de pronto a café y cigarrillos. Es Arturo.

—Parece que vas a tener una buena toma.

Voz de un nuevo protagonista. Temblor en el arma. OFF.

Me he girado bruscamente para mandarle callar, he tropezado con las zapatillas de mamá, están en medio siempre; mamá, por más que intenta llevar el orden de Ricardo, es que no puede; he perdido el equilibrio con la escayola, parecía una peonza; Arturo ha intentado ayudarme, para que no se cayera la cámara al suelo me he apoyado en él y hemos caído los dos. Yo encima de su pecho, le he clavado la cámara en el esófago, ha tosido, pero el latido del corazón le traspasaba la camisa, creo que esconde ahí dentro un ser vivo.

Ahora estoy en la calle Floridablanca, donde el puesto de libros de segunda mano. Quiero grabar la portada del libro de un novelista que le gustaba mucho a papá, de novela policiaca. Veo llegar a Arturo.

—Hola —me dice.

Me acuerdo del ser vivo bajo su camisa y me pongo un poco roja.

—¿Qué grabas todo el tiempo?

—Yo escribo con la cámara —se me ocurre decirle. Qué tonto es ponerse tímida, lo odio, es que me mordería a mí misma.

—Me gusta eso que dices —responde—. Podríamos hacer una película juntos cuando crezcas.

—¿Tienes un cigarrillo? He quedado con mi amigo Maty, es quien se encarga del tabaco. Siempre llega tarde y tenemos que ensayar *Hamlet* —digo.

Menuda impresión me causó leer la historia del príncipe este del ser o no ser y la famosa calavera, ya no me sentí tan sola en el mundo.

—Así que *Hamlet*. ¿Y cuál es tu papel?

—Ofelia. Debería ser él, pero soy mujer, y la profesora de Literatura, estúpida.

Tiene una sonrisa entre gato y leopardo, pero me da un cigarrillo sin más sermones.

—No le digas nada a tu madre.

Ya decía yo, mira que son hipócritas los adultos, me revienta.

—¿Puedo grabarte diciendo eso? —le apunto con la cámara y disparo.

ON: Me quita el cigarrillo de la mano y se lo enciende. Luego me echa el humo en la cara.

Me da la risa, y no sé por qué me arden otra vez las mejillas. OFF.

—Yo empecé a fumar más o menos a tu edad.

—Eso dicen todos los que pretenden ser guais. ¿Quieres ver algo chulo? Si eres guionista, te gustará.

—Claro. No tengo ningún amigo en el pueblo.

Ahora se me hace el patito feo. Le voy a llevar a un sitio que va a alucinar. Es mi favorito del pueblo. No sé cómo puede existir algo así de genial. Cada día que vengo me paso a verlo porque me da miedo que de repente ya no esté. Los adultos son tan estúpidos que lo destruyen todo si les da pasta.

Arturo me coge la mochila del cole y se la cuelga al hombro.

Subimos por los Jardincillos hacia la plaza donde está el Alaska. Hay una vista magnífica del monasterio. Alucino cuando lo veo. Eso es lo guay que tiene también el pueblo. Como no se me ocurre de qué hablar con él, le quito el cigarrillo de la mano y doy una calada, echándole el humo. Le hace gracia y ya llegamos a la calle de las Pozas, la que siempre mamá y la abuela Rosa llamaban la calle del Cine. Ese es nuestro destino: el viejo cine Variedades, abandonado a su suerte. Caminamos por la acera de enfrente. Yo con los andares de mis últimos meses, apoya el tacón de la escayola y gira la pierna, apoya y gira, contoneando mi herida. Cuando

llegamos a la altura del cine, le hago cerrar los ojos. A veces hay que echarle un poco de teatro a la vida.

—Ábrelos. ¿A que es igual al de *Cinema Paradiso*? De haber vivido en la época que funcionaba, yo hubiera sido como Totò. A veces sueño con el montaje de los besos.

Se pasa la mano por el pelo, está alucinando. Si es un guionista de pura cepa, los pelos se le tienen que haber puesto de punta y atravesarle el cuero de la chupa.

Siento una punzada en la pierna. Me miro la escayola y comprendo lo que pasa. Es un aviso. Sigo con la mirada la dirección que marca mi pie de yeso, hay una mancha en el asfalto, dibuja un círculo dentro de otro. Saco la cámara de la mochila, enfoco, ON: su color es entre verde y granate. Parece una fruta reventada.

—¿Qué grabas? —me pregunta Arturo.

Me encojo de hombros. Sé que tengo que grabarlo. Lo sé y basta. OFF.

De camino a Floridablanca doy un rodeo para llevarle por una calle estrecha donde suelen reunirse a charlar y fumar algunos de mi *insti*, los más canis. Sé que esto no le va a impresionar tanto como el Variedades, pero tengo que grabar todo lo que encuentro con forma redonda.

ON: Chiclos aplastados en los adoquines, cientos de ellos, rosas, negruzcos, pardos. Círculos de chiclos, todos juntos, círculos y más círculos...

De pronto aparece Maty y mira a Arturo de arriba abajo.

—¿Y este quién es? —me pregunta mientras se saca del bolsillo de la camisa el paquete de cigarrillos y se enciende uno para dárselas de mayor.

RICARDO

25 de abril, 20:45 horas

Un día después de la desaparición

Retengo entre las manos una vieja caja, una lata de galletas cuya marca se ha desvanecido por la mancha del tiempo, por el uso que la nostalgia ha hecho de ella, despojándola del suyo propio. Una caja que no abulta más de una mano, rectangular, abollada en los bordes de herrumbre. La he hallado por casualidad. ¿Casualidad?, al escuchar la palabra en mis pensamientos siento que me hiere y me rebelo contra ella, ¿casualidad?, ¿acaso existe? He hallado la lata justo hoy, ni un día antes, lo que me hubiera permitido, quizá, desviarme del camino, tomar otra senda que no nos hubiera precipitado hacia donde nos dirigimos, Blanca. He hallado la lata en mi mesilla de noche, en aquel lado que como en un cuadrilátero de boxeo se me ha asignado para la lucha, para el goce y el descanso. He hallado la lata caída detrás del último cajón, he ahí el motivo por el que no cerraba bien desde que me instalé en el dormitorio. No parece un escondite secreto, más bien un descuido, una consecuencia del desorden, de un cotidiano síndrome de Diógenes donde cajas de cerillas, tarjetas de visita, botones, monedas sueltas, lápices de hoteles y otros artilugios del día a día empujan a la memoria hacia el barranco del doble fondo. Pero ya está en mis manos. Se ha resistido a que la abriera, y he de confesar que mientras forcejeaba con la tapa sentía la punzada de estar violando una vieja tumba faraónica, un recinto donde se apretaba la muerte, y al profanarlo con su abertura, lanzaría sobre mí ese bufido de maldición. La acepto. He reconocido la lata, y de alguna manera esa tumba también me pertenece. Se abre. Hallo una maraña de retales de colores y un dedal. Me llevo la mano a la boca y contengo la respiración porque sé que he de prepararme para lo que debo hacer. Se abre en mi memoria la puerta de aquel pisito de

la calle Raimundo Fernández Villaverde, aquel reducto, cuadra de terciopelos, satenes, moarés, poliésteres, sedas, linos y viscosas donde crecí junto a mi hermano y mi madre.

Aprieto la araña de retales entre los dedos, los aflojo, y aspiro su aroma. Acabo de esnifar toda mi infancia y primera juventud. Señoras gordas, flacas, medianas, achatadas, altas, bajas, escarolas rubias, teñidas, desfilan ante mí, las oigo trinar en el salón donde las recibía Avelina, su modista, el salón que era también el dormitorio de mi hermano y mío. Un dormitorio de quita y pon, de pobreza plegable, donde se adhería el olor que retengo, el de los hilos y las telas rasgadas, el de la entereza de las puntadas, mamá, el de tu voz; un sofá cama que se abría con la luna y un mecanismo oxidado que a veces rememoro para alcanzar el sueño, clac, clac; un sofá donde ellas se sentaban después de las pruebas para conversar con la modista. Eduardo, mi hermano pequeño, y yo crecimos así, con los alfileres jodiéndonos los sueños. Juntos, recuerdo que la pubertad nos apretaba tanto al uno contra el otro que podíamos oler el crecimiento fraterno, el bisbiseo de los huesos al estirarse, el soplo acre de nuestras primeras erecciones. Vivíamos en cuarenta metros cuadrados. Mamá dormía en un cuchitril contiguo empapelado de santos a los que rezaba para que al hombre que la había abandonado con dos hijos y la mácula infame de la soltería se lo llevara un mal aire o un camión de Nestlé al cruzar la calle. Por qué de Nestlé, nunca lo supe. Era un enigma de psicoanalista. En ese cuchitril nos encerraba mientras recibía a las clientas, solo tenía un ojete de ventana que se asomaba a un patio sin luz, surcado por las cañerías. Había una mesa bajo el ojete donde yo estudiaba, era el mayor y de notas brillantes. Eduardo lo hacía en la indolencia del catre materno. Sobre una colcha de cuadrados negros y rosas.

Había en el salón un biombo de hierro y algo parecido a papel cebolla tras el que las clientas se desvestían para probarse. En la oscuridad del salón interior, la lámpara que encendía mamá las iluminaba diabólicamente y desde la otra habitación, por una rendija de la puerta, Eduardo y yo espiábamos sus siluetas dibujando sombras chinescas. Sus movimientos al quitarse y ponerse la ropa las transformaban en dragones con alas, en zancudas, botijos, estatuillas de fertilidad, relojes de estación, cordilleras, edificios, estatuas de panteones caros. Tras el biombo revelaban su verdadera naturaleza. Su aspecto exterior no era más que un engaño, una falacia, un papel de envoltorio. Así distinguíamos a las

clientas de mamá, no por su nombre, sino por lo que nos revelaba el biombo. La dragona, la grulla, la mil tetas...

Había entre todas ellas una que sobresalía por su belleza delante del biombo. Era de familia rica, o al menos adinerada, hubiera podido ir a cualquier otra modista con más glamur, pero había conocido a mamá en una heladería de la calle Orense, un verano de sangriento sol, cuando sufrió una bajada de tensión y mamá ofreció sus carnosos brazos para evitar que cayera al suelo con su cucurucho de helado de pistacho. Ese simple helado de fruto seco condicionaría para siempre el destino de mi familia. Podría empezar mi biografía y la de mi hermano por aquel dulce inocente, por aquel gesto compasivo de mamá que habría de costarle caro, pues de haber sabido las consecuencias de su acto, su clienta se habría descalabrado, junto con su pistacho, sobre el suelo de la heladería. Supongo que, en un principio, la llevó hasta mamá el agradecimiento, aunque después la utilizó al igual que muchas otras, era la confesora de la aguja. Lucía una melena rubia natural que ondeaba mientras se desvestía con un tictac tan bello como absurdo, unos ojos grises de tormenta y un cuerpo flexible, esponjoso, con la carne justa en los lugares justos, un cuerpo delator del bienestar de su crianza, bien trabado y de miembros largos y senos de yogur; mas toda esta frescura se secaba tras el biombo, convirtiéndose en un árbol al final de sus días, de ramas-garra y movimientos picudos y feroces que anhelaban quitarse la máscara de sus vestiduras. Tan solo el tictac de la melena le aportaba algo de ternura a tanta desolación. Su nombre era Rosa, aunque nosotros la conocíamos bien por otro apodo. No se prodigaba mucho, tan solo le encargaba a mamá un vestido o dos por temporada. Y siempre, como el resto de ellas, venía sola, para confesarse a gusto, hasta que un 5 de junio de 1993, sobre las 20 horas de la tarde, se presentó con una criatura extraordinaria que resultó ser su hija. Quería que mamá le cosiera una camisita de *plumeti* blanco para el verano. Yo acababa de cumplir los quince años. Era un muchacho de bigotillo musgoso, reconcentrado en una adolescencia amarga que me arrojaba, sin yo querer, al ardor en la entropierna. La criatura tenía doce y una gracia natural que ni Eduardo ni yo habíamos visto antes. La cabellera era de un rubio un poco más claro que el de su madre, la veo ahora tan nítida que los casi treinta años transcurridos me parecen delirio; la criatura desabrochándose la blusa del colegio; la criatura de pómulos de gato, de mandíbula de irresistible isósceles, de clavícula saliente, deliciosa,

escapando poco a poco entre la burda tela colegial; una geometría amatoria en la que me inspiraría para el diseño de mi primer edificio. Una camiseta de perlé, con unos lacitos rosas al comienzo de los tirantes, surgió a la luz de última hora de la tarde, y la criatura, rebozada de oro, tras rechazar el biombo de cebolla, como si supiera ya tan joven el daño que podía causar, se giró hasta colocarse casi de espaldas a la rendija del dormitorio de mamá, y se quitó la camiseta de perlé sacudiendo el cabello, la languidez viva de un brazo que se eleva de pronto para recogerse en una coleta, el precipicio hasta su coxis y el perfil triangular de un seno que se abre camino, rosado, puro, con una voluptuosidad tal que explota dentro de mis pantalones.

ROGER

25 de abril, 7:05 horas

Un día después de la desaparición

«Blanca, ella es la única que estaba en la casa cuando tuvieron lugar las dos desapariciones», pienso mientras abro la puerta de mi piso. El 30 de noviembre de 2006, Alba. El 24 de abril de 2019, Clara. Ambas entre los tres y cuatro años de edad. Me quito la gorra y la gabardina, las cuelgo en el perchero. La bombilla de la cocina aún emite ese zumbido que me desquicia los nervios. Sobrevive un perfume a curri. En la encimera hay un plato con un film transparente, lo quito, cojo un tenedor y degluto lo que parece un estofado oriental. Está tragable. Tengo los pies helados y de los zapatos me sube un aroma a monte. En esta ocasión voy a mantenerme sobrio. Hace un año ya me hubiera metido un trago de ginebra como somnífero. Voy a buscar la lucidez que entonces no tuve. Me llevo el plato al salón y abro el portátil que está sobre la mesa baja. Spotify. Busco «Casta diva» cantada por la Callas. ¿Debí renunciar a este caso aunque Iturri me haya insistido? Estoy involucrado hasta las trancas. ¿Por qué no lo hice? Si no hubiera estado borracho hace doce años, ¿habría encontrado a Alba? ¿Es posible que no hubiera desaparecido ayer, de ser así, la pequeña Clara? Me aterra pensar que tampoco podré encontrarla. No es este el pensamiento de un buen policía, no, es el miedo del ruiseñor que me atenaza.

Hemos estado toda la noche buscando a Clara en el monte Abantos y en el jardín de su casa, he vuelto a esos túneles siniestros. Mis hombres se han portado bien, da gusto cuando se trata de niños, se dejan la piel más que de costumbre. El padrastro, Ricardo, sí, ahora es el padrastro, nos ha acompañado durante la búsqueda buena parte del tiempo. Parece apreciar mucho a la niña y se le veía afectado. Al fin y al cabo, también es su tío,

Blanca se ha vuelto a casar con el hermano de su difunto marido. Ella estaba más entera que la primera vez, o más ausente, como si uno fuera acomodando su vida a las desgracias. Hace doce años, en cambio, fue Rosa la que me recibió en aquel vestíbulo con suelo de granito que hoy me ha parecido más pequeño, menos imponente ese lujo de sierra. Ese lujo ya pasado de moda.

—Alguien ha raptado a una de mis nietas, inspector —me dijo Rosa con una seguridad que me sorprendió.

Había en su rostro más autoridad que lágrimas.

—¿Se ha puesto en contacto con ustedes el secuestrador?

—¿Qué secuestrador? Ah, no, obviamente. —Enredó los dedos en uno de los numerosos collares de perlas que adornaban su cuello—. Si se hubiera puesto en contacto, ¿para qué le necesitaría a usted?

Recuerdo que me sorprendió que a las diez de la mañana luciera tanta perla, y además en un momento así. Me hizo pasar al salón. Aurora estaba en brazos de su padre. Acurrucada en su regazo. Solo le faltaba mamarle el jersey. Él le acariciaba el cabello, oscuro como el suyo. «Un muchacho», eso pensé, un muchacho jovial, no había cumplido ni los veinticinco, al igual que Blanca, dos chiquillos. He de recuperar mis cuadernos con las notas del caso. Me dirijo a mi dormitorio. Los guardé, sí, en una caja al fondo del maletero, en el altillo, esperando, tal vez, el momento para resolverlo. Rosa: la suegra, la madre, la abuela, la amante. Era ella quien lo manejaba todo. Quise quemar los cuadernos en una borrachera, pero debí de perder el conocimiento. Mi dormitorio está en penumbra. Unas láminas de luz entran por las rendijas de la persiana. Y la veo a ella. A veces me olvido de que vive en casa desde hace unas semanas. Tengo la costumbre de rodearme de seres desvalidos. Soy un imán para ellos, o quizá el desvalido soy yo. Contemplo su bulto breve entre las sábanas. La encontré en una calle cerca de la comisaría, acababan de soltarla, su chulo le había dado una buena paliza. La llevé al hospital y luego le di cobijo en mi casa para que no volviera con aquel cerdo. No debe de llevar mucho tiempo en España, a juzgar por lo poco que habla el idioma, ella dice *meses*, pero no especifica cuántos. Me gusta cómo mueve su cuerpecillo oriental. «Enseguida has de irte», le digo, y ella asiente y ladea la cabeza, se parece a los perrillos abandonados que me seguían hasta casa en la niñez, y a los que mamá atiborraba de panceta para hacerme feliz.

Abro el armario, la puerta chirría y ella emite un gemido. «Duerme», susurro, bajo maletas, revuelvo entre una vieja cámara de fotos, ropa de la temporada estival, una raqueta de tenis de mi exmujer que guardo por pura y enferma melancolía, y entre todo ello surge la caja. La agarro, y cuando me doy la vuelta, ella está sentada en la cama y golpea el colchón para que me tumbe a su lado.

—Ahora, un momento, *later*.

A veces le hablo en inglés y no sé por qué. Me da la sensación de que tampoco lo entiende. Señalo la caja y el estómago. Me he dejado el plato con la peste a curri junto al ordenador y «Casta diva» suena una y otra vez, es lo bueno de Spotify, uno puede escuchar una canción hasta el hastío. Paso la mano por encima de la caja. La veo salir del dormitorio, me ha seguido como un perrillo, pero es más gacela de piernas largas, lleva unos pantaloncitos cortos de deporte y viene jugando con los pies haciendo puntas de bailarina.

—Vete, *later* —insisto.

No entiende o no quiere. Paso la mano por la caja otra vez, quito la tapa. Los cuadernos azules, mis notas privadas. Si parte de lo que hay aquí hubiera llegado a los archivos policiales, no sé si Iturri me habría consentido seguir en el cuerpo a pesar de que tiene buenas tragaderas y de que hemos compartido alguna que otra debilidad. La gacela me ha rodeado el cuello creyéndose león y me lo besa. Huele aún a sueño, a juventud dormida que yo he olvidado. «Eran dos chiquillos —me digo, ella me busca los labios—, demasiado jóvenes para ser padres, y de dos criaturas nada menos, gemelas, Aurora y Alba.» Nada más verlos en aquel salón pensé: «Esto ha sido un embarazo por sorpresa». Me ha quitado el jersey con relente de sierra, mete la mano por la camisa, me soba el pecho viejo, ha tocado tanto y de todo, pienso que ya qué más le da, o no, me besa los labios, me humedece las orejas; «Estela», caigo entonces, no me quedan fuerzas para decir *later*, Estela también estuvo en la casa, no tenemos solo a Blanca como nuestra Medea, me ha bajado la cremallera de los pantalones, «Estela —me digo de nuevo—, esa vieja loca», cómo decirle a este cachorrillo asiático que lo que no me heló Abantos me lo heló la vejez, o quizá no, sus labios me saben a la Callas, me tumbo en el sofá y lo último que recuerdo es el sonido de mi móvil cayendo al suelo.

ESTELA

17 de marzo, 12:00 horas

Un mes y siete días antes de la desaparición

Soy una anciana. Una pobre anciana. Pinto caballos. Los adoro. Leo el tarot, soy médium, los espíritus me saetean, me atraviesan como flechas de Cupido. Qué mañana de sol, esa soy yo. He de repetírmelo cada día mientras tenga memoria: «Querida mía, te amaré siempre y recuerdo tu nombre, lo recuerdo. Te beso como solía hacerlo. Amén». Oración hecha.

—María del Ser, tráeme el tubo bermellón para una verga.

—Que me puede llamar Serita, señora, si ya van para diez años juntas y tenemos la confianza.

—María del Ser es tan hamletiano, Ser o no Ser, es como si deshojasen una margarita para saber si te aman, ¿te das cuenta? Ser o no Ser, la quiero o no la quiero. Me decido por ella o no me decido.

—Señora, a mí quién va a quererme ya, se me venció carne y alma.

—Yo, María del Ser.

—Y yo bien que la aprecio a usted, señora.

—Me has de querer con el tiempo. *Apreciar* me suena a poco. Una vez me dijo un espíritu que, si alguien te quiere, te alarga la vida. Es echar un ancla en tierra.

—Querré a la señora entonces para que viva. Me conviene. Aquí con la señora estoy la mar de bien.

—El caso es que no debería vivir más porque ella me está esperando. Pero se merece un poco de despecho.

—¿Ya acabó de pintar, la señora?

—Recógelo todo. Dejemos al caballo eunuco hasta mañana por la mañana. Esta tarde tenemos invitados.

—¿Los de todos los domingos?

—Ah, tenemos una pequeña víctima nueva, querida. Siempre que voy a conocer a alguien me entra una excitación por el cuerpo, necesito divertirme. Y es varón, mis víctimas favoritas. Y joven, sin resabiar. Blanca me ha asegurado que es una buena presa.

—Eso es porque no sale de casa más que a la casa de al lado. Se conoce a gente constantemente, en la cola del mercado, otra cosa es que sea buena gente, o que se deje conocer o lo merezca.

—María del Ser, el mundo nunca fue como yo quise.

—Eso es cosa de ricos.

—Tuve que amar en la clandestinidad y quedé inválida para siempre. De corazón, comprendes, uno puede ser inválido también de vísceras o músculo en este caso.

—Ya me dijo más de una vez la señora. ¿Qué luto va a vestir hoy?

—El de terciopelo.

—Muy bien. Aunque encuentro a la señora muy excitada. Me permito sugerirle el de algodón egipcio, que le dará más frescor.

—Oh, perfecto.

ARTURO

17 de marzo

Un mes y siete días antes de la desaparición

Diecisiete días en la casa. Anoche me pareció oír el aria «Casta diva» mientras dormía. Abrí la puerta y escuché la respiración silenciosa de la escalera. En la buhardilla solo está mi dormitorio y un desván con montañas de chismes infantiles y muebles viejos medio tapados con sábanas. Intenté abrir la puerta para ver si el sonido había salido de allí, pero alguien la había cerrado. Bajé descalzo hasta la segunda planta con el temor irracional de despertar a la casa en vez de a los que dormían en ella, y me asomé por una de las ventanas del pasillo que da al jardín. La luna se asemejaba a una canica negra con un gajo de luz. Frente a mí tenía el torreón con pinceladas de sombras. La noche era oscura, si no llega a estar encendido el farol del porche quizá no habría visto abrirse la puerta del torreón y salir de él a una mujer de cabello suelto. Antes de que pudiera encontrar en ella más elementos fantasmales, por su forma de moverse, deduje que se trataba de Blanca. Blanca en mitad de la noche, delicada, a las tres y cuarto de la madrugada para ser más exactos. Bordeó el torreón y desapareció. Mi primer impulso fue seguirla, bajé hasta la primera planta y la escalera emitió un crujido delator, parece que soy un buen hombre. Regresé sigiloso a mi dormitorio, más que por el ruido de mis pasos por la somnolencia que me embargaba. Tenía la sensación de que aquella aria me había embrujado y era dentro de mis sueños donde podría oírla de nuevo, donde incluso encontraría a Blanca. ¿Seguía aún soñando?

He despertado a las once de la mañana con los ojos cargados y un dolor de cabeza propio de una noche de parranda. Los domingos acostumbro a quedarme en la cama hasta muy tarde y leer poesía, soy un poeta frustrado. Esta mañana, sin embargo, he puesto el portátil sobre mis

piernas y he empezado a tomar los primeros apuntes sobre el personaje protagonista de mi guion.

A las siete menos cuarto de la tarde, tras comer solo en un bar del pueblo, me he reunido con Blanca y Aurora en el porche. Me había apuntado a una de las sesiones de espiritismo que organiza la vecina dickensiana de la que Blanca me había hablado el día de mi llegada, hubiera ido hasta el mismo infierno con tal de estar un rato con ella y sin la compañía de Ricardo, que se quedaba trabajando en su estudio y al cuidado de la pequeña Clara por unas horas.

El jardín me ha parecido perturbador, casi tanto como las mujeres que me acompañaban. Apenas me había internado antes en la avenida de tilos desnudos. Sus copas se ramifican como arterias que se engarzan en los pulmones. Una visión desoladoramente melancólica, una anatomía otoñal que se abre paso, con el atisbo de las primeras yemas, hacia la primavera. Los troncos gruesos, grisáceos, imperturbables al viento del atardecer que hacía ondear la bufanda verde de Blanca y las puntas de su cabello bajo una boina afrancesada. A su lado, Aurora, caminando con su escayola hacia el opuesto de su nombre, con su cámara de vídeo colgada en bandolera por una cincha multicolor. No bien habíamos comenzado a internarnos bajo los tilos, volvió su cabeza para mirar hacia la casa.

—Si tiene que trabajar, que trabaje y que deje de espiarte —le dijo a su madre.

Nos detuvimos un momento. En una de las ventanas de la planta baja se divisaba la silueta de Ricardo.

—Siempre te controla como si tuviera miedo de que te fueras a escapar. No sabe lo colada que estás por él —dijo Aurora.

Blanca le saludó con la mano, y yo repetí su gesto. Él se alejó de la ventana.

BLANCA

7 de abril, 18:45 horas

Diecisiete días antes de la desaparición

Quito el capuchón malva que cubre el papel secante. «Miccione durante al menos tres segundos con cuidado de no mojar la ventanilla», dice el prospecto. No sé por qué lo leo como si fuera la primera vez. Respiro hondo, me sudan las manos, no voy a poder con ello.

—Mamá, abre la puerta, tengo que decirte una cosa importante.

—Ahora no puedo, Aurora. Márchate.

Si hay una raya de control en la cuadrícula, el test está bien hecho. Sí, lo sé.

—Mamáááá.

Me he orinado en la mano.

—Vete a tu baño, niña.

—Te está llamando Ricardo a voz en grito.

Ya está. Lo cubro con la capucha y lo escondo en la cesta de rollos de papel de váter. Abro la puerta.

—¿Qué pasa?

El corazón se me sale del pecho.

—Ya te lo he dicho. Tu marido te llama a voz en grito, creo que está cabreado por algo.

—Dile que ya bajo.

—¿No deberías decirle que no te gritara?

—Sí, sí, bajo.

Cierro la puerta. Rebusco la maldita prueba en el cesto, se ha perdido entre los rollos y protectores de bragas.

Aquí estás. Dos rayas, color rosa.

—¡Blanca!

Es Ricardo.

—¡Ahora no puedo! —contesto.

—Clara está llorando —insiste él.

Sube la escalera. La prueba se me escurre de los dedos que me tiemblan y cae al suelo. No se quiebra, solo yo, como cristal: POSITIVO.

ARTURO

17 de marzo, 19:15 horas

Un mes y siete días antes de la desaparición

La casa de Estela era la primera que encontrabas en la carretera al finalizar el camino de tierra. Tenía aspecto de cuervo, sí, de cuervo, los ladrillos estaban ennegrecidos, no sabría decir si por la huella que dejó en ellos un incendio o por la enfermedad de una hiedra raquílica que cubría las fachadas. En las ventanas, el alféizar era del mismo color, lo que le confería ese aspecto de pajarraco. Solo le faltaba graznar. El tejado consistía en una mole de tejas parduzcas colocadas en forma de cono, lo que me recordó a la construcción del torreón. La propiedad se hastiaba en su propia decadencia, en la herrumbre de la reja de entrada, en su estanque de bienvenida con el dios Cupido disparando al corazón de una ninfa en cuya piedra anidaba el moho. Tenía un agua verdosa y detenida en un puré de hojas secas. Del estanque partían varias sendas en forma de estrella bordeadas de cipreses. Por una de ellas vi venir un caballo blanco galopando hacia nosotros, como en un sueño o una pesadilla más bien. Sin silla de montar, ni bridas, y las crines meciéndose en su aspecto salvaje. Tomé de un brazo a Blanca y de otro a Aurora y traté de ponerlas a salvo subiendo la escalinata que llevaba hasta la puerta de entrada.

—Debimos avisarte —dijo Blanca riendo, encantadora.

Bajó los escalones mientras sacaba del bolsillo del abrigo lo que me pareció un terrón de azúcar y el caballo lo comió de su mano.

—Es Dalila, bella, ¿verdad?

Me aterrorizan los caballos desde la niñez. Me crié en el desierto de Almería, mi padre trabajaba en los estudios de cine donde se rodaban los *spaghetti western*. Había caballos por doquier; tendría unos cinco años cuando uno me dio una coz en una pierna que casi me la revienta. Me

parecen seres de reminiscencias prehistóricas. El hocico peludo que deja ver esos dientes descomunales y amarillentos que yo imaginaba triturando mis dedos cual puñado de alfalfa. Y sus ancas terminadas en esos cascos de herraduras capaces de abrirte la cabeza. Me recuerdan al polvo que se levantaba en los rodajes. Solo sentirlos cerca me seca la boca de ansiedad, y más ver a Blanca, la hermosa Blanca, tan próxima a uno, con la mano al alcance de su boca, acariciándole el belfo con ternura, poniendo la mejilla en su cabeza, mientras yo rebuscaba un cigarrillo en la cazadora, trataba de controlar la desolación que se me encendía en el rostro, y ella con la mirada invitándome a tocarlo. «No puedo», me limité a tartamudear. Gracias a que Aurora llamó al timbre y una empleada doméstica del otro lado del mundo nos invitó a seguirla tras golpear las manos, «Dalila, Dalila, fuera, con Sansón», dijo, lo que me hizo sospechar que no era el único equino miserable que rondaba suelto en aquel jardín como en una pradera de película del Oeste, existía su compañero bíblico y en su busca se marchó Dalila, trotando por un brazo de estrella, libre, tras soltar tres coces al aire, mientras yo me imaginaba a Blanca convertida en amazona, con un pecho firme, suspendido en el viento, y el cabello tan rubio, tan largo, meciéndose sobre las prietas nalgas.

El ensueño me duró poco. Apenas unos segundos para reponerme del susto de la aguerrida Dalila. La empleada doméstica, que resultó llamarse María del Ser, nos guio por la penumbra de un pasillo con cuadros de equitación hasta una sala acristalada, una especie de bombonera octogonal que daba al jardín. Por un momento, pensé que estábamos dentro del mismo invierno. Como en uno de esos barcos con el fondo de cristal donde se ven los peces. Nos rodeaban las ramas desnudas de unos árboles que no supe identificar, nos abrazaban semejantes a tentáculos de calamar. Un aroma dulce a especias, a cardamomo e incienso le daba un tufillo esotérico y cálido al ambiente. Había una mesa redonda con un tapete color verde y, frente a mí, una mujer de unos setenta y tantos, vestida de negro, con una aureola de cabello blanco, la nariz aguileña y el mentón prominente.

—Querido, yo soy Estela. —Me tendió una mano fina, dedos largos y deformados por la artritis que disimulaba con infinidad de anillos—. Nuestro librero del pueblo, Aurelio —señaló a un hombre de unos cincuenta, con expresión adusta—, y Shú Vargas, dueña de una linda cantina. Blanca, mi princesa querida, siempre me alegra verte. —La besó

en la comisura de los labios—. Y mi pequeña palomita, que ha de sentarse junto a su tía, también herida. Yo tengo el corazón inválido, ¿sabes? —me dijo poniéndose una mano en el pecho—. No puedes verlo aún, pero en esta sesión podrás sentirlo. Pareces aún muy joven, pero, dime, ¿ya te han roto el corazón?

Sentí que enrojecía ligeramente.

—Si dudas es que no. No te preocupes, has venido al lugar adecuado.

—Dejémosle que se reponga al menos del susto que le ha dado Dalila —dijo Blanca.

—Ah, Dalila, es una loca del amor, una ninfa ecuestre cuyo espíritu me posee por las noches, si la tuviese en una cuadra se moriría. Siéntate, querido, junto a Blanca. Hacéis buena pareja. —Sonrió mostrando una dentadura perfecta, casi infantil.

En el momento en que mi trasero se desplomó sobre una silla tapizada en seda, cayeron, como por un resorte mecánico, unos cortinajes de denso terciopelo rojo que cegaron los cristales y toda vista del invierno. Un efecto teatral que me asustó.

—Gracias por unirme a nosotros. La sangre nueva enfebrece a los espíritus, son como vampiros ávidos de novedad. Están cansados de que seamos los mismos cada domingo —me explicó Estela.

—No sabía del tedio en el más allá —me atreví a decir.

Blanca sonrió y la miré elevando las cejas en señal de complicidad.

—Es guionista, tía Estela —dijo Aurora.

—Sí, me lo contó tu madre. De alguna manera, los espíritus también te atraviesan para contar su historia. Tú crees que son personajes, pero son espíritus, fuerzas del más allá. Eres un médium como yo.

Me había hipnotizado su rostro anguloso. Una mandíbula marcada por una delgadez andrógina, ojos con kohl negro, rímel en unas pestañas infinitas, probablemente postizas, y unos ojos a lo David Bowie. Uno azul intenso y apacible, y otro negro y con un brillo pérfido.

La empleada doméstica, María del Ser, nos sirvió un oportito en unas copas de cristal delicioso, y unos embutidos, cecina, queso y jamón serrano con pan que distribuyó en el medio de la mesa.

—¿Está interesado en escribir sobre alguna historia relacionada con la construcción o la vida del monasterio? —me preguntó el librero.

—No sé aún qué espíritu me va a poseer —dije mientras sonreía a Estela y ella me devolvía la sonrisa.

—Puede pasarse por mi librería y le presto un par de libros sobre el Real Sitio que podrían interesarle.

—Si algo encontrarás en este lugar son leyendas. Yo adoraba la de las mujeres de Felipe II, que aparecían en las noches de luna llena de agosto, en una de las fachadas del monasterio, o la del perro negro que asustaba a los obreros durante su construcción, y a pesar de que lo mataron su espíritu seguía aterrándoles —me explicó Blanca.

—El perro negro es un símbolo infernal —dijo Shú Vargas.

—Mamá, deberíamos contarle lo del jardín —replicó Aurora.

—Es mejor que nos aislemos de malas influencias, mi querida niña, al menos hasta que finalice la sesión —objetó Estela.

—Ya sabes lo que opino de esa leyenda —replicó el librero.

—En cambio, yo la adoro —respondió Shú Vargas.

—Este pueblo se halla asentado sobre una de las bocas del infierno, Arturo —me confesó Aurora—. Se celebran misas negras en un lugar que yo conozco, en Abantos, a veces van mis compañeros de clase a fumar porros, yo no, mamá —se apresuró a decir—. En total, hay siete bocas en el mundo, y una se encuentra justo bajo nosotros, y se accede por los túneles que hay en la parte prohibida de nuestro jardín.

—Felipe II atesoró gran cantidad de reliquias de santos en la basílica del monasterio para paliar los posibles efectos maléficos —me informó con entusiasmo Shú Vargas.

—Insisto, queridos, en que dejemos de hablar de temas infernales antes de iniciar la sesión, no sea que vayamos a atraer a quien no debemos.

Nos tomamos de las manos formando un círculo. Sentía la de Blanca en la mía, real.

María del Ser, diminuta y racial, había apagado las luces sustituyéndolas por velas. Me recordaba a la ayudante de un mago, aunque con cofia y bata de doncella. Sabía en cada momento el efecto necesario para crear expectación.

Hubo un silencio breve, un soplo de viento, un estertor de Estela, que permanecía con los ojos cerrados hasta que los abrió de pronto, todo kohl ahumado, y con un sonido gutural, miró a Aurora y dijo:

—Es tu padre quien me ha contactado, mi pequeña palomita lisiada, quiere entrar en la sesión.

RICARDO

25 de abril, 21:13 horas

Un día después de la desaparición

Dentro de la lata de galletas encuentro también el dedal con míseros agujeritos donde mamá encapuchaba su dedo índice para protegerse de los pinchazos. La recuerdo con esa coraza en su dedo y las gafitas ajustadas en la nariz, por las que veía la vida a través de unas lentes rectangulares, cosiendo y cosiendo aquella tela vaporosa de lunarcitos blancos, el plumeti, que yo me había pasado por mi sexo adolescente mientras soñaba que un día la criatura volvería a probársela, que volvería a rozar su cuerpo, al que me había consagrado en un voto secreto. Tan absorto estaba en mi devoción que mi hermano me descubrió en plena felonía olorosa y táctil, es decir, masturbándome con una simple tela de una clienta de mamá en vez de una de las revistas porno que le robábamos al portero, lo que le produjo una curiosidad que yo me negué a satisfacer y me costó hacerle los deberes de Matemáticas y Lengua durante más de una semana para mantenerle callado. Siempre supo aprovechar las oportunidades, y más si eran para fastidiarme. A partir de ese momento decidí poner más cuidado en mis movimientos y controlar la lujuria desatada de mis pocos años.

Y ella volvió, una segunda vez y una tercera, y de la misma forma, negándose a esconderse tras el biombo, se desnudaba con ese pezón de perfil encantador. Poco a poco percibí que su mirada no se perdía en la suciedad de las paredes de casa, sino que apuntaba hacia la puerta tras la que yo me escondía de la vergüenza de mi ser, desde donde la adoraba en silencio hasta que fuera digno de que me perteneciera. La criatura miraba como si supiera que yo estaba allí, incluso atisbé una sonrisa dirigida a mí. Tan embelesado estaba que no me percaté de la llegada de mi hermano, que se puso a mirar con deleite lo mismo que mis ojos. Una oleada de

rabia me inundó el alma y le di un empujón que le estampé contra la mesa de estudio provocándole una hemorragia en la nariz. Solo yo tenía derecho a mirarla, era mía, le dije mientras un camino de sangre se abría paso en su rostro. Lloró, era un mocoso de doce años, consentido por mi madre y por todo aquel que le conocía, con esa sonrisa suya tan seductora y una simpatía natural que dejaba mi timidez en entredicho. Aunque por mucho que se esforzara, yo siempre fui el preferido de mamá. Por mucho que haya sido él quien ha guardado la reliquia de esta lata con el olor de nuestra infancia y el dedal. Ella siempre me quiso más a mí, que fui el orgullo de su vida con mis estudios brillantes en los que me dejaba la piel. Eduardo lloró con fuerza, gozaba de buenos y escandalosos pulmones, lo que provocó el desastre. Mamá dejó la prueba y se encaminó a la habitación con su clásico «¿Qué ha pasado aquí?». Mientras, la criatura se apresuraba a cubrirse la desnudez de oro y la madre, Rosa, con los ojos más despectivos que he visto jamás, dijo:

—Controla a tus bestias, Avelina, o no podré venir más.

Cuánto soñé con esos ojos durante las largas noches estudiando Arquitectura. Jamás habría sido digno de su hija siendo parte de la progenie salvaje de una modista elegida por el azar de un sofoco veraniego y un malogrado cucurucho de pistacho, o al menos eso creía.

¿En qué momento se elige a la persona que amas? ¿En qué momento ella captura esa exclusividad a la que religiosamente nos dedicamos? *Bestias* nos había llamado su madre, ¿no es el amor también brutal? ¿No es un sentimiento que nos saca de nosotros mismos, que nos hace recorrer el camino de animales a dioses y a la inversa en cuestión de días, horas, minutos, segundos me atrevería a decir?

Bestias, brutos del amor, del deseo... Me reconozco en estos apodos. ¿Y tú, Blanca?

No volví a verte hasta las Navidades siguientes, cuando tu madre te encargó un vestido de seda, para entonces ya había descubierto, gracias a unas pesquisas detectivescas que me mantuvieron con vida, más datos sobre ti y tu familia. En cambio, nada debías saber tú de mí, nada hasta que fuera digno de que me conocieras. Cuántas historias de viejas burguesas y aburridas escuché de labios de mi madre hasta llegar a la que me interesaba, mientras ella se sorprendía:

—Hijo, ¡qué interés repentino por las clientas, no querrás hacerte ahora cronista del corazón! De tu hermano todavía, pero de ti espero

mucho más.

Hallé el número de teléfono de tu madre, tu apellido y dirección, y con esos datos, en un viaje en autobús de cincuenta kilómetros que para mí fue como una travesía trasatlántica al Nuevo Mundo, me encaminé hasta este pueblo y, preguntando por tu familia, llegué hasta esta casa, hasta la verja con herrumbre, hasta el camino de tilos y piedras de granito, que entonces se encontraba en el esplendor de su tiempo. Qué emoción aquella primera vez que acaricié con mis ojos el lugar al que pertenecías. Se convirtió en mi sitio de peregrinaje. Cuando me faltaban las fuerzas para cuanto había de acometer en la vida antes de ponerme ante ti, cogía el autobús y me plantaba frente a la verja de herrumbre cuya cerradura trato hoy de arreglar. Poco dejé al destino, ya había hecho él bastante, solo que tú me quisieras y el momento oportuno de encontrarnos..., y cuánto esperé..., cuánto me costó que lo creyeras, amor mío, tan casual como el inocente cucurucho de pistacho...

BLANCA

17 de marzo de 2019, 20:45 horas

Un mes y siete días antes de la desaparición

He regresado sola de casa de Estela. Clara está dormida en el sofá del estudio de Ricardo. Me recuerda tanto a su padre que a veces no puedo mirarla a la cara. Ricardo está inmerso en su proyecto.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta sin levantar la cabeza del plano—.
¿Qué espíritu se le ha presentado hoy a esa vieja?

—El espíritu de Eduardo —respondo.

Tengo ganas de llorar. He de detener los recuerdos.

—¿Qué hicimos, Ricardo, qué hicimos?

Él se levanta y me abraza fuerte.

—Solo luchamos por lo nuestro —responde.

ROGER

25 de abril, 16:31 horas
Un día después de la desaparición

He dormido cinco horas. El curri me repite, siempre lo sufro cuando me duermo nada más terminar de comer. Refrescarme y regresar a la casa, eso he hecho. Hoy he de encargarme de interrogar a la familia y a su huésped de forma más intensa.

Blanca parece más calmada que ayer. Tiene unas líneas violáceas bajo los ojos. Está pálida. Me ha ofrecido un té, y mientras busca el azúcar en un armario, reviso las notas que he tomado en mi cuaderno nuevo, al despertarme. Construyo un paralelismo entre las dos desapariciones. He transcrito un par de notas de los viejos cuadernos que encontré en el altillo:

«ALBA. Sucede durante la noche. Se la echó en falta a la mañana siguiente. La llamada a la Policía para denunciar la desaparición la hizo la abuela, Rosa. La niña, tres años y unos meses, dormía en la habitación de elefantitos junto a su hermana gemela, Aurora. Aurora padecía sonambulismo. Este trastorno suele desaparecer una vez que se entra en la pubertad. Alba, sin embargo, no era sonámbula. La habitación permaneció intacta hasta hace unos meses, cuando la familia ha vuelto a instalarse en la casa (esta información es nueva)».

—Fue Ricardo quien insistió en que empapelara de nuevo y me deshiciera de los elefantitos y las dos camitas de mis hijas. Pero me negué a que tanto Aurora como Clara durmieran en ella. Por suerte, la casa es grande y tenemos dormitorios de sobra. Ahora es un vestidor.

Blanca me habla con resentimiento. Estamos solos. Yo sentado en un taburete frente a la barra donde desayunan, en la cocina. Ella me da el azúcar, coge un vaso y se sirve un trago de whisky de una botella que tiene

guardada y bien guardada detrás de los productos de limpieza, bajo el fregadero.

—A Ricardo no le gusta que beba, lo toma como una debilidad.

¿Por qué me hace esta confidencia?

Se sienta a mi lado y se moja los labios. Me recuerda a su madre en algunos momentos.

—Te doy un par de días para que encuentres a mi hija; si no, le pediré a quien sea necesario que se encargue del caso otro inspector. Hablaré con quien tenga que hablar y contaré lo que tenga que contar. —Retiene las lágrimas.

—Yo tampoco quería el caso.

—¿Por qué lo aceptaste, entonces?

De nuevo nos tuteamos, no ha hecho falta más que un poco de intimidad. Ella blande el vaso de whisky ante mis ojos, como si me amenazara con una espada. Luego bebe, saborea y entra a matar. Siento el licor en la boca, el calor en mi garganta, un hormigueo que se convierte en marabunta invadiéndome el cuerpo, y me refugio en el té. Ella esboza una sonrisa maliciosa, sabe que lo deseo.

—Esta vez será diferente, Blanca.

—Mi madre ha muerto, será por eso.

Doy otro sorbo de té y anhelo más el whisky.

—Es mi último caso, van a jubilarme —le digo como si necesitara disculparme.

—¿Y qué quieres, una medalla? —Da otro trago.

—Para empezar, hay circunstancias que han cambiado. El padre de tus hijas, Eduardo, ha fallecido hace unos meses...

—No volvimos a ser los mismos después de que Alba desapareciera y no la encontraras.

¿Quiere culparme también de su fracaso matrimonial? No hace falta, me basto yo mismo para hacerlo.

—Las dos eran mis hijas y se han esfumado en esta casa. Aquí hay algo maldito, desde siempre. Veneno Melgar en estado puro, Roger.

—¿Temes por Aurora?

—Aurora es fuerte. La veo capaz de sobrevivir a todo. Incluso a esta casa y a la influencia nefasta de su familia. —Se sirve otro vaso.

—¿Aún es sonámbula?

—El último episodio lo tuvo sobre los doce años.

—Y Clara, ¿también lo es?

—Nunca había mostrado los síntomas.

—¿Crees que ayer pudo ser una primera vez?

—Es posible. Aurora a su edad se levantaba de la cama muy frecuentemente, aunque durante la noche. Caminaba por la casa, aparecía de repente en nuestro dormitorio y nos daba un susto de muerte. Tuvimos que poner una barandilla para que no se despeñara por la escalera. Luego aprendió a saltarla y por eso empecé a cerrar la puerta con llave. Te cuento lo que sabes, o quizá el tiempo te hizo olvidar. Habrás tenido muchos casos desde entonces, espero que mejor resueltos, o no seguirías en el cuerpo.

—Lo recuerdo. Justo la noche que desapareció Alba la puerta se quedó abierta, como en esta ocasión.

—No encontré la llave por ninguna parte. Siempre la dejaba en el cajón de la mesilla de noche, pero no estaba. Se me ocurrió poner una silla para que Aurora tropezara con ella si se levantaba y el ruido nos alertara.

—¿Era la única copia que tenías?

—Sí. Esa llave aún sigue desaparecida.

—Puede que el hecho no esté relacionado con el caso, que la dejaras en algún sitio que no recuerdas y se perdiera sin más.

—La llave debía estar en la mesilla de noche, y no estaba. ¿Cuántas veces he de repetírtelo para que me creas?

—¿Y la llave de la habitación de Clara?

—Aquí está. ¿Te sorprende que la tenga? —responde sacándola del bolsillo de los pantalones vaqueros mientras me reta con la mirada.

Durante el caso de Alba me informé sobre el sonambulismo. Es propio de la infancia. Los sonámbulos pueden caminar, incluso hablar y cometer actos que no realizarían estando conscientes. Pero se trataba de una niñita de tres años. Además, tiene un fuerte componente genético. Tanto Blanca como Rosa también habían sido sonámbulas. «Tendría más sentido que hubieran desaparecido las criaturas que vagaban por la casa —pensé—, en vez de las que se quedaban quietas en sus camitas.» Sin embargo, desaparecían las que no eran sonámbulas, ¿tenía aquello algún significado? Me vino a la cabeza el cuento macabro que forma parte de la herencia de las Melgar, y que obsesionaba a Rosa. El cuento de una bella durmiente que camina sonámbula en vez de esperar el beso de su príncipe

en un sueño sosegado. Nunca he creído en maldiciones ni en nada sobrenatural, solo en el ser humano y en lo pérfido y cruel que llega a ser.

—Dime, Blanca, ¿qué crees que pasó? —le pregunto mientras leo por encima:

«CLARA. Desaparece durante la hora de la siesta, doce años después que su hermana Alba. Tampoco es sonámbula, que sepamos. Duerme en una habitación pintada de color verde junto a la de los elefantitos. La llamada a la Policía la realiza Blanca. En ambos casos, la puerta del torreón se hallaba abierta, registramos la estancia y las escaleras y no encontramos ni una sola evidencia de que la niña hubiera estado allí».

—¿Sospechas otra vez de mí? —me pregunta Blanca mirándome fijamente—. ¿Volverás a arrestarme?

AURORA

17 de marzo, 19:45 horas

Un mes y siete días antes de la desaparición

Miro los cortinajes que cubren la habitación de cristal de Estela. Rojos, rojos, son rojos. Me había prometido no mirarlos, los evito cada vez que entro allí, pero el miedo se ha disparado cuando Estela ha dicho que era él: papá. La habitación se ha convertido en las cortinas. Solo le he contado a Maty lo que me pasa con el color rojo desde que murió papá, a pesar de que no quería hacerlo porque acabábamos de conocernos. Fue el día de lo de la rana, aunque la abrió con esa delicadeza y la rana estaba muerta, el bicho sangró unas gotas. Yo me contuve bien, como cuando tienes unas ganas horribles de ir al baño y estás en el autobús, qué tontería. Cuando salimos del laboratorio me fui a llorar a una esquina del patio, quería alcanzar el servicio, pero me pilló ahí, en plan riada. Maty se puso a acariciarme el pelo, «Vete», le dije, no me hizo caso, así que le eché una buena oleada de lágrimas en el jersey. «No sufras por la rana», me dijo, debió de pensar que era estúpida. Entonces no sé qué me pasó, «No es por ella —le confesé—, es por mi padre, el rojo me da arcadas, las aguanto muy bien si enseguida me pongo a pensar en otra cosa, cuanto más terrible mejor». Omití que en ese caso el pensamiento había sido que él era Jack el Destripador. Maty un asesino; él, que tiene esas pecas alrededor de la boca y unos ojos amarillos. Es un poco gato, un poco caimán. Así empezamos a hablar y, para que no pensara que era una cobarde, le invité a investigar conmigo los túneles del jardín. Dan tela de miedo porque conducen al infierno. Tengo ganas de llorar. Miro a mamá, su rostro se ha tensado al escuchar las palabras de tía Estela. Papá con nosotros, papá; falta Ricardo

para estar todos juntos. Quizá por eso no viene a las sesiones, quizá es lo que teme, enfrentarse con su hermano cara a cara.

—Estela, termina con esto, te lo ruego. —Es la voz de mamá, intenta ser autoritaria, pero está asustada.

Aprieto la mano de Arturo y él me responde con otro apretón. Si Maty estuviera a mi lado me echaría a llorar otra vez sobre él. Y luego nos fumaríamos un cigarro juntos, mola lo de calada él, calada yo. Y que me suelte esas parrafadas de amor de la primera parte de *Hamlet*, porque cuando la cosa se pone seria a veces me da por llorar. Creo que nadie me ha visto llorar tanto como Maty, dice que soy guay porque no me parezco a ninguna otra chica, incluso a veces parezco un chico, de burra que puedo ponerme, aunque luego llore, que es más de tías.

—Aurora, tortuguita mía —sale de la boca de Estela.

Así me llamaba papá. Nadie lo sabía, era nuestro secreto. Siento frío en la nuca. Tengo los ojos de Estela fijos en los míos, tiemblo, y la mano de Arturo toma fuerza de nuevo.

—Aurora —me llama, es su voz.

Me van a dar arcadas.

—Ya basta —dice mamá elevando el tono, muy enfadada.

Se ha soltado de las manos, se ha levantado de la silla, ha roto el círculo.

—Tienes miedo a lo que papá tenga que decirte. —Me enfrento con mamá y saco por la boca las palabras que me he aprendido de la obra de teatro de la estúpida de Literatura, pero no del papel de Ofelia, sino del que le han dado a Maty—. ¡Oh, Dios! ¡Vergüenza! ¡Solo dos meses que murió! —Me ahogo en lágrimas, se me salen los mocos, mezclo los versos, cambio el orden—. ¡Aun antes que la sal de sus pérfidas lágrimas abandonara el flujo de sus ojos, desposada!

Nos han dado los papeles principales de la obra porque la profesora nos hizo leer en alto a todos los de la clase y resulta que los que mejor entonábamos éramos nosotros. El resto de las niñas me odiaron, «La nueva se lleva el mejor papel». Y sé que algunas están por Maty porque se les nota mucho, no saben disimular, es alto y tiene moto.

Mamá desafía a Estela con la mirada y se marcha de la habitación. María del Ser descorre las cortinas. Los ojos de Estela se entornan. Arturo va a seguir a mamá, pero yo retengo su mano y él me abraza. Me abraza,

se ha vuelto Maty, y escucho al ser vivo, a Maty nunca se lo he escuchado, le lleno de mocos, de lágrimas. Me encanta su colonia.

—Ya está, palomita —oigo a tía Estela desde el otro lado de la mesa.

—Dile que vuelva, tía Estela, dile que vuelva —le ruego.

—Ya no puedo contactar con él. De todas formas, debí hacer caso a tu madre.

—Tenía algo que decirme, ¿verdad?, ¿verdad? Quiere que me vengue.

—Mi querida palomita, no te dejes llevar demasiado por lo que leas en los libros.

—Es eso. —Los ojos se me iluminan, absorbo los mocos y salgo del regazo de Arturo—. Papá quiere venganza, cómo no lo vi antes.

BLANCA

6 de marzo

Un mes y dieciocho días antes de la desaparición

A Ricardo le gusta que esté en su estudio mientras trabaja. Leo la revista de decoración para la que solía hacer los estilismos, y siento sus ojos fijos en mí.

—Solo piensas en cuándo podrás volver. No eres feliz conmigo. No confías en mi proyecto. Así no me ayudas.

—Lo añoro, nada más. He pensado en un par de producciones que podría hacer cuando entregues el proyecto y volvamos a Madrid.

—¿A Madrid?

—O podría hacerlas también desde aquí si prefieres quedarte en esta casa. Parece que Aurora se adapta al colegio con su nuevo amigo, ese Maty. Te las cuento. Telas, telas en el bosque, junto al arroyo, como si formaran parte de él.

Chasquea la lengua. Se marcha del estudio. No me habla en la cena. Por la noche no viene a la cama. Duerme en el sofá de su estudio. Llora. No sé qué hacer. No sé qué hice mal. Le odio, siento rabia hacia él, pero le echo tanto de menos. La cama solitaria.

AURORA

27 de marzo, 17:40 horas

Veintiocho días antes de la desaparición

Lo hemos hecho por fin esta tarde, a la salida del colegio. Llevaba varios días trabajándome a Maty para que me llevara en la moto, y él excusa va y excusa viene. Pero hoy ya está. Me ha gustado que el tío estaba preparando la excursión desde que se lo dije y empezó a darme largas, en plan sorpresa. El miedo que yo le achacaba iba por otro lado, conseguir costo para que el viajecito hasta allí fuera completo, como lo hacen los mayores. Y además, una botella de cerveza. No sé si era buena idea irse a ver algo diabólico borracho, colocado, o casi mejor así porque lo mismo luego te paralizas del pánico que te puede entrar.

La tarde anterior me había enviado un wasap: «Vamos mañana. Lo tengo todo listo».

Eso me dio la ventaja de decirle a mamá que me quedaba a hacer un trabajo en casa de unas tías cuyos nombres me inventé. Con mamá es fácil, no se entera de mucho, y además, ahora en el nuevo cole me puedo sacar de la manga lo que quiera.

La última clase, Biología, se me hizo larga. Maty no paraba de mirarme y hacerme «OK» con el dedo, o guiñarme un ojo, se emociona porque nos ve revolcándonos por ahí, seguro. Según terminó el cole salimos volando. Maty había escondido detrás de una piedra, camino de Abantos, la botella de cerveza, pis puro iba a estar, aunque en el monte y para ser marzo hacía su frío.

No sé por qué le llaman a este lugar la Casita Rústica. A veces habíamos pasado por delante con la moto y había gente fumando, pero hoy no. Maty se detuvo y me ayudó a bajar. Era como una plataforma de cemento que sobresale en una ladera del monte, nos encontramos cáscaras

de pipas y colillas, pero lo interesante estaba debajo. Había un tubo gigante, una tubería más bien, enorme, enorme, en hormigón o algo así. Antes de bajar había que prepararse. Nos bebimos la cerveza-pis a morro, compartimos baba, y Maty me dijo:

—Mira lo que he conseguido.

Tenía un pedacito de costo, papeles de fumar y hasta boquillas. Nos dio la risa floja porque no había forma de liar aquello y que nos quedara de un tamaño normal, éramos dos pringados, vamos, que no habíamos hecho eso en la vida. Bueno, nos fumamos la trompeta que acabamos liando y nos fuimos para la tubería. No sé por qué nos dimos la mano, me miró con los ojos amarillos y me dio un beso. Maty se había encargado de la cerveza y el porro, yo de la linterna y de la cámara. Cuando les cuento a mis amigas del colegio de Madrid que este pueblo se ha construido encima de la boca del infierno no me creen. Me llaman gótica y trolera. Si alguna se hubiera molestado en venir a visitarme, al menos. Aquí las quería ver yo. Le solté la mano a Maty y encendí la cámara. Él se ocupó de la linterna. Andábamos muy despacio y yo grabándolo todo. Flipamos cuando empezamos a ver las cruces invertidas que habían pintado en la pared. Ese era un lugar de misas negras, de sacrificios y cosas así. Estaba segura de que aquella tubería conectaba de alguna manera con los túneles de nuestro jardín. De pronto vimos una mancha roja en la pared, grande, redonda con churretes, como si hubieran tirado un bote de pintura, o algo peor, sangre... Me puse mala, malísima, dejé caer la cámara encendida. Maty me abrazó y me dijo: «Llora, llora», ya se sabía la movida, me sacó afuera, y entre abrazo y abrazo, otro beso me dio. Hasta llegué a pensar que lo había pintado él. Nos sentamos sobre el cemento, poco a poco se hacía de noche.

—Tú ibas en el coche con tu padre, ¿verdad? El día del accidente, me refiero —dijo Maty pasándome la mano por la espalda en plan lomo de perro.

—Sí, pero no quiero hablar de eso.

Me entraron unas ganas horribles de ponerme a grabar cosas redondas, así que enchufé la cámara a los ojos de Maty, quería grabarle el ojo amarillo, aunque no tenía lente ni *zoom* para hacerlo, el ojo amarillo, redondo, la luz que te saca de la noche.

ARTURO

20 de abril, 18:00 horas

Cuatro días antes de la desaparición

Sábado. Encerrado en mi habitación de la buhardilla, trato de escribir. Blanco, blanco el papel, la pantalla. No dejo de pensar en Aurora, en su cámara. Cierro el portátil y bajo un piso. La puerta entreabierta y el murmullo de la música que le gusta, una especie de reguetón. Toco con los nudillos. Está sentada en la cama revisando algo que ha grabado. Me sonrío y me indica que me siente cerca de ella. Aurora graba cosas redondas constantemente. La otra noche se pasó más de diez minutos en la toma de la yema de un huevo frito.

«Se lo va a comer helado, me pone de los nervios —dijo Ricardo—. Le consientes todo.»

Blanca la consiente, es cierto.

—A veces no soy yo la que decide lo que va a grabar, ¿me comprendes? —Le brillan los ojos. Me gustaría meterme dentro de ellos—. Es la cámara la que me habla.

Se acerca más a mí para que pueda ver la grabación en la pantalla.

ON: La luz redonda de una farola. Guisantes, una moneda de dos euros. OFF.

Formas redondas, es el único hilo conductor.

—¿Qué significa? —le pregunto.

—Me hace recordar cosas. La cámara está viva.

«Cómo es posible que no se me ocurra nada que escribir —pienso—. Esta niña es una historia en sí misma.» Se pone de pie. Es tan ágil con la escayola, forma ya parte de su cuerpo. De debajo de la cama saca lo que me parece el soporte de un ventilador. Me cuenta que su amigo Maty lo ha

cortado y le ha hecho una base para que pueda sujetar su cámara con cinta americana.

—Hace unas semanas que oigo ruidos por la casa y he empezado a tener pesadillas. Voy a grabarlas. La cámara recogerá mi sueño.

—¿Hasta dónde piensas que puede llegar una cámara?

—Vamos a comprobarlo.

—A lo mejor te decepcionas.

—Quizá estás intoxicado y no crees en nuevas formas de expresarte con la cámara.

¿Quiere decirme que ella es carne e ideas frescas y yo no?

La hago subir a mi habitación. Saco la maleta vieja del armario. Tiene un doble fondo. De él saco un paño de gamuza que abro y le enseño el 45.

—¿Es de verdad?

—Como tú y como yo, pero solo ha matado en el cine.

ROGER

25 de abril, 15:30 horas

Un día después de la desaparición

Seguimos la búsqueda. Me enfrento de nuevo a un rompecabezas. Quiénes pueden ser los sospechosos sino los miembros de la familia y su huésped. Hemos establecido un perímetro alrededor de la propiedad, de varios kilómetros, y hay agentes peinándolo minuciosamente en busca de algún indicio que nos permita, si no encontrar el rastro de la niña, al menos una pista que nos arroje algo de luz. Este caso, al igual que el de su hermana, es un puzle maquiavélico cuyas piezas hay que saber unir, y para ello necesito adentrarme en su mundo familiar, y esta vez sobrio. En cada uno de sus miembros, y en las otras dos personas que estaban en la casa, Arturo Lago y Estela. En la mayoría de los casos de desapariciones que terminan en asesinatos de niños, los padres o familiares directos están involucrados, es así de triste, pero real. Estoy aquí para ver lo peor del ser humano, el lobo que encerramos en nuestro interior, y ayudar a las caperucitas rojas que han caído en sus garras.

Esta mañana, antes de encaminarme a la casa, he leído el cuaderno donde tomé las notas sobre el informe psicológico al que Blanca se sometió voluntariamente cuando Alba desapareció y estuvo retenida en comisaría. Fue nuestra principal sospechosa durante un tiempo. Una sospechosa dócil, como si quisiera ser descubierta. Una mujer que sufre y busca desesperadamente a alguien que la alivie, que la desnude sin necesidad de hacer ella el *striptease*. Eso me cantaba al oído mi instinto de ruiseñor cuando la bebida no me dejaba sordo. Solo necesitábamos dar con la pieza que nos faltaba, y si la encontrábamos, ella no ofrecería resistencia. Tenía solo veinticinco años y, como yo había supuesto nada más entrar en el salón, se había casado con aquel muchacho, Eduardo, de

penalti. El informe psicológico desveló que era una mujer inestable, con profundos traumas de la niñez a los que no era posible acceder más que en una terapia en condiciones, apuntó la psicóloga. Hablé con Rosa, su madre, de manera extraoficial sobre el tema, *de manera extraoficial*, hay tantas formas de expresarlo, borracho, en la cama lúgubre de mi apartamento, besándole aquellos pezones rosados que la edad no había marchitado, grandes y duros, con la boca embriagada de ella y del sabor del whisky que se abría paso en nuestras venas, en nuestros sexos, y nos quemaba mientras un vinilo rasgaba aquel aria maldita que cantaba su madre y la obsesionaba.

—¿Le ocurrió algo traumático a Blanca cuando era pequeña?

Su cabello era una densa orgía rubia donde se me perdía el alma alcoholizada.

—Desde los doce años, su padre la obligaba a estar presente en las reuniones de sus amigos y servirlos. Parecía ella la esposa y no yo. Estaba enamorado de su hija. Le recordaba a mí cuando era más joven, decía. Me casé con un pederasta, un proxeneta.

—¿Crees que pudo abusar de ella?

—Iba a dejarle cuando la muerte me hizo el favor de llevárselo. Solía encerrarme en el sótano durante las reuniones de sus amigos y les decía que estaba de viaje, así podía pervertir a Blanca sin obstáculos.

La abrazaba y ella se reía. Tenía una risa como la cocaína. Me hacía sentir tan vulnerable y a la vez un dios por poseerla. Le gustaba jugar a ser el cachorro abandonado en busca de protección, pero casi siempre era yo el que acababa sintiéndose así. Acariciado y agradecido.

Durante la investigación de la muerte de Alba fui testigo de varios episodios de la cólera de Blanca hacia su marido. Le culpaba de todo, le culpaba de haberla dejado embarazada, de someterla a la responsabilidad de ser madre tan joven, de que su vida no fuera como ella había planeado, de haberse refugiado en la ayuda de Rosa cuando ella se quedó embarazada de gemelas con solo veintiún años. Aquello no podía perdonárselo, y la comprendo... Rosa era una vampiresa que usaba bien sus armas para conseguir sus deseos, y lo que quería era tener a su hija cerca, absorberla, controlarla. Blanca, en cambio, poseía una sensibilidad artística. La recuerdo obsesionada por la lectura de libros de cultura japonesa, que su marido aborrecía. Rosa me contó, y no sé con qué objetivo, que pasaba más tiempo investigando sobre el imperio nipón que

ocupándose de sus hijas, sobre todo de Alba. No soportaba la carga de la maternidad.

—Aurora era su preferida —me dijo Rosa—. No lo podía evitar, y eso que eran físicamente exactas. No la culpo, Aurora es como nosotras. De cada Melgar hay unas que tienen sangre de agua, esa era Alba, ya desde la más tierna infancia se las detecta; otras, en cambio, como Blanca y como Aurora, tienen la sangre espesa, roja, el sonambulismo es uno de los primeros síntomas que las distingue, y son las encargadas de continuar con éxito la dinastía Melgar. Las merecedoras de lucir las perlas.

—¿No era aún demasiado pequeña Alba para que se pudiera hacer un diagnóstico tan duro? —le pregunté.

—Casi desde la cuna uno podía darse cuenta. Tan iguales físicamente y tan distintas. Una burla del destino nacer las dos juntas.

Bebíamos, y ella se subía a horcajadas sobre mí con aquellos collares de perlas anudados al cuello por los que se asomaban sus pechos. Brillaba en mi covacha de apartamento con una luz que quizá en otro lugar no hubiera cegado tanto, y aunque tenía destellos de lucidez en los que me sentía culpable, en los que el ruiseñor me alertaba del peligro de su carne, de su risa, la ginebra nublaba todo intento razonable y digno de abandonarla.

Blanca había perdido a Alba en el bosque solo dos meses atrás. La encontró el padre, acurrucada entre unas jaras. Relató el episodio a la psicóloga y dijo que nunca quiso dejar a su hija sola en el bosque, regresó a casa a pedir ayuda porque se hacía de noche y estaba desesperada.

Inestable, propensa a las adicciones, maniaco-depresiva, sonámbula. Y con un carácter obsesivo que a veces deformaba la realidad. Tendencia al delirio. Ese fue el diagnóstico. Capaz de haber asesinado a su hija: impredecible. Así era Blanca, un misterio, una bomba de relojería a punto de estallar y que no estallaba nunca. Y si no lo hizo entonces, cuando su madre estaba más preocupada por acostarse con el inspector que investigaba el caso de la desaparición de su nieta que por dejarle hacer su trabajo en condiciones, quizá no lo haga nunca. Tal vez Blanca no llegó a perdonarla, a perdonarme.

Me duele recordar lo pasado. Siento el aire de este pueblo, ese aire tan peculiar que susurra, que le habla directamente a mi instinto de ruiseñor.

RICARDO

25 de abril, 22:00 horas

Un día después de la desaparición

Los veranos eran la época más terrible del año. Dos largos meses sin verte, Blanca, dos largos meses que tenía que pasar en el pueblo de mamá, en casa de sus dos hermanas, las urracas. Una, viuda desde muy joven; la otra, lo que allí llamaban *una solterona seca*. Recuerdo el calor denso, era una presencia física más, el calor de una Castilla que derrite hasta los últimos resquicios del alma. Las urracas nos esperaban con sus brazos flácidos para acogernos en aquella casa donde me ahogaba. Era la casa de la infancia de mi madre, ella ocupaba el mismo cuarto de su niñez, compartido con la urraca solterona; la otra dormía en la habitación de los padres porque allí había dormido antes con su marido, un ferroviario que había muerto muy joven de una enfermedad rara que nunca logré recordar. Lo que sí recuerdo es la penumbra en la que vivíamos huyendo del calor, Eduardo y yo encerrados entre aquellas cuatro paredes, de nuevo encerrados, durmiendo en el cuarto más pequeño de la casa, en unas literas donde yo había elegido la de arriba, así podía mirar el techo y escapar de los ojos de mi hermano al menos durante las horas de sueño. Siempre andaba detrás de mí proponiéndome juegos para no morir de aburrimiento. Hasta que hizo amistad con unos chicos del pueblo. Cuando remitía el calor y mamá nos daba permiso para salir de casa, se organizaban guerras de agua en la calle, a escupitajo limpio, aprovisionándonos de los botijos. Se reían de que yo, siendo el mayor, no llegaba tan lejos como ellos, de que en las cacerías de ranas, en una charca inmunda de los alrededores, esos anfibios repugnantes se me escurrían entre las manos, y oía sus risas, sus risas junto con la de Eduardo, y el croar burlón de las ranas. Regresé a la penumbra odiada porque en ella

vivía el viejo tren eléctrico que decoraba la cómoda de mi tía, la urraca viuda. Había pertenecido a su marido, era lo único que le quedaba de él, y estaba tan prohibido tocarlo como decir en el pueblo que nuestra madre nunca se casó. Era hermoso, muy hermoso, Blanca, de vagones rojos, estilizados, metálicos. Cuánto me hubiera gustado mostrártelo, tú lo habrías comprendido. Una belleza de rueditas sobre un raíl brillante. En cuanto tenía ocasión, me metía a escondidas en el cuarto de mi tía para admirarlo, me sentaba en el suelo, oculto en un ángulo oscuro, entre la cama y la puerta, y lo contemplaba por horas sin cansarme. Aún puedo sentir la finura con la que se ensamblaban cada una de sus piezas, las puertecitas de los vagones en miniatura, las ventanillas, los pequeños asientos de madera del interior. Pero Eduardo descubrió mi fascinación. El tiempo que me había pasado buscando la manera de que mi tía me permitiera ya no jugar, simplemente tocarlo, quedó eclipsado por otra de sus carcajadas.

—Vamos a decirle a la tía que nos deje jugar con él, que se lo cuidaremos como si fuera el mayor de los tesoros, así de sencillo —me dijo.

—No será suficiente —le respondí.

Nunca me había atrevido a decirle ni mu a la urraca viuda. Eduardo no se lo pensó dos veces, se acercó a mi tía, mientras me daban ganas de orinarme encima, con esa sonrisa suya, la abrazó, le dijo cuatro tonterías al oído, la escuché reír, la vi acariciarle el pelo, y se lo dejó, Blanca, querida mía, ¿te das cuenta? Fue a su habitación, bajó el trencito del último estante de su cómoda, donde estaba protegido de nuestra estatura, y lo puso sobre la mesa del salón para que jugáramos con él. Yo hui a nuestro dormitorio y Eduardo vino a buscarme.

—Ya está —me dijo—. Eso sí, jugamos con mucho cuidado, sin ponerlo en el suelo.

Ya está, de aquella manera tan fácil, así conseguía las cosas, por eso no las valoraba. Él lo tocó sin más, pero yo no pude, saboreé en mi imaginación cómo sería el frío del metal en las yemas de mis dedos, mientras sufría, sufría lo indecible, porque los dedos sucios de mi hermano lo manoseaban, ¿me comprendes, Blanca?

BLANCA

7 de abril, 18:55 horas

Diecisiete días antes de la desaparición

—Blanca, ¿qué haces encerrada en el baño?

—Pis.

—No puedo ocuparme de Clara y trabajar en mi proyecto. Es tu hija, tu responsabilidad. ¿Y Aurora? Todo el día con esa maldita cámara grabando en cualquier esquina, ya podía ocuparse de su hermana.

Cierro los ojos, algo me florece en el vientre.

—¿Por qué no contestas? ¿Qué te pasa? —insiste Ricardo.

Sudo. Siento el rostro deshacerse, formar un charco en el suelo. ¿Quién soy? Abro la puerta y Ricardo me reconoce, no se asusta de que haya una extraña en el cuarto de baño.

—¿Qué escondes en la mano?

Me quiebro. Tengo la prueba de embarazo oculta en mi espalda, y la escondo dentro de las bragas.

—No tengo nada. —Le muestro las manos vacías. Y veo a mi padre revisándomelas para que le sirva el whisky a sus amigos con ellas limpias. Primero las palmas, luego el dorso, las uñas sin tierra del jardín. Y así hago.

—¿No te ves capaz?

—Voy ahora mismo y hablaré con Aurora. Esta noche, después de la cena me enseñas los avances que has hecho en el edificio.

Le abrazo. No lo hubiera hecho si no tuviera la prueba en las bragas.

—¿Qué avance voy a hacer si no puedo trabajar en esta casa.

Me rehúye, está frío. No soporto cuando se pone frío, cuando se convierte en hielo.

—¿Por qué no te vas al torreón?, es un lugar donde estarías aislado del ruido.

—¿Te dejo sola en casa con el guionista? Eso quieres.

—Está en la buhardilla escribiendo todo el día.

—Creo que deberíamos buscar otro huésped. —Me mira fijamente—. Estás acostumbrada a seducir a cada hombre que encuentras. Lo haces sin darte cuenta, es lo que te enseñaron.

Me abrocho los pantalones. Y salgo del baño con decisión. Me he sacado por fuera la camiseta para cubrir la marca de la prueba en el culo. Tengo ganas de llorar. Bajo delante de él la escalera, y cuando llego a su estudio veo a Arturo jugando con Clara. Los dos me sonrían. Cojo a Clara en brazos y le doy las gracias a Arturo. Salgo de la habitación. Siento la mirada de Ricardo en la espalda. Sus ojos que me hacen llagas. Le odio cuando se comporta así. Y luego me odio a mí misma por odiarle. Le golpearía el pecho con los puños hasta que se me muriera la rabia. Intento serenarme. Tiene razón, no puedo dejarle a cargo de la niña porque tiene que trabajar, era solo un momento para hacerme la prueba, debí llevármela conmigo, o que la cuidara Aurora. He de hablarle. Pero ha sufrido tanto. Cada vez que me pongo frente a ella me siento como un árbol que se va deshojando en otoño. Clara, su carita cálida junto a la mía, su olor a todo por empezar. Se agarra de mi pelo y yo la abrazo. Me apresuro a la habitación de los elefantitos, ahora un vestidor, cierro la puerta y me siento en una butaca con ella en el regazo, y lloro y lloro. «Mami..., *trizte...*», me dice, aprieto su rostro contra el mío, y la acuno, mi bella princesa, y me acuno con ella para dormirnos. Me clavo la prueba de embarazo. La saco de los pantalones y la arrojo contra la pared. Clara entreabre los ojos. «No pasa nada, mi niña, no pasa nada, duerme.» Durmamos cien años, mi amor, sin que el tiempo se detenga, sin sufrir, y al despertar no seamos más que polvo, ceniza.

AURORA

20 de abril, 19:30 horas

Cuatro días antes de la desaparición

Resulta que el revólver, el 45 como lo llama él, se lo regaló a su padre el propio Sergio Leone. Ese director del *spaghetti western*. Yo no soy muy de pelis del Oeste, se lo dije, él es un fanático, claro, pero me encanta *Solo ante el peligro*, Gary Cooper y solo Gary Cooper, la tensión que se crea al final es impresionante. Él es más de Clint Eastwood, claro, y de actores de esos del *spaghetti* que no conozco. He alucinado. Su padre hizo de todo en esas pelis, desde llevar los cafés a los actores hasta ejercer de guionista y ayudante de dirección. Luego se quedó trabajando en los poblados del Oeste que hay en un desierto en Almería, que son como parques temáticos. Allí creció. Ya no se rodaban casi pelis, pero cuando salía del cole se iba a jugar en las tiendas de los indios. Creció como un pies negros, o un sioux. Tampoco tiene padre, y creo que esto nos ha unido más. Más aún que el cine. Yo tengo la cámara de papá. Él, el 45. Solo conserva tres balas. Dos de fogueo y una de verdad. Las de fogueo son más gordas. Pero cuando se meten en la recámara, uno podría jugar a la ruleta rusa. «Así es», me ha dicho él.

ARTURO

24 de abril, 22:35 horas
Día de la desaparición

—¿Dónde estaba usted? —me preguntó el inspector.

—En mi dormitorio descansando, había sido un día duro.

—¿A qué se refiere?

—Todo comenzó ayer por la noche. Estaba tomando un whisky en el salón cuando todos ya se habían acostado. Entonces apareció Blanca en camión y con los ojos llorosos. Se puso una copa y se sentó a mi lado. Al principio no tenía ganas de hablar, pero fumamos y se relajó. El caso es que acabamos en el torreón, quería enseñármelo de noche. Cuando regresamos a la casa, apareció Ricardo en pijama y montó una escena.

—¿Se refiere a una escena de celos?

—Algo así.

—¿Tenía motivos?

—Lo estábamos pasando bien, nada más. A ella la insultó y le preguntó si iba a repetir conmigo lo mismo que hizo con su hermano. Luego me lanzó un puñetazo que no sé cómo pude esquivar. El tío sabe pelear, y muy bien. Ella se puso en medio para separarnos. Ricardo dijo que me quería fuera de la casa a la mañana siguiente. Ella se encaró con él, ya le dije que había bebido, nunca la había visto así, y le respondió que era su casa y que yo no me iba. Al final me marché a la cama y los dejé discutiendo.

—Es obvio que no se ha marchado.

—Esta mañana no sabía si preparar las maletas. No quería irme, la verdad. Tengo una relación muy buena con la niña, Aurora, creo que está sufriendo.

—¿Por la muerte del padre?

—Por todo, ha pasado menos de un año desde que murió, por lo visto.

—Parece muy unido a las mujeres de la familia. ¿Ya las conocía?

—No, fue casualidad. Un amigo, que es del pueblo, me avisó del anuncio para alquilar una habitación, me dijo que era una casa maravillosa para refugiarse a escribir, que es lo que yo pretendo, soy guionista.

—Entiendo, y ¿no tenía más datos sobre la familia?

Sentí un vértigo en el estómago, y lo negué.

—¿Qué ha pasado esta mañana? —me preguntó el inspector.

—No he bajado a desayunar. Tenía miedo, se lo confieso. Quería ver cómo estaban las aguas antes de nada. Entonces llegó Estela, la vecina del caserón de enfrente, una anciana...

—Sé a quién se refiere.

—Llegó muy afectada porque se había muerto uno de esos caballos salvajes que tiene en la finca. Los tiene sueltos, ¿sabe?, no sé si eso es legal...

—Es lo de menos ahora.

—Acababa de enterrarlo su jardinero en un cementerio de caballos que tiene en su propio jardín, me quedé helado. Insisto en que eso no debe de estar permitido, y lo de enterrarlo en un jardín, pero, bueno, es otro tema, como dice. Estela quería que Blanca la acompañara a la tumba para velarlo, ¿se imagina? Pero ella le dijo que tenía que salir. Estaban en el vestíbulo, y pude oír la conversación. Blanca le dijo que regresara más tarde, entonces escuché a Ricardo preguntarle adónde iba. Ella dijo que a llevar a Aurora al colegio y a Clara a la guardería, y luego a hacer unos recados; se podía sentir la tensión incluso a través del hueco de la escalera.

—¿Clara estaba con ellos?

—Sí, Blanca se la llevó a la guardería. Estela se marchó a su casa. Y oí a Ricardo encerrarse en su estudio. Bajé entonces a desayunar, pensé decirle que sentía si le había molestado que tomara algo con su mujer, no tenía intención de nada. La vi triste y solo pretendía animarla.

—¿Era así de verdad? La señora Oliveira es una mujer muy atractiva.

—Lo sé.

—¿Le contó por qué estaba triste?

El inspector se quitó la gorra solo para asegurarse de que el poco pelo que le quedaba seguía en su sitio.

—En realidad, no.

—Alguna especulación.

—No sé explicarle. La sensación en el estómago de que se estaba cociendo algo con su marido.

—Comprendo. Siga, por favor.

—La mañana fue tranquila. Ricardo en su estudio, yo en mi habitación intentando escribir y sin saber qué hacer. Decidí esperar a que regresara Blanca.

—¿A qué hora lo hizo?

—Cerca de las dos de la tarde. Apenas la vi. Tenía un aspecto horrible, los ojos muy hinchados de haber llorado, se abrazaba a Clara, le dio algo rápido de comer. Aurora llegó al poco rato en moto con su amigo Maty, hubo una pequeña discusión porque iba en moto con la escayola. Subió a su dormitorio con el chaval a ensayar esa obra, *Hamlet*, y yo me dirigí a la cocina para hablar con Blanca, que en ese momento estaba tomando una pastilla. «Necesito dormir», fue todo lo que me dijo. Justo en ese instante llegó Estela, de nuevo muy afectada. Blanca le sirvió otro barbitúrico. «Barra libre, querida —le dijo—, hoy necesitamos desaparecer del mundo, dormirlo», y la llevó hasta la habitación de invitados. Luego acostó a Clara la siesta y se metió en su dormitorio y yo regresé al mío. Todo parecía tranquilo cuando me sobresaltaron unos gritos, eran Ricardo y Blanca, no oí lo que decían, no sé si hablaron sobre mi permanencia en la casa. Tras unos minutos, todo se calmó de pronto y la casa quedó en silencio, como narcotizada por el barbitúrico de Blanca. Me eché en la cama y me quedé dormido. En sueños creí oír el llanto de Clara, lloraba bastante, pero pronto cedió, y continué durmiendo. Cuando desperté ya había revuelo en la casa, no encontraban a Clara. Todos despertamos del letargo y la buscamos en la casa, en el torreón, en el jardín. La actitud de Ricardo había cambiado con respecto a Blanca, le vi más cariñoso. Hicimos equipos de búsqueda, yo fui con Estela, no paraba de lamentarse: «Igual que cuando murió Jezabel», repetía con insistencia.

—¿Quién es Jezabel?

—Por el nombre, imagino que otra yegua bíblica.

BLANCA

25 de abril, 17:30 horas

Un día después de la desaparición

Llueve, llueve, llueve. La tristeza es una mano que me hunde en la tierra húmeda. Puedo oler el perfume de mi propia muerte, el de mis hijas, disolverme en él. Aspirar el origen y el fin de cuanto somos escrito en la naturaleza. Quisiera regresar al cuento de mi infancia. Mamá me arropa en la habitación de los elefantitos. Tiene las mejillas sucias de haber llorado.

—Nosotras somos princesas. Estamos destinadas a sufrir, pero también a reinar.

Oigo el *Bolero* de Ravel, que penetra con un aroma a cueva por la puerta entreabierta y tiemblo.

—Mamá, ¿cómo te has escapado del sótano? —susurro.

—Ssssh. —Se lleva un dedo herido a los labios. Me aparta un mechón de la frente.

—Ya te lo he dicho, soy una princesa. Tú también tendrás que ser valiente y hacer lo que debes. Nunca tengas miedo, ¿me oyes?

—Sí lo tengo, mamá.

—Pues has de matarlo como si fuera un dragón, ¿me comprendes? Clavarle una daga con valentía.

—Sí. —Retengo una lágrima.

—Y defender tu reino acabando con los malvados. A los que quieren destruirnos, como tu padre, a nosotras, a las Melgar. Dice que estamos locas, que somos peligrosas, que tiene miedo de mí, de que le haga daño, o a ti, o a mí misma. Miente y tú lo sabes, no le creas nunca, mi amor, nunca. Y ahora duerme.

Se sienta con suavidad en el borde de la cama.

—Érase una vez, en un reino rodeado por un frondoso bosque de pinos y abetos, una princesa que dormía en el esbelto torreón de su castillo. —Me guiña un ojo—. Una maldición la había condenado a dormir cien años, pero esa princesa de tupidos cabellos dorados era como tú, sonámbula. Y así despertaba de su sueño, sin despertar, y vagaba por el jardín de su castillo, sin saber que cada noche sin día y cada día sin noche tomaba el camino de aquellos túneles oscuros donde él la esperaba...

RICARDO

24 de abril, 15:10 horas

Diez minutos antes de la desaparición

Jamás te vi tras la fantasmagoría del papel cebolla, le negaste que me revelara tu verdadera naturaleza. ¿Cuál es, Blanca? Creo vislumbrarla ahora, cuando los acontecimientos de este último día han sustituido al biombo de mi madre, tras el que decidiste no desnudarte. Si lo hubieras hecho entonces, si hubiera visto lo que ahora sé...

BLANCA

21 de abril, 03:45 horas

Tres días antes de la desaparición

Me ha encontrado él, con el camisón enganchado en la valla. No sé si quería saltar a la zona prohibida del jardín, estaba dormida. Dice que me ha oído levantarme de la cama, estaba desvelado, y cuando ha visto que no iba al cuarto de baño, me ha preguntado si me pasaba algo. No le he respondido, por eso vino tras de mí. Dice que he bajado las escaleras hasta el recibidor descalza, sin hacer ruido, susurraba mi nombre y ni he girado la cabeza. Las llaves estaban puestas en la cerradura, he abierto y, tras atravesar el porche, me he internado en el jardín. Solo recuerdo sentir sus manos en mi espalda, y de pronto el frío, la oscuridad al abrir los ojos.

—No te asustes, ven. —Me abraza.

—¿Qué hago aquí?

Tiemblo. Me aprieta más fuerte.

—Otra vez, no, otra vez.

No camino sonámbula desde que estaba embarazada de Aurora y de Alba, y aparecía de madrugada en cualquier parte del jardín. Estuve a punto de perderlas. Ricardo esto no lo sabe. Evitamos hablar del tiempo que estuve casada con su hermano. Temo que este reciente episodio de sonambulismo lo cause el nuevo embarazo.

Él me conduce con ternura hasta la casa, hasta nuestro dormitorio, y me acuesta en la cama. Me refugio entre sus brazos, que parecen abarcarlo todo, nos unimos en el universo que se crea cuando estamos juntos así y no hay nadie más. Su olor, su pecho. ¿Por qué luego se desvanece? Esperé tanto para tener una vida con él. La soñé tanto. Retengo una lágrima. Y ahora todo es diferente a como había esperado.

—¿Recuerdas las conversaciones que teníamos en aquel coche tuyo, después de beber tequila, cuando toda nuestra vida estaba por empezar?

—Podían darnos las cuatro de la mañana sin parar de contarnos cosas, de abrazarnos como ahora y solo besarnos. —Sonrío, y replico uno de esos besos—. Entonces todo parecía sencillo.

—¿Recuerdas ese juego al que jugamos una vez? —me dice.
Niego con la cabeza.

—El de revelarnos los secretos que nunca le has contado ni le contarías a nadie, ¿lo recuerdas? Cuando me contaste lo de tu padre. Juguemos ahora.

—Tengo miedo. Un miedo que avanza cada día, esta casa nos está destruyendo. Y esta noche..., otra vez caminando dormida..., es una maldición.

—¿Temes hacer algo que luego no recuerdes?

—Abrazame, solo abrazame.

AURORA

26 de abril, 19:30 horas

Dos días después de la desaparición

Tengo miedo a todo últimamente, incluso a mí misma. Está empezando a no hacerme tanta gracia esto del miedo. Me resisto a perder otra hermana, a pensar que pasará el tiempo y solo me quedará el recuerdo de su carita redonda y de labios brillantes, y luego tendré que imaginármela como hubiera sido de mayor, con Alba es más fácil porque es igual que yo, pero con Clara... ¿Llegarán a quitársele los rizos de las puntas como me pasó a mí a los diez años? No quiero olvidar más de lo que ya he olvidado cuando perdí a papá. Tengo miedo de mí por convertirme en hija única, la Melgar sobreviviente a qué (eso es lo que he venido a averiguar aquí), mamá solo para mí (bueno, si consigo librarme de Ricardo), si consigo suficientes pruebas gráficas de que es un imbécil. Creerme la elegida, la merecedora del collar de perlas, me hace sentir importante, distinta, y luego pienso en mis pobres hermanas y siento que soy un monstruo, no sé qué hacer con estos sentimientos tan horribles, y me visto todavía más de negro si es posible, que ya solo me falta el salvaslip de luto por los muertos, los desaparecidos y los malos pensamientos. Yo misma lo pintaría con un rotulador, pero no lo veo muy higiénico. Aunque cuando me viniera la regla, sería un rubí muy gótico. Así que a eso he venido hasta esta parte del jardín. Es la única que no tiene riego automático y aun así crecen malas hierbas que enseguida se secan. Nada sobrevive en este pedazo de tierra. Eso me decía mi abuela Rosa, y luego cogía un puñado, como Scarlett O'Hara el nabo en esa escena memorable de la historia del cine donde hay un cielo de fuego, y dejaba caer la tierra lentamente, la tierra azulada, sí, y hoy no ha cambiado. La tierra tiene un no sé qué azul inapreciable a primera vista, hay que mirarla detenidamente, en plan como

de soslayo, para percibir el destello metálico. Enciendo la cámara de papá, ON, donde construyo y atesoro mi memoria: el jardín es locuaz, hace poco aprendí esa palabra en el colegio, habla mucho, quiere decir, es mi voz en *off* mientras grabo los arbustos amarillentos que llevan sin florecer desde que mi bisabuela, Fina Melgar, cercó esta parte del jardín y prohibió el paso hasta para los de su propia sangre, escupió en el suelo y lo maldijo; «arbustos amarillos», un árbol que partió un rayo hace siglos, me acuerdo de la poesía de Machado del olmo seco que estudiamos en la primera evaluación con la estúpida de Literatura, pero no sé qué árbol es este porque está muerto, como todo lo que me rodea; apunto con la cámara mis pies de zapatilla negra y bota de escayola para que, junto con su caminar, registre el crujir de las hojas que ya no recuerdan cuándo se cayeron. «Es el apocalipsis de los jardines», digo, qué chulo, queda muy cinematográfico. Es la localización perfecta para una película donde la humanidad ha sido destruida por una superbomba asesina o por un ataque alienígena, rollo la peli de Will Smith, y ahora no queda más que el luto de la naturaleza, ah, me gusta, me siento bien aquí por unos segundos; segundos, porque luego me vuelve el miedo que solía gustarme más aún, pero hoy no. La zapatilla está vieja, no importa, y la escayola donde Maty me ha pintado una calavera pirata; las dos molan así. Lo único que penetra en esta parte del jardín, lo único que se atreve a cagarse en la prohibición de mi bisabuela, aparte de alguna hormiga despistada que se asusta de mis pasos, es el viento. El viento de este pueblo donde me han traído. Cuando te sientas en el porche y te quedas quieta escuchándolo, es como el mar, las olas que van y vienen. Y aquí está, el viento sacudiendo las ramas desnudas, los matojos que se han desprendido y acabarán en un lugar del jardín donde ya estuvieron. Nada se atreve a salir de aquí, a cruzar la valla maldita. Estoy dando vueltas en círculo porque no sé cómo enfrentarme a donde me dirijo. Desde que regresamos a esta casa por deseo de Ricardo, le he insistido a mamá para que me lleve hasta los túneles, pero ella siempre me lo ha negado. Solo tiene tiempo para atender los deseos de Ricardo y me sigue tratando como una cría, así que vine con Maty no hace más de un mes, le convencí para la excursión. Él le robó a su padre unos alicates y abrió un agujero en la valla para poder entrar, en plan haciéndose el mayor, y con las pocas indicaciones que yo había logrado sonsacarle a Estela —sé que la abuela me traía aquí, pero era pequeña y recuerdo poco más que la escena del nabo—, así que con las migajas de

Estela fuimos trazando un mapa, dimos mil vueltas hasta que logramos encontrar la boca de los túneles. Fue divertido, éramos como exploradores. Pero cuando la encontramos había oscurecido y Maty se cagó, así tal cual, le dio miedo meterse dentro, en las mismas fauces del infierno, mucha rana, pero el miedo auténtico no lo resistió, y luego estaba más interesado en besarme, en aprovechar que no había por allí más que viento y que la aventura nos había hecho más colegas aún, después de las lágrimas que derramé sobre él y la confesión del rojo. Estaba tan nerviosa que me dejé, primero con la boca cerrada, me hacen gracias sus labios con pecas, y luego abrí la boca, no era mi primer beso, pero la lengua de Maty al principio me pareció un poco *Alien, el octavo pasajero*, un cuerpo extraño, luego me dejé llevar, no tenía la lengua gorda, como dice una amiga mía, eso no se soporta, la tiene fina, tampoco de reptil, en plan *V*, esa serie de culto de los ochenta; otro beso más y nos fuimos porque llegaba tarde a casa, eso me dijo, no sin antes prometerme que volvería a acompañarme otro día. Resulta que hoy imposible, se iba a Madrid a un rollo con su madre que no podía posponer, ni se lo he planteado, vamos, tendría que haber salido de él por la urgencia de la situación. A lo mejor me ha mentado. El caso es que yo no podía esperar, si Clara está en estos túneles tampoco puede esperar, es demasiado pequeña y con lo que llora, eso desquicia a cualquiera.

Llevo una linterna en la mochila que me cuelga del hombro, y las galletas favoritas de Clara, las de chocolate y cereales que se come de dos en dos mientras mamá la mira con esos ojos de «Te estás pasando de azúcar»; mamá, que se pasa de tantas cosas, los adultos son así. Está atardeciendo, o me decido o me marcho, y entonces es la cámara la que sigue andando, la que camina firme grabando el sendero que desemboca en otro árbol, este sí lo identifiqué en el plano que hice con Maty y que consulto cada dos por tres, es un sauce de los que lloran, ya no le queda ni una lágrima, solo escombros que fueron ramas, una melena vieja, y tras él, entre más maleza, la entrada a los túneles. OFF.

Corto la cámara para apartar la maleza que el viento ha arrastrado, a pesar de que la Policía estuvo aquí anteayer. El corazón se me rompe a latidos, me siento sola cuando la desconecto, ¡jella me hace tanta compañía!, es la única que me comprende, bueno, y a veces un poco Maty, y Arturo, aunque es un adulto. Aparto la maleza y se abre ante mí la boca del túnel. Está oscuro salvo los primeros metros, donde entra un chorro de

luz de la tarde, luego se funde en negro, hay un hilillo de agua que lo recorre hasta donde se pierde la vista, saco la linterna del bolsillo y enciendo la cámara de nuevo. ON: El hilillo de agua brilla, es una línea que marca el camino hacia el interior, doy un paso y pongo la zapatilla negra, luego la escayola, y así me meto dentro. «Clara», digo, y saco una galleta como si mi pobre hermana fuera un perro. «Clara», grabo la galleta redonda de bordes dentados; huele a suelo húmedo, en la pantalla veo oscuridad y una mota siniestra de luz que dibuja el agua al final del túnel, avanzo, «Clara», meneo la galleta, no se oyen más que mis pasos y el viento que ha entrado conmigo, el viento que sopla en plan flauta y me eriza los pelos de los brazos. OFF.

De pronto el túnel se ramifica en dos, siento un escalofrío y algo en el estómago me dice que yo ya he estado aquí antes, pero ¿cuándo? ¿Me trajo la abuela Rosa siendo muy niña y por eso no lo recuerdo? Reconozco su olor, uno que no se huele en otra parte, aunque yo he olido poco mundo, ese olor que no pertenece a la humanidad; dice el cuento familiar que estos túneles iban derechos a una mina de hierro subterránea, y que por ellos rondaba él guardando la boca del infierno. Así que esto es un respiradero, eso me contaba mi abuela Rosa, había por el jardín varios orificios, como los de una ballena, por donde respiraba el averno, así lo llamaba ella, por donde expulsaba su aliento maligno. La abuela Rosa, me vienen fogonazos de su rostro, me sonrío a la entrada del túnel, me clava las uñas en el antebrazo y yo tiemblo. Cada vez está más oscuro, enfoco con la linterna una colilla, la grabo, debe de pertenecer a los policías, peinaron el jardín, esas fueron sus palabras, como me peinaba mamá con una liendrerita en busca de piojos, aquí de pistas. Fue Ricardo quien los trajo a los túneles, eso oí, a mamá no le gusta acercarse por aquí. Es posible que Clara esté escondida porque tenga miedo de él, o que la tenga secuestrada y yo pueda cambiarme por ella, que soy de la sangre, Bella lo hizo con su padre y se quedó prisionera de Bestia. «La sangre lo es todo», eso decía una y otra vez la abuela Rosa, y que por la sangre se han de hacer sacrificios. El corazón se me para, he oído un ruido delante de mí, hay una luz redonda, se mueve, alguien se acerca, la silueta de un hombre. Quiero encender la cámara, la linterna se me cae al suelo y se apaga la luz, pero veo el piloto rojo de la cámara. «Clara», chilló, la luz redonda se mueve hacia mí, giro la escayola para huir, pero el tacón se me engancha en algo duro y fino que

no puedo ver y caigo al suelo. «Clara», chillo, siento húmedos los pantalones, y todo se vuelve negro.

ESTELA

25 de abril, 20:00 horas

Un día después de la desaparición

—¿Crees que él vendrá a por mí, tía Estela?

—Vamos a ver qué nos dicen los viejos arcanos.

Remuevo las cartas del tarot delante de Aurora. La miro y me conmueven sus ojos con vida propia.

—Tía Estela, en tu casa me siento a salvo. Estoy asustada. Tengo la sensación de que mamá ya no vive con nosotros. Se ha ido a otra parte. Si no la tengo a ella, ¿tú me protegerás?

—Yo siempre, palomita. Incluso puedes venir a pasar una temporada conmigo, con Dalila y María del Ser, nos hará bien ahora que estamos de luto por la muerte de Sansón.

Extiendo las cartas sobre el tapete verde. Tiene una mota de pintura color grosella.

—María del Ser, tráenos una limonada y luego limpia los restos del tapete.

Miro por los ventanales y veo a la bella Dalila golpear con su hocico frutal la cristalera, llamarme para que la mire, echa de menos a su compañero.

—Aquí me sentiría a gusto, tía Estela —dice mi palomita.

Se ha levantado de la silla y camina por la habitación. Está nerviosa. Mira mis manos de reojo mientras preparo las cartas. Quizá no debí recordarle el cuento de hadas que obsesionaba a su abuela, Blanca no ha querido hacerlo. Se acerca a un velador de caoba y se inclina ligeramente sobre los marcos de fotos que ha curioseado mil veces. Observa con detenimiento la que más le gusta, la más antigua, donde su abuela Rosa y yo somos dos niñas de hermosos bucles y blondas de organza tomadas de

la mano junto al estanque de Cupido. Mi amada Rosa. Entre las blondas apenas se aprecia una medalla de sangre a la altura de nuestros corazones, manchando nuestros vestidos de almidón duro. Aurora no se da cuenta nunca, ni ella ni nadie que no sepa, parece un defecto del tiempo. Los amigos se cortaban la yema de un dedo en juramento de hermandad, pero, ah, nosotras, intrépidas, nos arañamos el pecho con una navaja, valientes, éramos caballos salvajes, y luego nos abrazamos para juntar el hilo de sangre que nos brotaba del mismo corazón: «Fidelidad», dijimos. «Amor, confianza», juramos. Una fidelidad que ella rompería y yo no, y qué alto precio tuvo que pagar por ello.

—¿Ya está?

Aurora ha dejado la foto y se vuelve hacia mí.

Sobre el tapete verde resplandece el arcano de la Muerte.

ARTURO

26 de abril, 19:45 horas

Dos días después de la desaparición

Tengo la boca seca y siento alfileres clavándose en las plantas de mis pies. Rebusco en el bolsillo del pantalón el teléfono móvil, pero recuerdo que lo olvidé en mi cuarto. Todo mi cuerpo reconoce que estoy haciendo algo prohibido, que estoy donde quizá no debería estar. ¿Y cómo resistirme? «Al fin y al cabo, no son más que cuentos —me digo—, y yo ya soy mayorcito.» Ahora el cuento resulta siniestro cuando comienza a hacerse realidad. Todos tenemos uno favorito de la infancia y no pocas veces fantaseamos durante ella que se cumplía. Me paso la mano por el cabello, frío, húmedo por la llovizna suave que se ha desatado. El cielo quiere extender un velo sobre el pueblo para que nadie me vea, para ocultarme del peligro. Por un instante, pienso en aplazar mi excursión para acudir mejor preparado. No esperaba hallar esta entrada. La otra vez que estuve en esta parte del jardín debí de pasarla por alto. El viento es una banda sonora que ulula sin parar. Una tuba, una lechuza, una presencia que estremece porque uno tiene la impresión, a cada paso, de que no está solo. Y no lo estoy. Lo he oído.

—¿Quién está ahí? —sale de mi garganta.

La voz se me ha quebrado a mitad de camino. Tanteo ahora en el bolsillo trasero de los pantalones en busca del mechero que he probado hace unos minutos sin éxito. El resultado es el mismo, no hay llama.

—¡Hola!

Algo parece agitarse en la oscuridad. Avanzo un par de pasos más y oigo la voz de Aurora preguntándome si soy yo. «Lo soy», respondo.

—¿Qué haces aquí?

—Ayúdame —la oigo gritar.

Tiene la voz hecha cristales, tan distinta a la suya, que es fuerte y bonita. Llevo casi dos meses en la casa del torreón y aún no he decidido qué historia quiero escribir. Vivo inmerso en un puro estímulo que no es bueno para una imaginación como la mía, que se ramifica y se infla cual suflé. Es la desaparición de esa niña dulce lo que me ha dejado seco. Ha sido una dosis de realidad en vena que aún no he sabido digerir. Ni creo que pueda. Blanca sigue poniendo su platito en la mesa y Ricardo lo quita.

Hoy la cosa ha ido a peor, ella ha puesto dos platitos en el desayuno, el de sus dos hijas desaparecidas. Él los ha quitado de nuevo. «¿Por qué?, ¿por qué?», le ha preguntado Blanca, y él no le ha respondido. Ella había bebido a pesar de que era temprano, tenía los ojos idos. Cuando está triste es aún más bella, y cuanto más se adentra en ese sentimiento vil, más la deseo. La besaría, la mordería hasta comerme su pena, soy un caníbal. Me hechiza. Haré lo que me pida, lo sé.

«Mañana te quiero fuera de esta casa —me ha dicho Ricardo—. Ya te lo advertí, y no sé cómo tienes la cara de seguir aquí después de lo que pasó. Además son momentos para estar en familia.»

—¡Arturo! —escucho de nuevo la voz de Aurora.

—Voy, voy —repito.

Ha sido ella la que se ha puesto en pie y se ha encarado con su padrastro.

«Yo también formo parte de la familia y quiero que se quede.» Me ha mirado con esos ojos con los que fantaseo, son los ojos de la mismísima Mary Shelley, y esta casa no es otra que la villa donde ella urdió su *Frankenstein*. Diodati con torreón y sin lago. ¿He de aceptar yo el desafío que me han dado las circunstancias? ¿He de escribir una historia sobre lo que aquí sucede?

«Mañana me voy a un hotel», le he dicho.

Aurora se ha levantado de la mesa y se ha ido a su cuarto, no va al colegio desde que desapareció Clara. Pero cuando me ha oído en la buhardilla ha llamado a mi puerta. Nos hemos sentado en un sofá desvencijado que está frente a la ventana. Me ha enseñado una de las grabaciones que había hecho de sus pesadillas. Tenía la cabeza en mi regazo. Acababa de lavarse el pelo y le olía al perfume del champú, a limón y lilas frescas, dulce, como tenerla cerca, con la escayola encima de mi pierna, jugando a fastidiarme con el peso. Hasta que ha encendido la cámara.

ON: Aurora en la cama, los cuadros de la pared, la puerta entreabierta..., y sucede.

He parado la cámara.

«Lo has visto, ¿verdad?», me ha preguntado.

He retrocedido en la grabación, la he pasado una y otra vez. Apenas podía verse más que unos segundos. Era Blanca por el pasillo, en camisón, caminando con los ojos cerrados.

—Arturo —vuelve a llamarme.

Me interno más en el túnel, intento adaptarme a la oscuridad. Ella ha logrado encender la linterna del móvil. Corro. La levanto del suelo, la tomo entre mis brazos. Ella se agarra a mi cuello, esconde la nariz en mí, está temblando. Lloro en silencio.

—Ya está —le digo, le acaricio con los labios la frente y se la beso.

BLANCA

21 de abril

Tres días antes de la desaparición

Tengo a todas mis hijas bajo el dosel de mi cama. Es domingo, y un abrazo nos mece desde la ventana, es este viento que todo lo puede. Si quisiera podría romper los cristales, penetrar en el dormitorio y llevarnos lejos. Solo seríamos hojas secas. Aurora tiene la mirada huraña y, cada vez que siente la mía, cierra los ojos. Está frente a mí, parecemos los gemelos de Géminis, y en el medio de las dos, Clara se ha ovillado como un gato y saborea su chupete, que tanto le cuesta abandonar. En un bolsillo del jersey tengo una fotografía de Alba y en el otro la prueba de embarazo con el resultado positivo. Si tuviera la boca lo bastante grande, la abriría para tragarnos a todas, así estaríamos a salvo.

¿Dónde está el límite para el amor? ¿O es que no lo hay?

El viento me trae ahora tu recuerdo, Ricardo. El día que nos conocimos, viento y calor, calor y viento, sudor, tus ojos. Bebías whisky como papá, como papá y sus amigos. Recuerdo llevar las manos limpias y que tú estabas interesado en mi amiga. Era junio y un sopor impío inundaba la facultad de Arquitectura, donde se celebraba aquella fiesta. Cuando te vi, apoyado en la barra que habían improvisado en el vestíbulo, me pareciste ardiente, triste, irresistible. No sé por qué, aún era pronto. Alto, fuerte, con el cabello oscuro y rizado hasta los hombros. Era a mi amiga a quien esperabas, a ella a quien habías invitado a la fiesta, aunque con la sugerencia de que fuera acompañada. Recuerdo que, al hablarme, los labios se te secaban. Mi amiga me había contado cuánto le gustabas desde que, hacía varias semanas, saliste de la nada en el *parking* de Medicina y la ayudaste a aparcar el coche en la última plaza libre,

complicada la plaza y ella novata, y luego la invitaste a un café. Al día siguiente, en clase de Dibujo, me dijo:

—Anoche vino a salvarme un dios.

En esa época, ambas cursábamos segundo de Bellas Artes y éramos unas fanáticas de la mitología griega. Aunque yo me inclinaba más por la escultura, me pasaba el día dibujando con mi amiga el rapto de Perséfone o las correrías sexuales de Zeus convertido en toro blanco para seducir doncellas. Dioses que se comportaban como hombres, con sus mismas codicias y lujurias, y a cuya merced estaba la humanidad. ¿Acaso así serías tú?, me pregunté, ¿caprichoso y cruel? El aire era denso, recuerdo mi sudor en canal bajando entre los senos, bajando por el vestido, y las gotas diminutas que lo pegaban a mi vientre. Sentía en las gotas tu mirada ir y venir, las sentía quemar. Yo tenía la imaginación descarnada con tanta historia de raptos, de flechas que herían de amor como la que alcanzó a Apolo y lo hizo correr detrás de Dafne, de amantes disfrazados que acababan en sexo desaforado a orillas de los ríos o en lechos palaciegos, entre cortinas de muselina y oro. Si no estábamos enfebrecidas entonces, cuándo. No tuvieron que pasar más que unas horas para que sin darme cuenta, de una forma aterradoramente natural, convirtiéramos a mi amiga en un ratoncillo de laboratorio con el que jugar. Ella creía que vuestra historia iba adelante, que en breve la besarías, y yo sabía, porque lo vi en el tañido de tus ojos, Ricardo, sentí la flecha de Apolo, que tus intenciones eran otras, algo se había encendido ya entre nosotros que aún permanece vivo. Cuando salimos al jardín, tras la primera copa, y nos presentaste a tus compañeros de carrera, pasaste por detrás de mí para ponerte a mi lado y posaste una mano sobre mi espalda. Fría, estaba reveladoramente fría, sobre mi piel de tirantes, pero era ese frío que abrasa, que esconde en su interior el goce de una llama. Me pareció que la naturaleza que nos rodeaba contenía la respiración al igual que yo. Hablaban los demás, de exámenes, de vacaciones de verano, y yo solo oía mi tormenta. Encendí un cigarrillo y mi amiga, de la que te habías separado, vino hacia nosotros. La tomaste de la cintura con seguridad, ella se sorprendió, me miró de reojo y se juntó a ti. «El dios griego es mío —parecía querer decirme—, yo lo vi primero.» La conversación continuó animada, aunque ninguno de los dos estábamos dentro de ella. Y con la excusa del cuarto de baño me alejé, sin darme la vuelta, esperando, quizá, el zarpazo del rapto y la huida posterior de todo lo que no fuera nosotros. Llegué hasta los servicios escuchándome

el corazón, los cabellos eran tentáculos que dejaba atrás al caminar para atraer tu presencia, para detectarla. Te llamaban. Hice pis en vilo, según me había aleccionado mi madre desde la infancia en todo baño público, y la visión del chorro amarillo me llevó al delirio de creerme Dánae, a punto de ser poseída por la lluvia dorada en que se había convertido el dios Zeus, que eras tú. Me reí de mí misma al mirarme en el espejo del baño. Pero, al salir al pasillo, allí estabas. Con los brazos cruzados, la espalda en la pared.

—Me gustaría dibujarte —dijiste.

—Creí que los arquitectos dibujaban edificios.

—Tú lo abarcas todo.

Me pediste el número de teléfono y yo te lo di mientras me imaginaba ante tus ojos sin más ropa que una frugal túnica helénica. Después volvimos al jardín y tras otra copa que le dedicaste a mi amiga, ¿le habrías propuesto también pintarla?, me pregunté, nos despedimos y le pediste a ella que te llevara a casa, eras su ángel de la guarda del volante, así te definiste mientras mi amiga reía. Yo tenía mi propio coche para llegar a casa, a esta casa donde ahora vivimos, y un novio que se había ido con sus padres a pasar el fin de semana en la playa. No pensé en él aquella noche, ni en las que se sucedieron hasta que me llamaste una semana después. Y así empezamos el juego que nos haría vivir en el cielo y en el infierno, pero al fin y al cabo vivir; fuiste tú quien me abrió las puertas de mi pasión adormecida, siempre has sido tú.

AURORA

26 de abril, 21:30 horas

Dos días después de la desaparición

Estoy en mi dormitorio echada sobre la cama después del susto. Llaman a la puerta, se abre despacio, es Arturo.

—Cierra —le ruego—. Había alguien en el túnel. La cámara estaba grabando. —Me abrazo a él—. Ricardo quiere quitármela, dice que me voy a matar con la escayola y mirando siempre a través de ella. Si me quita la cámara me muero, no le dejes, no le dejes.

Ahora es él quien me abraza más, a mí y no a mamá.

ON: Una luz redonda, blanca y redonda que se mueve, una sombra la sujeta. OFF.

—Había alguien en el túnel con una linterna, ¿lo ves? Parece un hombre por la silueta, ¿verdad?, pero está oscuro y no se distingue quién es. ¿Tú no viste nada?

—Solo a ti. Quizá se fue porque me oyó llegar.

ROGER

29 de abril, 12:00 horas

Cinco días después de la desaparición

Hemos encontrado un cuerpo. Estaba dentro de un saco. La muerte se hace palpable, deja de ser un fantasma en esta casa, en este jardín que traga y escupe, oculta y muestra conforme a su deseo, «¿o al deseo de sus dueñas?», me pregunto. Esto siente el pájaro que da nombre a mi instinto. Me han llevado hasta él. Quizá dude de mí, pero no de mis compañeros. Habíamos registrado el jardín, incluso la zona prohibida cortando la alambrada, puesto que ni siquiera hay una puerta que permita el paso. «O la cortas o la saltas», eso pensaba, sin embargo hemos descubierto que antes que nosotros alguien había hecho un agujero, oculto por la maleza. Es cierto que la maleza es selvática y fiera, hiere su sequedad, hiere su abandono si lo comparas con la exuberancia del resto del jardín. Me resulta difícil imaginar que la niña hubiera entrado allí ella sola. «Nunca salía al jardín sin vigilancia», me aseguró su madre; ¿pudo levantarse de la cama, mientras la familia dormía la siesta, y escaparse sin más? La puerta estaba cerrada. La Científica tomó huellas dactilares del picaporte y de alrededor y, tal y como esperábamos, pertenecían a todos aquellos que viven en la casa. También buscamos huellas de suelas de zapatos en el porche y en la parte de tierra del jardín que no tiene solado, a la entrada de la casa, cotejamos con el número de pie de todos ellos, y no hallamos ninguna distinta, o más profunda de lo habitual, lo que demostraría que se había cargado con un peso, aunque en este caso esa criatura era como cargar con las bolsas de la compra, apenas veinte kilos. Todo dentro de la normalidad, salvo que Clara ya no está en casa. Y ahora, cinco días después de registrar la zona, Blanca me llama por teléfono, quiere hablar conmigo. Me dirijo a la casa, son las doce de la mañana, he dejado a mi

gacela oriental preparándome otro potingue exótico, a pesar de que ya la he avisado de que no sé cuándo voy a volver al apartamento. Lo más probable es que almuerce en la comisaría. Se empeña en poner en Spotify el álbum de la Callas con «Casta diva», pobre gacela, lo hace para agradarme, pero si llegara a saber la verdad sobre los recuerdos que me trae... Blanca me ha citado en la entrada de los túneles, me extraña el lugar, desde luego es solitario, íntimo, quiere mostrarme algo o hablarme sin ningún testigo. Nuestra relación camina en la fina raya entre lo profesional y lo personal, no puede ser de otra manera después de lo que pasó con su madre hace doce años. Aunque trato de enmendarlo. Penetro en la zona prohibida por el agujero que abrimos en la alambrada y me esfuerzo en orientarme, le aseguré a Blanca que sabría llegar, pero ahora estoy perdido. Doy un par de vueltas hasta que en una de ellas vislumbro el árbol seco que se encuentra cerca, y luego el viejo sauce. Lo tomo de referencia y sigo por el camino que marca. No tardo en llegar a los túneles. Son las 12:10 y ella no está. Me distraigo jugando con un pie en la tierra y me parece ver algo que brilla a un metro escaso de mí. Está medio enterrado entre las hojas. Lo cojo y soplo para quitarle la arena, es un chupete con un imperdible en forma de pato. En la barriga tiene grabado el nombre de Clara. Me arrepiento de haberlo tocado. Chasqueo la lengua. Miro alrededor, ni rastro de Blanca. Sin embargo, no muy lejos de donde he encontrado el chupete, descubro un osito miniatura, el clásico *teddy bear*, que desde luego no vimos hace tres días, lo más probable porque no estaba allí. «¿Qué quieres decirme, Blanca?», me pregunto en voz alta. Más adelante, un caballito blanco de plástico, una coronita de princesa, el zapatito de un disfraz, un reguero de pistas con un claro propósito: llevarme hasta la boca de lo que parece un pozo. Allí termina la miel que había de seguir el oso. No levanta ni dos dedos del suelo, una tapa metálica que han desenterrado para que pudiera verla, y no hace mucho de ello. Por eso no la descubrimos al registrar el jardín. Nadie me ha comunicado la existencia de este pozo. Está en la zona más apartada. La tapa pesa bastante, es de hierro, pero me hago con ella. Unos hilos de escalones metálicos descienden, me asomo y me parece ver el fondo no a demasiada profundidad. Dudo antes de decidirme a bajar, ¿llamo al agente Ramírez y pido refuerzos?, ¿con qué motivo? No sé lo que hay abajo. Y si al descender alguien pone la tapa, ¿no sería este motivo suficiente? Me quedo quieto, solo se oye el viento.

—¿Blanca?

«Voy a echar un primer vistazo», me digo. Enciendo la linterna del móvil y comienzo a descender por los escalones. Huele a cripta. Un frescor húmedo me invade las mejillas. Estaba en lo cierto, no es demasiado profundo. Desde allí parte un túnel que sigo. Hay agua subterránea. Y el clic clic de unas gotas que me acompañan. Tras caminar unos diez minutos por el túnel, se divide en dos. Miro a mi espalda, oscuridad. El silencio roto por el tintineo de las gotas de agua. Mi instinto me dice que tome el de la izquierda. Rosa era zurda, al igual que Blanca. Según avanzo, pienso que debería llamar a Ramírez y decirle que se venga para acá. En el suelo del túnel veo un agujero redondo con unas escaleras, descendiendo, se me cae el móvil, me quedo en total oscuridad. Solo oigo mi respiración, tanteo el suelo para recuperar el móvil, intento tranquilizarme, el aire se ha vuelto muy denso, una gota de agua me cae sobre la frente. Hay tierra, el suelo es de tierra. Intento guardar la calma hasta que recupero el móvil, respiro, enciendo de nuevo la linterna. Estoy encima de un montículo sobre el que descansan varios ramos de flores secas. Es una tumba.

ARTURO

26 de abril, 23:45 horas

Dos días después de la desaparición

Sé que Blanca muchas noches va a la parte de atrás de la casa para fumarse un cigarrillo sin que la vea Ricardo. Hoy lo ha hecho también, la he visto salir por la puerta de la cocina al jardín. La sigo. Está apoyada en la pared y echa el humo mirando al cielo.

—¿Estás preocupada por Aurora?

—Te agradezco mucho que la hayas traído a casa. Esos malditos túneles y ese cuento. ¿Te ha hablado del cuento? —Se le quiebra la voz.

—Sí. Se lo recordó Estela.

—Estela. —Da una calada—. Entre ella y sus espíritus y la cámara de su padre, no va a curarse nunca, y ahora su hermana, otra vez. Bastante bien está.

Fuma, fuma y fuma. Y llora. Le acaricio la mejilla y me sonrío.

—¿Te enseñó lo que grabó en la cámara? Había alguien en el túnel, ¿verdad? —me pregunta Blanca.

—Eso parece, aunque yo no llegué a verlo.

—He de hablar con Roger —dice—. Con el inspector Sánchez, quiero decir.

—Mañana por la mañana me voy a un hotel. Ya he telefoneado al inspector para decírselo, me advirtió de que le avisara si en algún momento pensaba abandonar la casa.

—Te echaré de menos, pero comprendo que con Ricardo la situación se ha puesto insostenible. No te alejes demasiado. Aurora lo sentirá muchísimo.

—¿Puedo pedirte algo?, no le quitéis la cámara. Creo que trata de recordar a través de ella, que la ayuda a superar su sufrimiento.

—¿Te ha hablado de su padre?

—Un accidente de coche, aún no hace el año.

—En un cruce, Eduardo se saltó un stop, por lo visto. Él se mató y ella ya ves cómo tiene todavía la pierna. Y no quiere volver a un psicólogo que la ayude.

Se refugia un instante en mi pecho y la abrazo. Huele a la noche.

—Me he criado en el mundo del cine, y hay una simbiosis entre Aurora y la cámara que nunca había visto, es como si se necesitaran la una a la otra. Pídele que te enseñe lo que graba.

Enciende otro cigarrillo y yo con ella. Su espalda en mi pecho, su cabello. Fumamos en silencio.

RICARDO

*27 de abril, 02:45 de la madrugada
Tres días después de la desaparición*

No duermo desde que ocurrió. Tengo pesadillas, oigo llorar a Clara. No sé si es real y está encerrada en alguna parte de la casa, llorando porque no puede salir. Voy a volverme loco. Ya lo estoy si esto imagino. Qué frágil es la cordura. Y luego el aroma de Blanca a mi lado, junto con el de la noche, que es denso, azabache, olor a lumbre. Blanca, la rozo con temor a despertarla, sé que no será así, está tomando varias pastillas para dormir, cree que evitarán que camine dormida. La rozo y está inerte, a mi merced, podría hacerle lo que quisiera, parece muerta. Blanca, incorrupta como una santa a la que venerar. Como una princesa en el letargo del sueño. Blanca, cuánto te he adorado. Tú fuiste, amor mío, te lo confieso en esta noche de pesares secretos, de insomnio demoledor, de insomnio que me trastorna hasta el abismo, tú fuiste mi único santuario. Tu carne pálida, con el perfume a ti, cada domingo, cuando salía de misa y no conocía tu olor y solo podía imaginarlo. Blanca, ocho años preparando el ponerme ante ti. Ocho años preparándome para nuestro encuentro. Ocho años en los que te estudié a fondo para averiguar cuál sería la forma más apropiada de presentarme, y en qué momento. Cada domingo, igual que mi madre me obligaba a ir a misa, yo peregrinaba hasta mi lugar sagrado, tu casa. Me inventé un amigo de clase que vivía en tu mismo pueblo. Cómo ser diferente a todos esos hombres que te asediaban, que intentaban seducirte, y con los que tú jugabas. Los tomabas, los dejabas, los engañabas sin ningún remordimiento, yo no podía ser uno de ellos. Me reventé la cabeza pensando la manera de ser diferente. Me obsesioné con el cine, cada película que ibas a ver, yo iba a continuación e imitaba al actor, imitaba su cabello, imitaba su manera de andar, su personalidad; si era una película

de un actor que repetías, eso significaba que él te gustaba. En vez de arquitecto, a los diecisiete años ya tenía la experiencia y la imaginación suficiente para haber sido un gran detective privado. Debí estudiar Criminología. Poco a poco fui haciéndome con las herramientas necesarias para un espionaje completo. Ahorré cada céntimo que me daba mi madre, cada poco dinero que conseguía por las buenas notas o por mi cumpleaños de mis tías, las urracas que venían del pueblo y solo querían convencer a su hermana, la modista de la capital, para que volviera con ellas; me entraban ganas de estrangularlas con algún retal de mamá, aquello podría poner entre tú y yo demasiados kilómetros de por medio como para que pudiera sobrevivir, ya tenía bastante con la separación de los veranos. Por fin, me compré una cámara de fotos. Así no solo podía reconstruirte una y mil veces en mi memoria, en mi imaginación, que debía controlar porque se desbocaba en un delirio de lujuria, me costaba controlar las hormonas, el deseo que me provocaba el mirarte sin que tú me vieras, el saborear junto a ti esos momentos tan íntimos, tan tuyos, en los que creías que estabas sola, que nadie te miraba, en los que descubrías tu olor nuevo de mujer, examinabas el vello de tus piernas tumbada al sol en la hamaca de la piscina. Sí, ahora que acaricio el marfil de tu piel, vivo en mis manos y muerto ante la luz escasa de la noche que entra por la ventana, recuerdo cómo al principio me conformaba con esperar a que salieras de casa, podía pasar horas agazapado entre las jaras y los pinos que había en el camino de tierra. Estudiaba Historia, Lengua o cualquier otra asignatura mientras intentaba tranquilizar al amor que esperaba. Tenías unas costumbres fijas, aunque algunas fueron cambiando en esos ocho años. Los domingos por la tarde ibas a dar un paseo con tu padre por el monte Abantos. Era un hombre alto y muy fornido, con el cabello canoso, que siempre te llevaba tomada por la espalda y solía acariciártela al caminar mientras te miraba. Yo os seguía a distancia, más de una vez os parasteis porque habíais oído un ruido. Aprendí a convertirme en el Hombre Invisible. Con los años, el esperar a que salieras me pareció poco. Primero fue la cámara de fotos, después los prismáticos de segunda mano que me compró mi madre en un arrebató de ilusión cuando le dije que me gustaría ser ornitólogo, pobre mujer, pensó que quería hacerme médico de los oídos, y cuando la saqué del error, me imaginó un Félix Rodríguez de la Fuente con su programa en la televisión. Insistí tanto en lo de los pájaros que con el dinero de un vestido de novia que cosió dejándose los ojos me los compró. Así, además

de la excusa del amigo íntimo que vivía en la sierra, tenía otra perfecta para desaparecer de casa los domingos: irme a avistar pájaros. Si hubieran sabido ella y la sanguijuela de mi hermano adónde iba, a qué ave iba a avistar... Lo peor era quitarme de encima a Eduardo, siempre pendiente de mis pasos, envidioso de que mamá me quisiera más a mí.

Armado con mi cámara de fotos y con los prismáticos, me encaminé a tu pueblo para dar un paso más: descubrir un sitio por el que colarme dentro de la propiedad. El muro de piedra que rodea la finca es bastante alto en casi todo su recorrido. Lo seguí durante una mañana, y no es una propiedad pequeña, me sentía un soldado que va de avanzadilla, el encargado de decidir el lugar del ataque a una fortaleza que en principio parece inexpugnable, hasta que descubre su punto flaco. Y mientras la paciencia, la observación, los nervios que calmaba descarnándome las uñas a mordiscos, masturbándome, sí, mi cuerpo debía explotar por algún lado antes de que me explotara el corazón y se rompiera en pedazos. A veces tenía miedo de caer muerto delante del muro de tu casa. Esta idea me producía una especie de frenesí romántico. «Murió adorándola.» Tú te arrepentirías de haberme tratado mal, de haberme dejado como un perro mugriento a la puerta del muro de tu castillo. Pero lo cierto es que morirme de esa forma, sin que tú supieras quién era, sin que supieras el motivo y yo no fuera más que un adolescente encontrado con la bragueta abierta, apoyado en un muro, seguramente un tema de droga de la época, los noventa, me hacía revolverme y lanzarme a la conquista de la fortaleza. Por fin descubrí una parte del muro, de piedra sobre piedra gruesa, que se tambaleaba, además en una zona un tanto alejada de la casa, lo que me daba la oportunidad de trabajar en el muro sin ser visto y sin que el ruido pudiera levantar sospechas. Tres domingos intenté escalarlo, tiraba algunas de las piedras que había sueltas con la ilusión de conquistar la cima y adentrarme en el foso del castillo. Sin embargo, lo único que conseguí fue una maldita torcedura de tobillo que me tuvo fuera de combate durante varios fines de semana. «No hay mal que por bien no venga», decía mi madre; los domingos en el dique seco del amor me aportaron un estallido de clarividencia. En cuanto me recuperé, me apunté a clases de escalada. En un gimnasio con olor a pies, de esos donde se ha reconcentrado el olor de la humanidad a lo largo de sus más de veinte siglos de muerte, y el ambiente es tan denso que uno respira filetes de aire, allí, Blanca, pasé seis meses escalando una abominable

estructura de hierro verde chillón, atado por unos arneses, cayéndome y raspándome rodillas y labios, hasta que escalar el muro de tu finca fue para mí poco más que pan comido. Me convertí en el hombre salamanquesa, yo era un héroe capaz de todo. Buscaba los salientes entre las piedras, y con aquellas zapatillas que, me avergüenza decirlo, pero a mi madre la tenía seca, había robado en una tienda de deportes del Rastro, ese sería mi primer delito por ti, Blanca, y no sería el último, aquellas zapatillas de colores fétidos y, sin embargo, cómo se adaptaban a las piedras, de saliente a saliente me hice el amo del muro, conseguí subirlo y bajarlo, con el corazón latiéndome en los ojos, en la boca, y la emoción de otro delito: allanamiento de morada; y este era solo el segundo de la larga lista que vendría después, y que se consumaba con una fiebre, con una alegría que me dejó sin poder moverme durante al menos treinta minutos. Con tanta escalada, se habían fortalecido mis músculos, y tenía unos pectorales poderosos y unos brazos y piernas ágiles que me fueron muy útiles para escapar en más de una ocasión que me sería necesario. No he olvidado aquel primer día, con mi pequeña mochila a la espalda, el sándwich que mi madre me preparaba creyendo que iba a avistar pájaros, y una brújula oxidada que había conseguido en una tienda de baratijas de mar, escondida en el corazón de Lavapiés, donde un tipo asqueroso me había birlado parte de mis ahorros. Mereció la pena para aprender a orientarme en aquel jardín de mastodonte donde vivías, y que, comparado con los cuarenta metros cuadrados del piso de la calle Raimundo Fernández Villaverde donde vivía yo, me hacía sentirme como una humilde y repugnante cucaracha a tu lado. Eras, querida mía, inalcanzable, pienso ahora que te echo a un lado una hombrera del camisón y te acaricio un seno de marfil. Cuántos de los que vi aquella tarde no hubieran querido hacer lo que yo ahora, entonces te debatías en la belleza anárquica de unos catorce años, y aquellos hombres mayores a los que servías sus bebidas, cerca de los que te sentabas, el fuego se veía en sus ojos a distancia. Y allí estaba tu padre, aquel hombre de cabello canoso, tocándote siempre la espalda, exhibiéndote ante otros que se comportaban como sus amigos más íntimos mientras jugaban al póker, hasta el límite de compartir con él la intimidad de su hija; a ese hombre que permitía que algunos te acariciaran las piernas, a ese hombre que te besaba el lóbulo de la oreja de forma inapropiada, a ese hombre que parecía orgulloso de la criatura que había engendrado y sobre la que creía tener derecho a todo, a ese hombre

que tocaba de forma impúdica para mí lo más sagrado, Blanca, te beso ahora yo el lóbulo y duermes, amor mío, a ese hombre le hubiera matado sin más remordimiento.

ROGER

29 de abril, 21:30 horas

Cinco días después de la desaparición

Hemos tardado más de ocho horas en poder llevarnos el cuerpo. Una jodida maniobra de habilidad. Era un lugar angosto y oscuro que dificultaba los trabajos de la Científica. Han tenido que salir a tomar el aire cada poco rato, el ambiente se empezó a hacer irrespirable, como si la tumba estuviera protegiendo su descanso. Qué ganas tenía de beberme una ginebra, un whisky, lo que fuera. Era una tumba antigua. Esperaba encontrar el cuerpecito de Alba, de aquella niñita con la que había soñado muchas veces. Su recuerdo me traía el del alcohol, el de las tardes ebrio junto a Rosa, tratando de liberarme de los tentáculos de sus perlas y sus pechos para poder trabajar.

No he dejado que se acercara nadie de la familia. Aurora ha vuelto del pueblo y se ha encontrado los coches patrulla. Le ha dado un ataque de ansiedad, creía que habíamos encontrado a Clara. Pero es con su madre con quien hay más de un asunto pendiente. Creo que debo hablar primero con ella en privado. La otra opción es llevarla a comisaría e interrogarla de forma oficial. Tampoco lo descarto. ¿Por qué me había guiado hasta allí? Y lo más importante, ¿a quién pertenece el cadáver adulto que hemos encontrado?

ESTELA

25 de abril, 18:39 horas

Un día después de la desaparición

—¿Y la princesa entraba dormida en los túneles, tía Estela?

—Claro, palomita, era sonámbula.

—Como yo hace años.

—Así es, y mamá y tu abuela Rosa.

—De la abuela Avelina no me acuerdo.

—Murió cuando eras bien pequeña, tres años tenías. Me acuerdo porque a los pocos días desapareció tu hermana Alba.

Me arrepiento de mi comentario. Aurora se ha entristecido al recordárselo. Sigo con el cuento que me ha rogado que le narre como si fuera mi amada Rosa. Mi amada Rosa, jamás pude entender que se casara con aquel hombre, tenía el vicio en la mirada.

—El caso, querida palomita, es que él se sentía solo, muy solo. Nunca había visto la luz del día, ni el cielo azul, ni la belleza de un águila cuando sobrevuela los abetos. Se enamoró de la princesa nada más verla. Ella tan hermosa con sus cabellos dorados, con su piel de crisálida, sus labios rojizos y sus ojos verdes y brillantes aunque ajenos a la vida consciente. Al principio, él temió que la princesa se asustara, pero, dormida, ella no pudo reparar en su aspecto solitario ni en lo más importante: de quién se trataba.

—¿Cómo era, tía Estela?

—No te lo puedo explicar con mucho detalle, ahora ten en cuenta que la princesa estaba frente al guardián de la boca del infierno.

—No se daba cuenta de nada, entonces.

—¿Tú recuerdas algo de lo que hacías cuando eras sonámbula?

—Era pequeña.

—Tu madre, que tuvo un nuevo brote de sonambulismo cuando estuvo embarazada de ti y de Alba, tampoco se acuerda de nada. Da igual la edad que tengas, estás dormida y bien dormida aunque no lo parezca.

—De todas formas, los malos a veces están buenos, tía Estela, eso pasa en las películas.

—No me atrevería a decir que él fuera malo ni feo, solo se enamoró perdidamente de ella, y a veces por amor, por despecho, somos capaces de cometer actos horribles.

—¿Como cuáles?

—Tendrás tiempo para descubrirlo. Él amó a la princesa cada una de las noches que ella, sin saberlo, le visitaba, y transcurrido un tiempo la princesa dio a luz una niña.

—Y se despertó en el parto.

—No. Pasaron meses en los que él sintió una felicidad hasta entonces desconocida, no solo disfrutaba de la princesa, que continuaba yendo a los túneles, sino que lo hacía además acompañada de su hija. No olvides que ella había sido condenada a dormir cien años.

—¿Y qué pasó?

—Dice el cuento que una tarde que la niña intentaba mamar del pecho de su madre y no lo conseguía, le chupó la yema del dedo donde la princesa tenía clavada la astilla del huso con el que se había pinchado, la niña succionó y succionó hasta que extrajo la astilla, el hechizo se rompió y su madre despertó. La princesa se sorprendió mucho al ver que tenía una hija, no sabía cómo había podido pasar, ni quién era el padre, pero la quiso mucho y se dedicó a cuidarla, ya que además había sido quien la había salvado de ese largo sueño.

—¿No fue entonces el beso del príncipe?

—El príncipe vino después. Andaba de caza por el reino de la princesa buscando nuevos trofeos con los que presumir en sus tierras, cuando la escuchó cantarle a su hijita en el bosque. Se prendó primero de su voz, la siguió como si fuera la música del flautista de Hamelín, y luego de lo hermosa que le resultó. La princesa también se prendó del gallardo príncipe cazador, y no transcurrieron más que unos meses para que se celebrara la boda. Sin embargo, en la profundidad de los túneles, el guardián sufría la ausencia de la princesa y de su hija. Muchos días esperó y esperó a que regresaran, pero la princesa no le recordaba, ni sabía que era el padre de su hija. Desesperado, el guardián decidió hacer lo que no

había hecho antes jamás, abandonar su puesto en la boca del infierno. Recorrió los túneles y salió de ellos por uno de los orificios que se abrían en el vasto jardín del castillo de la princesa. Fue justamente el día de la boda, cuando los desposorios ya se habían producido y un gran banquete se celebraba en los salones. El guardián vio a su amada feliz con otro que no era él, y vio cómo este quería a su hijita; sin embargo, a él le había olvidado. Así que decidió herir a la princesa, vengarse de ella quitándole lo que más quería...

—A su hijita —dice Aurora.

—Ese sí fue un acto malvado, mi palomita.

ROGER

30 de abril, 21:10 horas

Seis días después de la desaparición

El jefazo, Iturri, me ha llamado a su despacho. Dicen que siempre me ha tenido cierta simpatía, o al menos que hizo la vista gorda varias veces cuando yo llegaba a la comisaría arrastrando el tufo de los bares, ese tufo acre, interno, de entraña de cuerpo viviente que deja la madrugada de los tugurios, de la ginebra y las putas. Durante una época en la que Iturri tuvo una crisis matrimonial compartimos una, la Roseta, una puta de Las Ramblas que se había venido a ejercer a la capital, camaleónica y lista, acabó convirtiéndose en confidente nuestra hasta que le metieron un tiro durante una redada en un local al que la mandamos por equivocación. El sentimiento de culpa por la muerte de la Roseta, la puta camaleón, nos unió en silencio. Además, yo, borracho o no, resolvía el caso que se me pusiera por delante con el ruiñeñor suelto, hasta que me topé con Alba y sus tres años y medio de carne desaparecida vete a saber dónde. Y ahora esto, la misma familia, otra niña, doce años después, y este cadáver del túnel, el remate.

—¿Sabes a quién diablos habéis encontrado en ese lugar? —Así me recibe Iturri, a bocajarro, ni un saludo, ni una mirada de complicidad por haber compartido coño y culpas.

Está cabreado, son más de las nueve de la noche. La mesa colmada de papeles habla de un día de mierda lleno de problemas, alguna que otra presión política, y alguna llamada buitre de la prensa. Ya se han enterado. Huelen los cadáveres mejor que las hienas. Milagrosamente, habíamos conseguido mantener por unos días la desaparición de Clara fuera de telediarios y periódicos. Unos carteles que imprimió Ricardo con una foto de la niña, y que había pegado por algunos postes de la luz del pueblo, y la

alarma que había ocasionado el suceso entre sus habitantes, otra vez una criatura de la misma familia, era hasta el momento la única publicidad del caso.

—¿No eran niñas las que habían desaparecido? Por fin encuentras un fiambre, un cadáver como Dios manda al que agarrarnos, y pertenece a un hombre —me reprocha Iturri.

—Veo que el informe preliminar de la autopsia te ha llegado a ti directamente.

Lo tiene sobre la mesa, con un lápiz metido entre una de las páginas.

—Te voy a iluminar: Varón. Puede llevar muerto alrededor de unos veinte años, quizá más, donde estaba enterrado ha podido preservarse bastante bien. El cadáver presenta un traumatismo en el cráneo que *a priori* parece la causa de la muerte. Vamos, que le partieron la cabeza con un objeto contundente, y eso que era un tipo de complexión grande, a juzgar por el esqueleto. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

Lo primero que me viene a la cabeza son los pechos de Rosa asomándose entre el tintineo de las perlas, ella y solo ella, abandonada a la metamorfosis del sexo.

—En el dedo anular derecho llevaba un anillo con un nombre grabado: *Rosa*, y una fecha, 6-6-1976. Claramente se trata de una alianza —continúa Iturri.

«¿Hace cuánto eres viuda?», recuerdo haberle preguntado a Rosa. «No quiero hablar de él —respondió—. Su muerte me dio la vida y punto, querido. Me trataba mal, y a Blanca», ondulaba el vientre sobre mí hasta volverse cisne.

—¿Qué cojones te pasa otra vez, Roger? Vuelve a la tierra, que te estoy hablando. Al final te tengo que apartar del caso. Estás gafado con esta familia. ¿Sigues limpio?

—Me harías un favor.

—Ya lo sé, pero, si te aparto, te expediento y te jodo en el último minuto reputación y pensión, tú verás. Quiero que te dejes los cuernos en este embrollo. Cuando desapareció la primera niña, ¿registraste esos túneles?

—Otros que también están en el jardín, hay varias entradas, por lo que veo.

—Rosa, ¿te suena? Una alianza...

—Es la abuela de las niñas desaparecidas, ya ha muerto.

—Imagino que cuando te la follabas estaba bien viva.

—Iturri...

—Me acuerdo del caso, aunque mejor hubiera sido que lo hubiese olvidado. Pues todo apunta a que este tipo que has encontrado es el marido de la difunta que te trajinabas, o eso nos quieren hacer creer. Lo cierto es que una de mis chicas estuvo investigando para allanarte el terreno, o para hacerte tu trabajo. Se llamaba Alberto Oliveira, el padre de Blanca, la madre de las niñas. Un importante hombre de negocios, bolsa por lo visto, que sin más un día desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra, y así parece que fue. Te suena esto de «desaparezco sin más», ¿verdad? Su mujer, Rosa Melgar, declaró que salió de casa con rumbo a un viaje de trabajo en Hong Kong y no regresó. Tenía un billete a su nombre, pero nunca tomó el vuelo. Esta declaración tiene fecha del 12 de junio de 1995, cuadra más o menos con la que baraja el forense para nuestro muerto del túnel. Cuando pasó el tiempo legal establecido, su mujer inició un procedimiento para darle por muerto y así heredar, entre otras cosas, parece que estaba bastante tiesa y el dinero de la herencia del marido salvó la finca familiar donde viven ahora. Quiero que pongas boca abajo esos túneles, ese jardín o lo que haya en esa casa que parece el puto Triángulo de las Bermudas. Si en vez de follar hubieras hecho tu trabajo, habrías descubierto esto en su momento. Que antes de la niña desapareció el abuelo.

—¿Me das el preliminar del forense? —le pregunto en tono seco y cogiéndolo ya por una punta. Iturri lo sostiene por la otra.

—¿Te estás tirando ahora a la hija, a Blanca Oliveira? Ramírez me ha dicho que ha sido ella la que te citó en el jardín, y hallaste varias pistas que te condujeron hasta la entrada del túnel, como si quisiera guiarte hasta el cadáver, vamos. ¿Por qué aún no la tengo en comisaría? ¿Por qué aún no tengo su declaración encima de la mesa y su culo, que no dudo estará bueno, en la silla de interrogatorios? Callas. Y por último, he oído que te has llevado otra puta a casa, un juguetito de Oriente, ¿no tienes bastante con ella? —me dice soltando de golpe el expediente—. Quiero a Blanca Oliveira en la sala de interrogatorios, ¡ya!, y la prueba de ADN para determinar que el fiambre del túnel era en verdad su padre. Ten cuidado, Roger, si no acabas expedientado por mí y sin un duro, lo harás cosido a tiros por un chulo de mala muerte. Resuelve esta mierda de caso ya, encuentra a las niñas, mejor vivas, y si no muertas, para que las puedan

llorar. Además, ahora tienes a la prensa encima, a ver cómo te las apañas porque el caso tiene su carnaza morbosa.

Cierro la puerta del despacho de golpe. Hijo puta, Ramírez... Ahora no me queda más remedio que tratar a Blanca de manera oficial.

BLANCA

22 de abril, 17:00 horas

Dos días antes de la desaparición

Esta tarde le he visto revisando mi teléfono móvil. Sé que no es la primera vez que lo hace, no tengo nada que ocultar, bueno, ahora sí. Él creyó que estaba en la ducha, he dejado el agua corriendo y el teléfono sobre la mesilla de noche. He entornado la puerta y allí estaba, agazapado sobre él como un lobo devorando su presa. Siento un escalofrío. Conoce mi clave, nunca se la he ocultado, vivir una vida sin secretos era mi anhelo; un espejismo, ahora me doy cuenta. Me río sola, una vida sin secretos, para eso primero habría de limpiar aquellos que quedaron por el camino. Él ha tomado notas en una libreta negra, pequeña, parecida a una antigua agenda de números de teléfono. Me gustaría saber qué ha anotado y dónde la guardará. ¿Quizá en los cajones de la mesa de su despacho que tiene cerrados con llave? Verle con qué fiebre revisaba mi teléfono me ha dado seguridad en la decisión que he tomado. Siento que me devora, que me desdibuja a su lado. La hora en la clínica es dentro de dos días. Si lo pienso, me quiebro. Estoy encerrada en el baño. Últimamente los rollos de papel de váter son mis mejores amigos. He dejado atrás la ciudad, mi trabajo de estilista y las reuniones con un par de amigas a las que quiero. Me llaman y no respondo; reconozco que lo que me alejaba de Ricardo me daba pereza, me producía ansiedad. «Todo lo que no sea él me separa de él, de nuestro universo», así lo sentía y me causaba hasta dolor físico. Al menos, en estos momentos de lucidez junto a los rollos de papel, soy capaz de discernir que esto me está dañando, solo pensar en dejarle me rompe por dentro, pero si continúo a su lado me volveré loca, o quizá ya lo estoy, como lo estaba mi abuela. Yo también he revisado su móvil en varias ocasiones. No soporto que escriba a otras mujeres, pero al menos soy

consciente de que debo cambiar de actitud, controlar los celos que me arrasan. A veces le imagino haciéndolo con otras, sobre todo con una arquitecta con la que consulta varias cosas técnicas. Verle hablar con ella con sus AirPods, caminando por su estudio de un lado a otro y sonriendo, me pone enferma. Me marché del estudio como si no me importase lo que dice, aunque me escondo para espiar su conversación.

Todo se ha agravado desde que nos mudamos a esta casa. Yo nunca quise. Aurora tiene razón, aunque me cueste reconocerlo: si no llega a ser por la insistencia de Ricardo, jamás habría regresado. No me reconozco. Me estoy volviendo líquida, evaporándome... Ya no son solo las ojeras, es un cansancio que comenzó el día que atravesé de nuevo la avenida de los tilos; creo que la casa se alimenta de mí, de mis hijas, que vampiriza a cada una de las Melgar que habita en ella y en su jardín maligno. ¿Por qué al poco tiempo de instalarme me quedo embarazada? Tengo la sensación de que quiere que procreé para tragarse a mis hijas, que gesto a sus víctimas, que hasta el aire que respiro engorda lo que luego ella engullirá. Alba, ella aún está aquí, la siento, la sueño muchas noches, Alba no ha crecido. ¿Dónde puedo esconder los papeles que he de llevar rellenos a la clínica? ¿Quizá en el desván, con los trastos de mamá? Aún tengo dudas, seré franca conmigo, pero si sigo adelante no podré escapar. Salgo del baño, los papeles están en el bolso que llevo colgado. Cierro la puerta y él aparece por uno de los lados del armario, me agarra por detrás, de la cintura, fuerte:

—Aaaggg —ruge como si fuera un monstruo que quiere devorarme. Sus cambios de humor me trastornan profundamente.

Me tira sobre la cama y me quita el bolso, que cae en la alfombra blanca. Se tumba sobre mí. El bolso es tipo saco; cuando puedo zafarme un poco de su fuerza, me incorporo y veo asomar los papeles con el logo de la clínica. Me tumbo de nuevo, le abrazo y le abrazo más fuerte, con el rabillo del ojo miro los papeles, me escurro, como si fuera un juego, aún más al borde la cama, bajo una pierna para, con la punta de los dedos del pie, llegar a los papeles y darles un empujón y meterlos dentro del bolso. No lo consigo.

—Te contorsionas cual serpiente. —Me hace cosquillas—. No te escapes.

Me abandono a su olor, no al de su colonia, al de su piel, a bromelia, a planta dormidera, a opio. Trato de que no mire a otro lugar que no sean

mis ojos, mi boca, mi cuerpo. La primera vez que me acosté con él no fue en aquella sesión donde quiso pintarme, donde sus manos parecían ojos que solo ansiaban retenerme, beberse de alguna manera la belleza que mi padre me había enseñado a contonear frente a los hombres, la belleza que hechizaba, cadenciosa, ondulante.

«Sé complaciente con ellos, Blanca, mi pequeño tesoro —decía papá—. En tu belleza anhelan algo que ya perdieron, la juventud, algo que quieren evitar, la certeza de la muerte, ¿lo comprendes, mi perla? Déjalos que te acaricien, tú eres su dueña, dales la razón sin someterte, sírvelos, los has conquistado; tan solo con tus ojos, con la eternidad que vende tu cuerpo y tu mirada, ellos han de saciarse. Les vendemos un poco de felicidad que me recompensarán con creces. Hacer negocios contigo y conmigo es para ellos placentero, el placer es un arma de control, mi perla.»

Que Ricardo no quisiera acostarse conmigo, que no pretendiera ligar más allá de las miradas y unos besos me pareció un juego, un juego donde los otros eran solo peones al servicio de nuestro placer: mi amiga, con la que él quedaba, mi novio, uno más de los que había seducido con una facilidad tediosa desde la adolescencia. Jugar a que somos de otros, a que los otros en verdad no nos tienen, a que no importa que nos toquen ni que toquemos, ¿qué es el tacto cuando no se siente?

Y luego, cuando nuestras sesiones de posado acababan en botellas de tequila que compartíamos con amigos, y estaban ella y él, a tu lado, al mío, nos escabullíamos para solo mirarnos y conversar ocultos en la intimidad de mi coche, donde a veces prendía la madrugada. Luego soñaba contigo, con tus ojos de óleo negro, con el que Estela da forma a sus caballos salvajes. Tenía el deseo de besarte, la seriedad de tu voz, la timidez que se asomaba en tus labios secos, fui yo la que lo hizo primero, con una sed que nunca había experimentado, hasta con el sexo que vino después, mucho después. Cuántos años esperamos para sentir que solo era una menudencia, una frustración para nuestro deseo; para tener una sola percepción de ti, de lo que es poseerte, meterte dentro de mí. Qué limitado es el ser humano para la pasión, por qué nos habrán puesto al alcance este anhelo si no poseemos las herramientas para verlo satisfecho. No dejes que me montes, soy yo la que quiere cabalgar sobre ti, aparta la mirada de donde no debes, Ricardo. Galopo, gimo, y caigo a tu lado. Me abrazas unos minutos hasta que saltas de la cama, tomas el bolso en una mano, cierro

las piernas. Dejas los papeles sobre la cómoda y cuelgas el bolso de uno de los tiradores.

—Se te van a arrugar —me dices.

—Déjame que te explique —me palpita el corazón, la lengua parece de piedra.

—Todo lo que me quieres. —Sonrías.

Asiento. Aflojo el cuerpo, y por él se escapa el licor de tus fluidos, de los míos.

Te vistes sin dejar de mirarme. Con prisa.

—Vuelvo al trabajo. Te veo en la cena. ¿Qué vas a cocinar?

¿Qué ha ocurrido? ¿Cuándo empecé a tener miedo de mí, de ti?

ESTELA

25 de abril, 19:16 horas

Un día después de la desaparición

—Qué cuento tan triste, tía Estela. Ahora que vuelvo a escucharlo, recuerdo fragmentos, pero continúa.

Aurora tiene la mirada alicaída, en ella veo reflejada la mía. Aún me siento triste por la muerte de Sansón.

—Otro día termino de contártelo.

—Es necesario hoy, tía Estela, antes de que pasen más días desde la desaparición de Clara.

Creí que no volveríamos a vivir esto. Estoy tan afligida que debo comer bizcochos con mucha azúcar cada hora para poder soportarlo. Aurora aún tiene las comisuras manchadas con algunos granos. Las cartas del tarot están sobre el tapete. Conforme le cuento la historia, barajo y las voy extendiendo, trato de que me orienten sobre qué parte del cuento familiar podría abrir sus fauces para tragarse a esta niña. Dos velas y una vara de incienso custodian el tapete. Me encanta parecer una vieja pitonisa de carromato de feria. El luto de franela me pica ligeramente la piel. Me llamo Estela, cuido caballos, echo las cartas, amé y me rechazaron, soy yo, aún me oriento en el dédalo de mi memoria.

—Ya te conté, antes de la merienda, que la hijita que tuvo la princesa con el príncipe al poco de casarse, él también se la llevó causando una gran pena en la princesa. Con el paso de los meses, el vientre de ella quiso florecer otra vez con un nuevo embarazo. La princesa, aterrada por la suerte que correría la criatura que albergaba en sus entrañas, entró en un letargo parecido a la hibernación. Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, y como ocurre en muchas ocasiones, el embarazo le trajo un nuevo episodio de sonambulismo. La princesa se levantaba por la noche y

caminaba en dirección al jardín, en dirección a los túneles, donde una fuerza maligna la llamaba. El príncipe, que tenía una educación clásica, ataba la cintura de su amada con una cinta roja, de tal manera que cuando la princesa se levantaba, él tiraba de la cinta y podía traerla de vuelta al lecho, evitando que se acercara a los túneles que tanto temía. Sin embargo, una noche el príncipe se quedó profundamente dormido y no se dio cuenta de que la princesa ya había salido de su dormitorio. Cuando despertó y no la halló junto a él, se apresuró a seguir la cinta roja, la siguió y la siguió hasta los túneles cuyas fauces se abrían por doquier en el jardín. Agarrado a la cinta, que le indicaba el camino hasta su amada princesa, se internó en la oscuridad que le recibía con un aliento a hierro y azufre. Cuanto más temblaba su cuerpo, más calor se propagaba por los túneles. Entretanto, la princesa había llegado hasta la morada del guardián, hasta la morada de su vengativo enamorado. Y cuando estuvo frente a él, la niña que llevaba en las entrañas llamó a su madre y la princesa despertó. Así conoció al guardián de forma consciente y se enteró de la historia de sus amores y de su hija que hasta entonces desconocía. El guardián le dijo que había de quedarse con él para siempre, una vez que había conseguido atraerla hasta su hogar no iba a permitir que escapara de nuevo. La princesa aceptó a cambio de que le devolviera a sus hijas y dejara vivir a la que albergaba en su seno. «Las que se fueron —dijo él— habitan ya en un lugar del que no pueden regresar, pero aquella que se remueve en tu vientre podrá vivir mientras estés conmigo.» El príncipe, que había llegado a la morada del guardián y había escuchado las terribles palabras, desenvainó su espada, hirió al guardián y tiró de la cinta roja para huir con la princesa. El guardián lanzó su maldición: solo sobrevivirían aquellas niñas que fueran sonámbulas como la princesa, ellas eran las destinadas a perpetuar la estirpe de las Melgar. El resto perecerían hasta que una sonámbula permaneciera para siempre en los túneles ocupando el lugar de la princesa, solo así quedaría resuelto aquel agravio.

Tengo la boca seca. Me siento agotada. Este cuento me deja enjuta, solitaria y con la memoria lluviosa. Me levanto, siento la mirada de Aurora, que está siguiendo mis pasos. Ah, mi pobre Sansón de crines negras, a cada rato me acuerdo de él y siento la soledad de Dalila. A veces, la única forma de detener el sufrimiento es que se nos rompa el corazón del todo. De un costurero que guardo en una cómoda, saco una cinta roja, una larga cinta roja que ya tiene el color granate de los años. Aurora está

impaciente, me mira con los ojos soñadores y dispuestos a creer lo que yo le ofrezca, aún es capaz de sentir el mundo fantástico como verdadero. Le pongo la larga cinta roja entre las manos, está enrollada con forma de ovillo.

—El hilo de la princesa —murmura mientras mira su color hipnotizada.

ROGER

3 de mayo, 12:00 horas

Nueve días después de la desaparición

He citado a Blanca en la comisaría a las doce en punto. Estoy esperando en un bar de enfrente a que llegue, tomo un café y por más que me esfuerzo no consigo sentir su sabor. Qué me ocurre, temo lo que ella pueda contar y por qué. La veo bajar de un taxi, está adelgazando, cada vez más etérea, más pálida, solo permanece viva la intensa melena rubia. Se ha prestado, sin ninguna objeción, a proporcionarnos una muestra de saliva para que comprobemos si el cadáver que encontramos pertenece a su padre, mejor dicho, el cadáver hasta el que ella me guio. Me entenece y me asusta cómo lo hizo, de una forma tan burda, tan torpe, era casi una confesión en especie. Yo debía seguir las miguitas que ella me fue tirando. ¿Golpeó en la cabeza a su padre causándole la muerte? Por esa época Blanca tendría unos catorce o quince años. Y él era un hombre alto y de constitución atlética. Me quito la gorra para pasarme la mano por el pelo y tranquilizar al ruiseñor que llevo dentro; el olor de Rosa me sube desde las entrañas, un reflujo ácido de su recuerdo. Quizá por eso me resistía a interrogar a Blanca de manera oficial, sé que su madre volverá a mí, sé que oiré el tintineo de sus collares mientras hablo con su hija, el tintineo de la culpa. No he vuelto a follar como entonces. Si viviera, me amenazaría: «No te atrevas a tocarla». Las Melgar nunca debieron de ser mujeres fáciles.

—Blanca. —Salgo del bar para alcanzarla—. Me hubiera gustado hablar en privado primero.

Los brazos le caen con tristeza aunque hay determinación en su mirada. Me la estoy jugando por hablar con ella justo antes de subir a tomarle declaración, ¿voy a ponerme purista en mi último caso?

—Encuentras lo que debes cuando te desmenuzan las pistas —me dice con una sonrisa que me recuerda a su madre.

Un compañero cruza la calle y nos mira. Abro la puerta del edificio y le cedo el paso a Blanca. No puedo evitar la sensación de que le debo algo: si no hubiera estado bebido mientras investigaba la desaparición de Alba; si su madre no me hubiera trastornado los sentidos, si no hubiera amordazado con sexo y alcohol mi instinto... ¿Acaso le era indiferente que no encontrara a su nieta porque era una Melgar de sangre floja, como la llamaba ella?

Voy a tomarle declaración en una sala de paredes blancas donde no hay más que una mesa y un par de sillas. Es como si le tomara declaración en su piel. Se sienta, cruza las piernas, parece tranquila. Entra Ramírez con los resultados de la prueba de ADN, que me entrega en silencio, y se marcha.

—Se trata de tu padre, las coincidencias en...

—Es mi padre, Roger —me interrumpe, me llama por mi nombre, me mira, me desarma. Me despluma el pájaro, el ruiseñor que ha de esconderse en la comisaría salvo para oler la mierda del mundo aunque le duela.

—No tienes dudas —comento de manera estúpida.

—Lo enterré con mi madre hace veintitrés años.

He estado cientos de veces en esta sala y hoy me resulta un lugar diferente. No sé si es su perfume, su cabello, su presencia, que lo envuelve todo en un aroma a viento, al viento imperecedero de su casa, de su sierra. La tengo frente a mí confesando que enterró a su padre y solo puedo pensar en a qué diablos huele. Hay una gotera en el techo que se ha abierto esta misma mañana como si tuviera que llover sobre nosotros, porque así, uno frente a otro, en este lugar que ahora es solo ella y tras esta confesión, todo carece de significado.

—Veintitrés años, dices, ¿por qué quieres desenterrarlo ahora? —continúo.

—Es el momento de limpiar, Roger, no pude hacerlo cuando mi madre aún vivía —responde—. Quiero encontrar a mi hija, a mis hijas. Y para ello he de reparar el mal, sacarlo a la luz. El mal escondido en el jardín, solo así podrá suceder algo bueno, si no, continuará respirando en la casa.

Se ha remangado un poco el jersey negro que viste, de nuevo veo que se ha atigrado el brazo, que se ha abierto una vía para expulsar el vapor del sufrimiento; ha debido de ser insuficiente, y por eso se ha decidido a abrir también una tumba, o a que yo la abra, a darme pistas infantiles para llevarme hasta ella.

—¿El mal escondido en el jardín? ¿Hacer el bien? ¿Qué es esta jodida monserga católica, Blanca? —le pregunto, me sale el policía que también llevo dentro.

—Mi padre descansará mejor en camposanto. Lo que yo querría para mis hijas, si es que ya no puedo abrazarlas.

¿Hasta qué punto puede enajenar el dolor? ¿Hasta qué punto puede arrastrarnos a la fantasía, a la locura?, me pregunto.

—Al fin y al cabo, soy una Melgar —responde Blanca sonriendo, parece que me ha leído el pensamiento—. Mi padre encerraba a mi madre en el sótano, me decía: «Mi perla, está loca como todas las Melgar, lo llevan en los genes. Vive obsesionada con ese viejo cuento de hadas, monta a caballo medio desnuda con la vecina, la hemos de encerrar en una institución para que cuiden de ella y así no nos avergonzará más». Pero esto ya lo sabías, Roger, tuviste información de primera mano.

Sobre el jersey negro lleva el collar de perlas de las Melgar. Juega con él a hacerse un nudo. ¿Me está retando?

—Ahora quiero ponerle flores a la luz del sol.

—Blanca, me has llevado hasta el cadáver de tu padre y la autopsia dice que la causa de la muerte es violenta. Le machacaron el cráneo. ¿Crees que esto será tan fácil como enterrarle en la Almudena y llevarle claveles los domingos?

—Haré lo que sea para encontrar a mis hijas, no podía ocultarlo por más tiempo.

Retuerce el collar entre las manos. Está perdiendo la serenidad, quizá empieza a arrepentirse.

—Esto es otra investigación distinta. De Clara no hay rastro, salvo esa cinta roja, al igual que ocurrió con Alba, enganchada en la valla —le digo.

—No hay caso que investigar.

—Eso lo decidiré yo —respondo.

—Intentó abusar de mí mientras estaba dormida, sabes que fui sonámbula hasta la adolescencia, mamá lo hizo para protegerme. Ya era

hora de que hiciera algo para protegerme. Había permitido demasiadas cosas.

—¿Quieres colgarle el muerto a tu madre ahora que está en la tumba?

—¿No quieres manchar su memoria, Roger?, me sorprendes. ¿La quisiste de verdad? —Sonríe, pero no voy a entrar en su juego, ahora no. Amordazo al ruiseñor para que se luzca el policía que también soy.

—¿Y el arma, Blanca?

—Supongo que una maceta de las que había alrededor de la piscina. Mamá la tiraría. Nunca le pregunté los detalles escabrosos. ¿Debería haberlo hecho?

—Si todo fue como intentas que me lo trague, ¿por qué no llamó a la Policía y alegó que fue en defensa de su hija?

—A veces la Policía no es eficaz y se equivoca, tú lo sabes. Además mis padres no se llevaban bien, y ella era la única que salía beneficiada con su muerte.

—Y tú también.

—Yo era menor, y mamá se encargó de administrar cuanto había.

—Alguien os ayudaría a enterrarle, a llevar el cuerpo hasta el túnel y bajarlo.

—Roger, quiero que peines ese maldito túnel. —Comienza a llorar—. Cuando desapareció Alba no pude hablar de él porque mi madre me lo prohibió. Yo era demasiado joven y tú estabas demasiado ocupado en su cama, emborrachándote, así que me lo debes. Quiero que lo recorras de cabo a rabo por si mis hijas están allí, vivas o muertas, y para eso te he agilizado el trabajo, porque a mi padre le ibas a encontrar de todos modos.

—Por qué no me lo dijiste directamente.

—Pensé que si encontrabas juguetes de Clara tendría más fuerza que la buscaras allí. Supongo que cometí una estupidez, Roger, perdona si no estoy muy lúcida. Los desesperados dan palos de ciego. También dudé por si el cadáver de mi padre te distraía de buscar a las niñas.

Se le ha abierto la herida de tigre, y le ha salido una línea roja.

—Tú desenterraste la tapa de hierro.

—Sí. Pero lo que quiero que entiendas es que Aurora se metió en los túneles que ya conoces, donde estuvisteis buscando a Clara, y vio a un hombre con una linterna que iba hacia ella. Menos mal que apareció Arturo.

—¿Qué hacía ahí el tal Arturo Lago?

—Aurora le habló de los túneles del jardín en una sesión de espiritismo en casa de Estela. Roger, los túneles que revisasteis, donde Aurora vio al hombre con la linterna, se comunican con los túneles donde has encontrado a mi padre. Forman una red, un laberinto que comunica mi casa con la casa de Estela, y supuestamente con unas minas de hierro y el mismo infierno. Mi madre y Estela los utilizaban para ir de una casa a otra sin que las vieran y así reunirse en sus citas secretas. Pero esto ya no te interesa. Ahora podrás acceder también a los túneles por la entrada de la tumba de mi padre, y recorrerlos a fondo, registrar hasta su último rincón maldito por si mis hijas están allí. Había unos planos, los recuerdo en la época de mi madre, aunque se esfumaron. Creo que mamá los quemó para que nadie pudiera llegar a la tumba de papá.

—¿Quién conoce la existencia de los túneles?

—De oídas, muchos. Que los hayan visitado a fondo, la mayoría están muertos.

—¿El padre de tus hijas?

—También está muerto.

—Lo sé, ¿pero lo hizo?

—Nunca le interesaron.

—Has nombrado antes a Estela. Imagino que también sabe de su existencia.

—Por supuesto, todo lo que sabía mi madre lo sabe Estela —sonríe con malicia—. No olvides que los túneles recorren también su propiedad.

—Hablaré de nuevo con ella.

—No sé si lo llegas a comprender, Roger. —Se le abre más la herida—. La cinta roja en la valla que cerca los túneles, y luego Aurora, algo atrae a mis hijas a ese lugar.

RICARDO

30 de abril, 2:13 horas

Seis días después de la desaparición

Oigo la risa de mi hermano. Es un estruendo, una tempestad que me acecha detrás de cada nuevo día. La minuciosidad de mi vida se quiebra con la sencillez del niño que mete un dedo en una tela de araña perfecta. Anteayer Aurora regresó del pueblo chupando un cucurucho de helado, me miró, esa criatura, a veces demoniaca, parece saber más de lo que uno espera, ella o su cámara, que te mete hasta las entrañas. El gusto del helado, ese fue el primero de los indicios que me advirtió que se avecinaba la catástrofe, el helado era de pistacho. Comencé a sentir una debilidad en las piernas que me arrastró penosamente al sofá, un sudor frío me envolvió la nuca, la lengua se afiló en un dolor continuo, y supe que aquello no había hecho más que comenzar. Helado de pistacho... Al día siguiente se presentó en casa ese policía y sembró el desastre. ¿No puede quedarse quieto como la primera vez? Me dan ganas de pincharle una dosis de ginebra, un chute de sexo en vena, se le han aguzado los sentidos al estar sobrio, o es que Blanca, mi princesa, se lo has puesto fácil. Duerme, princesa mía. Los dos hemos cometido atrocidades, pero ¿qué amor no ha pagado su peaje? Todo amor que se precie lo ha hecho, tú lo sabes, que has ardido junto a mí en las llamas de los ángeles. Qué delicia cada uno de tus jugos, cada rincón que se abre rosado, tibio. Blanca, aparto la sábana de ti, te acaricio la pantorrilla, el muslo que asciende fecundo hasta el pubis, que dibujo y abro con los dedos para dejar el beso. Sin ti no soy más que una máscara. Cierro los ojos. La habitación respira el perfume de la noche húmeda, solo el viento parece detectar mi presencia, mi sombra que acecha al silencio. Te arropo. Un horrible sabor a pistacho me ha estallado en la boca, y la risa ha vuelto, ha vuelto. Me cubro los oídos con las

manos. Esa noche fatídica, sí, esa noche donde estaba preparado hasta el último de los detalles, hasta el último de los alientos. Todo, salvo el factor cucurucho de pistacho.

Recuerdo aquella noche, hasta la luna estaba programada, elegida en su fase más romántica. Blanca, qué deleite al tocarte sin máscara. Yo con mis heridas, protegido por tu sueño. Tú con las tuyas, has vuelto a herirte en los brazos. Ya lo hacías cuando comenzamos a salir. Ojalá no tuviera secretos para ti ni tú para mí. He machacado un barbitúrico más del que te has tomado en el vaso de agua que sueles beber antes de acostarte. Duerme como en el cuento que te contaba tu madre, duerme, el cuento que me relataste una madrugada tras bebernos una botella de tequila, acurrucados en la galaxia de tu coche, donde cada fibra eras tú.

La luna obesa, oronda, ridícula, todo estaba dispuesto para que por fin hiciéramos el amor. Me había llevado más de quince días elegir el hotel apropiado. No íbamos a hacerlo en tu coche, tan propio de la época. El precio no me importaba, lo habría pagado con mi sangre. Nos habíamos sometido a una delirante espera para nuestros veintitantos años, te había sometido más bien, encendiendo tu deseo con el deseo de tu amiga, al igual que tú con ese novio imberbe cuyo nombre daba hasta frío. Habíamos jugado hasta el límite de mi aguante. Vivía en un charco continuo. En la náusea de una excitación que me producía sarpullidos nocturnos. Te abría en sueños. Había vivido hasta esa noche como una hormiga, como un insecto kafkiano que al follar se iba a convertir en dios. Ese era el pensamiento cuyo ardor me nubló el juicio, y me puso en manos del azar de pistacho. Soy un hombre calculador y no me permito que ningún cabo quede suelto, solo así consigo conciliar el sueño y salir adelante con lo que me propongo. Blanca, Blanca y Blanca, mi carrera de Arquitectura, las peleas de boxeo donde podía quemar la ira que me devoraba por dentro. Si no hubiera sido por ellas, me habría vuelto loco. Si algo no soporto son las sorpresas.

El hotel, del que había supervisado hasta las sábanas para que fueran del algodón más puro, el hotel me había costado tres peleas. Sí, querida mía, mi afición por el boxeo en el que combatía como semiprofesional vino de la mano de la tarde que tu padre me descubrió en el jardín, prismáticos en mano, cuerpo a tierra, comiéndome el desnudo que él también adoraba, el tuyo que ahora beso, bruñido por el sol en una hamaca de la piscina y en el trance del sueño. Desde entonces, magullado tres

semanas por el puñetazo que me arreó antes de que yo pudiera reaccionar, comencé mis clases de boxeo y defensa personal. Aún no podía sospechar cuán útil me sería lo que aprendí para ganarme la vida un poco más adelante. Todos los preparativos se centraron en el hotel. El restaurante donde nos alimentaríamos para la batalla quedó en segundo, en tercer plano. ¿Comer? Solo el uno al otro, así lo sentía. Comerte con mis labios y mi ser. Yo era virgen. Me había masturbado mil veces en los espacios del deseo más insospechados, jamás debías enterarte. Así que contraté los servicios de una prostituta y me entregué al frenesí de una noche didáctica. Toca aquí, toca allá, chupa y absorbe, frota, lame, desmenuza; una lección de gastronomía pura para nuestro banquete, que reconozco me asqueó bastante aunque me liberó tensión abrir las compuertas.

Llegada esa noche, fui a buscarte hasta tu casa en un coche alquilado, hasta la casa, que en cierta forma también sentía mía, esta casa que adoro y de la que conozco cada pliegue, al igual que los de tu piel. Ese fue un triunfo que me despistó. Se abrió la verja tras la que había echado mis ojos melancólicos durante muchos años agarrado a los barrotes. Ahora la verja se abría, se abría y tú salías para mí.

Conduje hasta Madrid, hasta el restaurante que habría de servirnos de delicioso preliminar. Era perfecto, elegante sin ser pretencioso, íntimo sin llegar a ser cursi. Nos acomodaron en una mesa que también había elegido personalmente, en una esquina un tanto apartada. Pero aun así, nos vio. Yo me había olvidado hasta de su existencia, hasta del día que tras preguntarle me recomendó el restaurante al que nos habíamos dirigido. Mi hermano tenía una vida social muy intensa, conocía los lugares más de moda de Madrid. Trabajaba como relaciones públicas en varias discotecas y siempre andaba de un local a otro con un montón de gente alrededor.

—Riky, tío, qué casualidad.

Vivía en una nube hasta que oí su voz, y además odiaba que me llamara así, y él lo sabía, desde que éramos niños solo quería hacerme rabiar.

—¿Por qué no me has dicho que ibas a venir hoy por aquí? —me preguntó.

Me tragó el silencio. En ese instante me habría levantado de la mesa para devastar la garganta de mi hermano con una llave de defensa personal dejándolo mudo, pero ¿qué hubieras pensado, Blanca?

No te había hablado de Eduardo. Para ti había inventado una historia que me hacía sentir bien: mi padre tenía una empresa de transportes —en honor al camión de Nestlé del inconsciente de mi madre— y había fallecido, a causa del estrés de los negocios, una tarde de tenis burgués. A mi madre, que había merecido ser una Rosa, una señora a la que le cosieran en vez de coser ella, la dibujé anclada en una verdad a medias. Verdad era que hacía tres años que un ictus la había dejado en las antípodas de la realidad, con la boca inmóvil y las manos en dos garras pavorosas. Se la había entregado a las urracas, al fin habían conseguido llevársela al pueblo y se regocijaban de verla así:

«Mira cómo has vuelto —le decía una—. Casi hubiera sido mejor con los pies por delante.»

«Esto es por lo de los hijos que te dejaste hacer, caro te costó —la otra—. Tú sola para criarlos a costa de puntadas, esforzándote hasta dejarte la salud para que salgan adelante. Y mira lo que te ha pasado...»

La estancia de mi madre en una clínica de Marbella, donde la visitaba cada dos semanas, era una más de las mentiras glamurosas que te había contado. Prefería una clínica con el aire del mar a la casita baja en el pueblo reconcentrado de Castilla donde yo pasaba la soledad de mis veranos. Lo cierto es que cada semana iba a ver a mi madre al pueblo, que no he vuelto a pisar desde que murió, el único día del fin de semana que dejaba mi pasión por ti porque te lo debía, madre, y porque te he querido hasta romperme. Eduardo te visitaba muy poco, siempre alegaba una excusa para escaparse, sus amigos, su trabajo hasta altas horas de la madrugada, sus fiestas. Yo lo prefería; cuando nos dejaban a solas las urracas, empecé a hablarte de Blanca, mamá, aunque te tuve que ocultar cuál era su origen. Tú inclinabas la cabeza, y el hilo de baba que se escurría por una de tus comisuras era la prueba de que entendías cuanto era capaz de explicarte. «Llegarás donde tengas que llegar con tu tesón», solías decirme, madre, y así ha sido.

—Preséntame a tu amiga —me dijo Eduardo.

Una compuerta se había abierto dentro de mí y un agua torrencial inundaba todo lo que quedaba de mi ser.

—Soy Blanca —dijiste levantándote para besarle las mejillas.

—Es mi hermano Eduardo —acerté a vocalizar—, sabía que le encontraríamos aquí.

—No me contó que tenía un hermano. —Tú nos miraste alternativamente a uno y a otro para comprobar que el desgraciado del camión de Nestlé que nos engendró había dejado en nosotros su cabello oscuro y rizado.

—Tampoco me lo preguntaste. Además, era una sorpresa para los dos —dije con la sonrisa más encantadora que pude—. Siéntate con nosotros, Eduardo.

Mi hermano no había entrado en mi fantasía, aún era un cabo suelto por resolver. Quería enviarle al extranjero para que estudiara Programación, le enloquecían los ordenadores, además de las fiestas, y para ello estaba boxeando y ganando algo de dinero. Fui consciente de que debía tomar las riendas de la situación y reconducirla lo antes posible a mi favor, pero no tuve tiempo, y eso me devastó.

—Tu cara me suena mucho —te dijo Eduardo—. No es como para olvidarla. Tu madre no se llamará Rosa...

—Pues sí.

—Claro, era clienta de nuestra madre. Pero te lo habrá contado ya Ricardo, Avelina, la modista, ¿te acuerdas?

Pusiste cara de extrañeza, Blanca, amor mío, y él siguió.

—Tú solías venir a hacerte ropa un par de veces al año —Eduardo sonreía—. Somos los hijos de Avelina, los que se escondían detrás de la puerta para espiarte. Me parto, ¿no te acuerdas de eso?

Oí el clac clac de la cama plegable que abríamos cada noche mientras mamá estaba bien, el clac clac que oigo ahora tras la carcajada, y te beso la frente, Blanca. Entonces te quedaste desconcertada. Me miraste, y yo me quemé por dentro.

—A saber qué rollo te ha metido mi hermano para impresionarte, se coló por ti en cuanto te vio en casa y no eras más que una cría —te dijo Eduardo.

Y entonces vino esa risa suya, ese estruendo, esa carcajada que encendía mis mejillas de grana. La risa que Eduardo te contagió, Blanca.

—No, no tenía ni idea —respondiste—, qué casualidad.

—Pues no será porque no se acuerda de ti. Que no te cuente esa historia —dijo señalándome, y volvió a reírse.

Me excusé un momento para irme al baño, y allí tuve que lavarme la cara una y mil veces, echarme el agua lo más helada que pude en las mejillas, los ojos, la frente. Luego rompí de un solo puñetazo el secador de

manos, y la ira cedió aunque solo fuera por el dolor que me había producido.

No estaba preparado para que te enteraras de que nos había unido la fatalidad de un cucurucho de pistacho en una heladería de la calle Orense. No estaba preparado para que mis fantasías me golpearan en la cara. Desenmascarado me sentía ridículo. No aguantaba la exposición, la visión de los otros, tu visión. El héroe sin máscara estaba muerto. Aquella risa de Eduardo, aquella carcajada, aún la oigo, aún me agujerea el cerebro, aún veo sus labios deformarse en la sátira de mí, aún veo tu sonrisa, Blanca, un tanto confusa al principio, pero dispuesta a contagiarse del veneno. Él nunca comprendió lo que es amar, Blanca, amar hasta cada detalle, cada hilo que se desprende del telar amado. Dedicar una vida a un propósito con la minuciosidad y el apasionamiento de un orfebre. El amor lo exige todo, hasta la cordura, querida, tú lo sabes bien.

¿Cómo recomponerme tras aquella humillación? Todo se esfumó de pronto, el hotel, las sábanas de algodón del Nilo, todo; quien yo era para ti, y yo mismo me convertí en humo que voló hasta tu casa con la excusa de un dolor de muelas. No pude seguir adelante. Yo no era quien había previsto para nuestro idilio. La personalidad que había construido para ti, para nosotros, rota.

Quise morirme durante semanas. El artefacto móvil que me había comprado por la friolera de ponerle dos ojos morados a un tío de Carabanchel en una pelea no demasiado limpia me permitía evitar que mis llamadas se realizaran al reducto de Raimundo Fernández Villaverde, donde seguía viviendo con mi hermano desde que mamá enfermó. El móvil sonó y sonó insistentemente, con tu número, Blanca. No podía cogerlo. «¿Por qué no me contactaste quién eras?», insistías. «¿Te avergonzabas de ser el hijo de la modista?», me interrogaste en el coche. Dejaste de mirarme como lo habías hecho hasta entonces, Blanca. Lo noté. Y yo había de recomponerme, cambiar de táctica, pero para ello necesitaba pelear, me aclaraba las ideas, y necesitaba sobre todo tiempo. Conforme aumentaban tus llamadas y mi ineficacia para resolver la situación, que se agravaba más con el paso de los días, una furia que no aplacó un combate donde me saltaron dos dientes se fue apoderando de mí, una rabia inhumana y un deseo de herirte como la única salida digna a la humillación sufrida y a mi propia estupidez. Me acosté con tu amiga y me aseguré muy mucho de que te enterases de lo bien que lo habíamos pasado.

Qué dolor tocar a otra que no eras tú. No dormí durante noches acongojado por la angustia de saber si aquello te había afectado tanto como yo anhelaba. Una inmovilidad vital me imposibilitaba volver a tu casa y reanudar las labores de espionaje. Además, tenía la sospecha de que Eduardo me espiaba. Tuve que aguantarme las ganas de no aplastarle en casa, mientras dormía, con esa cara de niño que aún conservaba, de inocencia fingida. Lo hice por mamá, no lo hubiera soportado. Y porque había dejado de ser yo, debía encontrarme de nuevo.

Error tras error, amor mío, ya sabías que era el hijo de Avelina, la modista de tu madre, y recordabas el tugurio de retales donde ella vivía, y allí te presentaste una mañana de domingo, lúcida y más bella que nunca. Cuando te vi por la mirilla sentí que la muerte se podía experimentar estando vivo y que era una maravillosa alternativa. A Eduardo le pareció una situación divertidísima.

—¿Quieres librarte de ella? —me dijo—, pero si está buenísima, nunca te he entendido, hermano, déjame a mí.

No me dio tiempo a reaccionar, a hacerle una llave de defensa personal que le hubiera dejado fuera de combate en un segundo, ¿era la cercanía de tu presencia o la humillación lo que me estaba adormeciendo los reflejos? Me escondí en el dormitorio de mamá, bajo la mesa donde había estudiado, y escuché tu voz, Blanca, y la de Eduardo que te hablaba con toda naturalidad, como cuando en la infancia le pidió el tren que yo deseaba a mi tía, la urraca viuda, y ella se lo dio, eso no pude soportarlo, mientras se inventaba una historia rocambolesca en la que poco más o menos yo me había ido de misionero a África. Reíais, reíais mientras yo me sentía debajo de la mesa como el deshecho humano más ridículo del mundo. Mordiéndome el labio, con un hilo de sangre que me colgaba como la baba de mamá, me acerqué con paso lento, la vergüenza y el miedo me habían inmovilizado las piernas y, arrastrándome penosamente, abrí una sola rendija de la puerta, y te vi sentada en el clac clac junto a Eduardo, deglutiendo una Coca-Cola a la que el muy hijo de puta te había invitado, sonriendo, dándole tu número de teléfono, subiéndote el cabello en una cola de caballo, jugando conmigo, porque, al igual que cuando eras niña, sentía, amor mío, que sabías que estaba ahí mirándote.

BLANCA

31 de marzo

Veinticuatro días antes de la desaparición

—¿Qué te ocurre? —le pregunto.

Ricardo me mira con dureza.

—Me cuesta sacar las palabras y es fácil hacer daño.

—Háblame, si tienes que hacerme daño, házmelo, pero no me dejes así. No tiene por qué ser de forma ordenada ni coherente, solo dime lo que sientes.

Silencio. Sufro. No quiero que nuestra vida se desmorone, no es lo soñado, lo esperado.

Silencio. Temo tanto que me abandone de repente, temo hacer algo para que desaparezca otra vez.

—Mírame, qué tienes —insisto.

—Me rompes el corazón —dice por fin.

—¿No te gusta la vida a mi lado?, ¿has tenido un día malo con tu proyecto?

—No soporto que hayas vivido con Eduardo en esta casa. No me quieres.

—Tú fuiste quien quiso venir a ella.

—¿Yo?

Suspira y se marcha. Me ahogo; si le pierdo de nuevo..., no puedo soportar perderle de nuevo. ¿Qué hice mal esta vez?

ESTELA

3 de mayo, 16:55 horas

Nueve días después de la desaparición

Solo verle me ha recordado el mal gusto que tenía mi amada para elegir a los hombres. Hace unos doce años estaba de mejor ver, eso es cierto. No ha envejecido bien, de todas formas tiene aires de patán, debió de tenerlos desde la juventud. Rosa buscó lo más contrario a ella, que era pura elegancia hasta desnuda. Era esa tendencia suya a autodestruirse que ha heredado Blanca, una herencia maldita más de las Melgar, cuanto más desagradables y opuestos eran los tipos a los que se entregaba, mucho mejor. Y luego venía a mi lado para que le lamiera las heridas, las heridas que ella misma se infligía al caer tan bajo, mi lengua que siempre estuvo dispuesta a cicatrizarlas.

Llevo el luto de lana fría. Los pantalones anchos y un jersey que ensalza lo que queda de mis encantos. El patán y yo somos dos viejos con el recuerdo que ella nos dejó. Quiero que me vea hermosa, coquetería del rival. Yo la conocía como la palma de mi mano, más aún, bajo esta cicatriz que toco en mi pecho late también su sangre. Eso me gustaría decirle cuando le veo avanzar por el pasillo detrás de María del Ser, ya le di instrucciones de reducir su amabilidad del trópico al máximo. Trae andares circunspectos de policía, mirando a un lado y a otro como si no conociera dónde está, inspector, espero que se quite esa gorra dentro de mi casa. Desde que me dijo que tenía que hablar conmigo otra vez, he pintado tres caballos para calmar los nervios y repetido diez veces la letanía de la memoria, no es buen momento para olvidarme de quién soy y parecer una demente senil. Le recibo en la sala de cristal. Le invito a sentarse frente a mí, nos separa un velador de caoba. Cuando toma posesión de la silla Luis XV me doy cuenta de que la distancia es escasa, aún huelo su colonia, un

moscardón de hombre que zumba y me marea. Menos mal que no es idiota. Está molesto como yo, no habría venido si no llega a ser necesario. En el velador hay una foto mía y de Rosa sentadas en el estanque, bajo la sombra de Cupido. No debíamos de tener más de catorce años. Él la mira de reojo y se saca una libreta azul del bolsillo de la chaqueta de espiga. Paleta. Carraspea y va al grano.

—¿Conoce los túneles del jardín de la casa de al lado?

—Me crie junto a Rosa Melgar, ¿lo ha olvidado?

Le desafío, no parece importarle.

—¿Me confirma que llegan hasta su jardín?

—Son las viejas galerías de una mina de hierro. Se puede pasar por ellas de un jardín a otro, sí. Rosa y yo lo hacíamos constantemente cuando éramos niñas. Era nuestro lugar de encuentro, a medio camino de su casa y la mía, para estar a solas en las entrañas de la tierra.

Impertérrito.

—Sí, ya tengo noticias de sus correrías juveniles, pero ¿tiene algún plano de los túneles que pudiera proporcionarme?

—En esta carpeta que le he preparado. —Extiendo el brazo y María del Ser me la entrega—. Ya me dijo Blanca que iba a pedírmelo y que han encontrado a ese malnacido.

«Alberto era un hombre guapo y con algo de clase, querida mía — pienso—, pero el vicio y la maldad se le veían en el fondo de los ojos. Además, me lo dijeron las cartas del tarot, y te lo advertí, no te cases con él, pero tenía dinero, que te hacía falta y eras demasiado clásica en esa época para quedarte soltera y sin reproducirte, eras una burguesa de sierra. Todo te lo perdoné, hasta que te gustaran tanto los hombres, solo te reprocho el no haber escogido mejor, me reitero en ello por lo que tengo delante.»

—¿Qué sabe de la muerte del marido de Rosa?

—Mencionarla así suena poco oficial, ¿no cree?

Tuerce la boca. Sonríe muy fina y bebo té.

—Responda —insiste.

«Qué burdo es. ¿Era esta animalidad lo que le perdía a mi amada?», me pregunto.

—Sé que bien muerto está y estuvo.

—¿Ella le contó lo que pasó?

Ahora es *ella*.

—Como si fuera secreto de confesión —respondo sin más.

—¿A qué espera para contármelo?

—Simplemente, no lo sabemos.

Se bebe de un trago el café que le ha servido María del Ser. Me pica el luto frío, me pica este hombre, su barba de varios días, como si la tuviera sobre mi coralina piel.

—Blanca Oliveira me dijo que su madre le mató para defenderla.

—Le enterramos y punto, por si acaso.

—Haga el favor de hablarme claro o me la tengo que llevar a la comisaría.

—Devuélvame mis planos.

—¿Quiere que la acuse de obstrucción a la Justicia? ¿O de complicidad? Porque acaba de confesar que ayudó a enterrarle.

—Las dos solas no podían con él, ni en la carretilla que le llevamos. Nunca estuvo claro qué pasó, la una por la otra. Lo dejamos así.

—¿Qué quiere decir?

—Cada una pensó que había sido la otra. Y nunca supe más. ¿Es suficiente para calmar su curiosidad?

—Esto no se trata de curiosidad, señora, no es un juego de sociedad, sino un asesinato.

Dios mío, qué ganas de pintar caballos me han entrado, eunucos, todos.

—Cuando Rosa llegó a la piscina —le cuento haciendo un gran esfuerzo—, él estaba muerto, y su hija desnuda en la hamaca. Pensó que había sido ella, pero la niña lo negó. Blanca se acababa de despertar de la siesta y vio a su madre junto a su padre muerto. No sé si me comprende, Rosa siempre pensó que había sido Blanca, y Blanca, su madre para defenderla. Suciedera lo que sucediese, o bien se defendió la niña de ese monstruo, o lo hizo la madre, aunque yo siempre barajé que lo hizo una tercera persona, eso me decían también las cartas.

—¿Quién?

—Usted es el policía.

—No juegue conmigo.

—Nada faltaba en la casa, así que no se trataba de un robo. Pero en varios parterres del jardín las petunias estaban pisoteadas.

—¿Por qué Rosa no llamó a la Policía?

—No quería que revolvieran en su vida y en la de su hija. Tuvo miedo de que sospecharan de ella, o peor aún, de que de verdad le hubiera matado Blanca y la descubrieran. La niña no se merecía sufrir eso y quizá mentía.

«Debí de haberle matado yo, querida —pienso—, pero fuiste demasiado orgullosa para contarme todo lo que estabas sufriendo, y yo estaba demasiado despechada para darme cuenta.»

—Volveremos sobre este asunto. Ahora necesito que me guíe hasta la entrada de los túneles en su jardín —me dice, parece que le ha entrado prisa.

—María del Ser le guiará. Yo me fatigo ya a estas horas. Podremos prescindir el uno del otro sin mucho trauma, ¿no cree?

Oigo un relincho. Es Dalila, Dalila triste sin su Sansón. «La muerte no es el final para los amantes», pienso mientras ese hombre se mete entero en la boca el único pastelillo que le hemos servido. Qué ordinariéz.

—¿Jezabel era una yegua?

—Mi Jezabel, una de mis favoritas, como Dalila.

—Arturo Lago comentó que el día que desapareció Clara usted se lamentaba diciendo que había sucedido lo mismo que cuando murió Jezabel.

—Esa misma noche desapareció Alba.

—¿Está segura?

—María del Ser, el libro de obituarios ecuestres.

Tarda unos cinco minutos en traerlo y él los utiliza para abrir la carpeta y observar los planos.

—¿Es esta la entrada a los túneles en su jardín?

Asiento. Ha puesto un dedo sobre la copia de mi plano y tiene las uñas sucias.

—¿Qué representan estos dibujos?

—Está muy claro, son las estatuas de mi cementerio de caballos.

BLANCA

26 de abril

Dos días después de la desaparición

Me he despertado tarde, duermo mal, temo levantarme y caminar dormida. Ricardo, estoy por decirte que me ates con una cinta roja. Una cinta roja, la que me falta en la camisa blanca que compré con Eduardo en el último viaje que hicimos juntos a Hungría. He ido a ponérmela esta mañana y me he dado cuenta. Es una camisa de color blanco con unas cintas rojas insertadas en la tela en un pasacintas, y una, la más larga, no está. La última vez que me la puse, no hace más de quince días, estaba allí, y no recuerdo haberla perdido. No suelo ponerme ropa de la vida con mi primer marido, pero esta camisa me encanta. No he pasado el luto por la muerte de Eduardo, no me ha dado tiempo, lo llevo dentro aún, no sé si alguna vez llegamos a ser felices. Todo fue tan inesperado. Ricardo, desapareciste de mi vida sin dejar más rastro que lo que habías encendido en mí, y yo no podía olvidarte. Me asusté cuando me llamó por teléfono tu hermano, esta vez no tenía ganas de bromas, para preguntarme si había tenido alguna noticia tuya. Le noté preocupado de verdad. Una mañana se había levantado en el apartamento de Raimundo Fernández Villaverde y tú habías desaparecido con todas tus pertenencias. Ni una nota, ni una llamada de teléfono más adelante, simplemente te habías esfumado. Quedamos para vernos. Eduardo me recordaba tanto a ti, querido mío, no solo era sangre de tu sangre, era tu pelo y tu forma de hablar, aunque jamás supo mirarme como lo haces tú. Jamás me hizo sentir lo mismo. Nos vimos en una terraza del paseo de Rosales y conversamos.

—Tampoco saben nada de él mis tías, y me parece muy raro que no haya dejado ni un teléfono o una dirección para que le informen sobre el estado de salud de mi madre. Quizá las llame más adelante.

—¿Hace cuánto ha desaparecido? —le pregunté.

—Va para tres semanas.

Tres semanas, un mes y nada. Ayudé a Eduardo a buscarte, eso nos unió. Confieso que estar junto a Eduardo me producía la absurda sensación de que estaba cerca de ti. Y, sin embargo, erais tan distintos... Primero empezamos a frecuentar los lugares donde había ido contigo, hablamos con tus amigos de la facultad, con mi amiga, que después de que te acostaras con ella no había tenido más noticia de ti. Incluso le acompañé a la comisaría a poner una denuncia por tu desaparición.

—Es mayor de edad, y se ha llevado todas sus cosas de la casa que compartían, está claro que su intención era marcharse, no podemos hacer mucho más. Ténganos informados si tiene cualquier noticia o indicio de que está en alguna parte.

Esa fue su respuesta. Habías dejado la facultad con los últimos exámenes pendientes, y no sabían más de ti. ¿Dónde estabas, amor mío? Qué te había sucedido. Qué mal te hice, por qué te fuiste, qué me importaba a mí de quién fueras hijo.

Poco a poco, Eduardo y yo dejamos de buscarte. Un día fuimos al cine y luego a tomar una cerveza, lo pasamos bien. Era muy divertido. De la cerveza me llevó a una de las discotecas donde trabajaba como relaciones públicas, le encantaba bailar y a mí también. Recuerdo el sabor del whisky en la boca, la música de una canción: *Right between the eyes*, él y yo bailando en la pista, borrachos, riendo, y entonces me besó. Cerré los ojos y pensé que eras tú, Ricardo, que habías vuelto de dondequiera que estuvieses y retomábamos nuestro idilio en el instante en el que lo habíamos dejado. Acostarse con un hombre porque nos recuerda a otro no era una buena manera de empezar, pero así ocurrió. La noche que hicimos el amor y concebimos a Aurora y a Alba, tú también estabas presente. ¿Qué me habías hecho, qué filtro, qué encantamiento provocaba que tu presencia estuviera siempre a mi lado, anhelando volver a sentir tu mirada, tu tacto helado que me quemaba, tu conversación, un estilete hacia lo más profundo de mí, mientras que Eduardo solo era la brisa que limaba la superficie?

Dejamos de hablar de ti, y cada uno, lo sé, comenzó a llevar tu ausencia por dentro. Cuando supe que estaba embarazada, lo primero que pensé fue que la semilla que llevaba mi vientre también, de alguna manera, te pertenecía, contenía tu sangre, tus genes. Tú me habías negado

tu amor y tu presencia, sin embargo, yo me había apropiado de lo más cercano a ti, de lo que no podías borrar porque también pertenecía a otro. Creí que mamá me mataría cuando se enterase de que estaba embarazada tan joven, y encima de uno de los hijos de Avelina, su modista. A favor de Eduardo estaba su simpatía, su manera positiva de afrontar cada situación, sabía ganarse a las personas y mamá acabó adorándolo, también porque siempre hizo lo que ella quiso. Se lo llevaba a montar a caballo con Estela, y a las sesiones de espiritismo, que le divertían muchísimo; paseaban por el pueblo del brazo, ella presumiendo de yerno. Mi madre manejaba nuestra vida, nos mantenía, nos daba cobijo, y él lo aceptaba. Lo aceptaba, qué podía hacer yo si no seguir bajo el dominio de mamá; a veces la odiaba, la culpaba de haber permitido que mi padre me hiciera aquello, otras me sentía en deuda porque lo había matado para defenderme, al fin. Aunque me hizo cargar con el silencio y el secreto de su tumba, nos libramos de él, le debía no dejarla sola en esta casa que adoraba. Y así, día a día, gota a gota, yo con la voluntad aniquilada por tu recuerdo y por la rapidez con la que habían sucedido los acontecimientos, me conformé con mi vida. Empecé a sufrir nuevos episodios de sonambulismo, y me dejé cuidar por la sonrisa de Eduardo, por sus modales amables y tiernos, por la autoridad de mamá, que nos ofrecía una seguridad difícil de conseguir con nuestra juventud y encima embarazada de dos niñas. Me abandoné a todo, Ricardo, menos a olvidarte.

ROGER

3 de mayo, 18:40 horas

Nueve días después de la desaparición

Un caballo, una niña, una niña, un caballo. ¿Qué significa esta combinación de factores que no deberían estar juntos? Muere Jezabel y desaparece Alba, muere Sansón y desaparece Clara. ¿Qué relación hay entre los caballos y las niñas?, ¿es pura casualidad? Veamos el orden. Primero mueren los caballos, luego desaparecen las niñas. Había retrasado hablar de nuevo con Estela desde que el tal Arturo Lago mencionó a Jezabel. ¿Quién coño era Jezabel en la Biblia? Al menos, de Sansón y Dalila conozco la historia, el tipo de la fuerza en el pelo y la zorra que lo adivina y se lo corta. Quizá debí venir antes. Ha sido como si viera a Rosa desnuda ante mí, como si saliera de la tumba para recordarme que existió. Debí investigar el dato de Jezabel. Pero lo cierto es que no he parado. El hallazgo del cadáver del padre me ha dejado fuera de combate.

Esta mañana me ha llegado un informe de la cinta roja encontrada en la valla. El resultado es que las fibras no concuerdan con la cinta que se encontró durante la desaparición de Alba. Es una cinta distinta. ¿Significa esto que estamos ante dos asesinos diferentes? Las piensas muertas de repente, no es propio de ti hasta que encuentras el cadáver. Me ha salido solo, pero en este caso... Los caballos, no dejo de darles vueltas a los caballos. Es tan raro. Cada caballo que muere es una tumba que se abre, ¿es así?

María del Ser camina delante de mí, Dios mío, veo en ella a una pequeña prostituta ya trasnochada pero complaciente, no tengo cura, hoy sí necesitaría una buena ginebra. María del Ser me guía sin apenas despegar los labios, incluso con mirada de desprecio, hasta el cementerio de caballos. Varias veces nos pasa Dalila galopando al lado y me tengo que

apartar aprisa para que no me patee con sus cascos malditos. Luego vuelve mansa hasta María del Ser, y ella le da algo que saca del bolsillo de doncella. Le queda corto y algo estrecho en las caderas.

—La agresión a la autoridad está penada —le advierto, pero le guiño un ojo.

He de hacerme con este pequeño súcubo doméstico, este renglón torcido de la naturaleza femenina. La veo sonreír con las comisuras de sus labios. Hace tiempo que no coquetea, un viejo como yo quizá no es apetecible, aunque me siento joven gracias a mi gacela de Oriente. María del Ser aminora el paso y ya caminamos a la misma altura. Ha hecho un ruido con la lengua, una especie de chasquido que Dalila, zorra de bellas crines, ha entendido a la perfección y galopa a una distancia de nosotros bastante prudente. Solo oigo sus cascos blandos en la tierra húmeda.

—¿Cuánto lleva con la señora? —«Entremos por lo cotidiano», me digo. Ella debe de saber y parece más accesible que su ama.

—Mucho.

Es parca en palabras, le han enseñado a atar bien la lengua. Bordeamos una vereda de cipreses y ante nosotros se abre la cabeza de un equino esculpida en piedra. Los ojos desorbitados, huevos duros que brotan de las cuencas en el último relincho ante la muerte. María del Ser me mira y asiente. Las crines se ajustan inmóviles a un cuello que se clava en una estaca de hierro.

—Hemos llegado —me dice.

Lo sé. Es tan obvio como fascinante. El busto marca la entrada a un laberinto de boj. María del Ser conoce el camino. Serpentea entre las sendas retorcidas hasta llegar a una tumba fresca, de tierra negra.

—Aquí enterramos a Sansón la mañana del 24 de abril.

Estoy sobrecogido por el silencio. Por la densidad de la belleza que se extiende a nuestro alrededor. Una escultura de varios caballos que galopan hacia un abismo, encabritados unos sobre otros.

—Es la zona de los consortes —dice María del Ser—. Sansón era uno de ellos.

Me agacho y cojo un puñado de tierra. Lo huelo, lo aspiro.

—La señora encargó una lápida que aún no ha llegado.

Tierra removida, una fosa reciente.

—¿Cómo se las apañan para traerlo hasta aquí? Las sendas son anchas, pero el peso de un caballo muerto no es sencillo de manejar.

—Le llamo al jardinero y puede preguntarle a él —responde.

Me deja solo en ese silencio que puedo tocar. Camino alrededor de la tumba. Hay otras lápidas cercanas, un auténtico camposanto ecuestre. Leo: «Jacob, Abraham, Caín...». La Biblia es tan inagotable para esto de los nombres como la locura de esa vieja. Vuelvo a la tumba de Sansón y me arrodillo, uso las manos a modo de palas y excavo con gran facilidad.

—La tierra está *mu* blanda aún —oigo detrás de mí.

Es un hombre de sierra. El rostro amaestrado por el sol. Bajo, robusto, con unas botas verdes de goma que le llegan hasta las rodillas.

—Dígame cómo los entierran.

—Los traigo desde la cuadra con un pequeño tractor, me ayuda uno de la veterinaria que conoce la señora y ella le paga bien por el trabajo. Cavo la fosa y lo embadurno de cal viva.

Le pido que me enseñe el lugar donde guarda sus aperos de enterrador. Es un cobertizo al final de uno de los tentáculos del laberinto, en la zona de los consortes, la menos noble, podríamos decir. Una cabañita de madera con palas, azadas, sacos de cal y otros utensilios para apañar la muerte.

—Le digo que alguien que no soy yo estuvo por aquí —me informa el jardinero—. El saco de cal viva no estaba justo donde lo dejé, estaba cerca. No sé cómo decirle, usted que es policía lo entenderá, eso que uno entra y algo le dice que antes estuvo alguien que no tenía por qué. De esto me ocupo solo.

—¿Y el ayudante del veterinario?

Se encoge de hombros.

Le doy las gracias y ya estoy llamando a la Científica. Hay que sacar huellas de todo el cobertizo, y las del jardinero y el ayudante para descartar, la mente me funciona a toda prisa. Ya escucho en mi cabeza las palabras de Iturri: «¿Qué indicios tienes?». Es raro, es una maldita pista que seguir en esta locura, una posibilidad, un caballo, una niña, juntos. Cuelgo. Le pido a María del Ser que termine de enseñarme el cementerio. Me guía hasta donde descansan las reinas absolutas, ellas, las yeguas. Nos abrimos paso entre macizos de rosas, varas de lirio, este jardinero por lo visto solo trabaja cuidando el cementerio, es un auténtico festín para la vista, las esculturas de yeguas melancólicas desvaneciéndose; para el olfato, huele a una santidad obscena, dulce, a las rosas que trepan por las guías de hierro. «Judith, Magdalena, Esther», pasamos varias lápidas en el

suelo hasta llegar a Jezabel. La tumba está sellada por un mármol rosado. «Es una tumba hermosa, delicada —pienso—, casi infantil», y me estremezco.

Media hora después, regreso a la casa. No tengo ganas de ponerme de nuevo delante de Estela, pero debo hacerlo. Necesito su permiso para abrir dos tumbas. La antigua de Jezabel y la tierna de Sansón. Apenas me quedaba ya luz y no he podido investigar la salida del túnel que comunica un jardín con otro, aunque está cerca del cementerio, según los planos. Son las únicas pistas que tengo decentes, quizá indicios sin más, casualidades. Los años me han enseñado que hay que seguirlas, y mi instinto de rui señor, que se ha puesto a trinar ante ellas, me guste o no.

—¿Un cementerio de caballos? Eso no es legal, la gente no puede montar un puto cementerio de caballos donde le viene en gana. —Iturri se suena la nariz, tiene una alergia que le está convirtiendo en una especie de hortaliza.

Sabía que iba a reaccionar así, no la quiero cagar con las pruebas si encuentro algo, luego me joden los abogaditos y jueces. Necesito hacerlo como debe ser, con las manitas de miel de la Científica. Y para eso Iturri debe decir «adelante» en este asunto rocambolesco. Eso o cojo una pala y me pongo yo mismo a cavar una noche en la tumba de Sansón, y le meto los indicios por una fosa nasal.

—Qué coño nos importa si es legal o no para este caso —respondo—. Le he dado mi palabra a la propietaria de que se lo dejaremos tal cual, y que luego ignoraríamos su existencia.

Me ha costado trabajo convencer a Estela de que nos diera permiso para lo que pretendo. Jamás me lo hubiera concedido, me hubiera echado con una patada en el culo de su casa y feliz de hacerlo, pero la he visto encenderse en un escalofrío ante la idea de que sus caballos no estén solos. La he amenazado levemente con investigar si es acorde a la ley el *tinglao* mortuorio de su jardín, aunque ha dado el sí por otro motivo: si es posible curar la herida de sus amadas Melgar, darle la paz a Blanca, ella colaborará. El no saber es lo que destroza el alma.

—Es una oportunidad única, una tumba fresca, ilegal, donde nadie va a mirar, el olfato de los perros no lo detecta con un cadáver de caballo —le explico a Iturri.

—¿Y quién diablos es el asesino?

—Eso no lo sé aún. He de poner en claro mis notas.

—¿Quién estaba en las dos desapariciones?, ¿quién sabía que habían muerto los caballos?

«¿Hay un nexo común en los dos casos? ¿El mismo autor?», me pregunto.

—¿Por qué callas? —Iturri insiste—. La tía buena, la madre. Se carga al padre y a las hijas. Toda la herencia para ella, averigua su situación financiera.

—Y la propietaria del cementerio —añado.

—Cómo coño consigo yo una orden para exhumar a un caballo sin pruebas.

—No digas gilipolleces, Iturri, no vamos a exhumar ningún caballo, ¿o sí?

—Llévate a dos de la Científica de confianza. Que sean exquisitos. Si encuentras los cadáveres, bingo. Si no, aquí no ha pasado nada. Y por lo que más quieras, que no se filtre a la prensa.

—Gracias. —Tengo la sangre que echa fuego y el ruiseñor que me atruena.

—Y tráeme un maldito asesino —oigo a Iturri a lo lejos seguido de una descarga de mocos.

RICARDO

30 de abril, 7:33 horas

Seis días después de la desaparición

Esta noche he soñado con mamá. Mamá postrada en su butaca de cretona, expuesta a la raquíptica luz de la tarde que entraba por un ventanuco de la casa del pueblo, y a la que una de mis tías, la urraca viuda, la acercaba con la esperanza de que le diera el sol. Había sido ese uno de los castigos de tu vida, madre, vivir en casas lúgubres, que quizá no despreciabas porque la vida no te había permitido conocer otra cosa. Así te he visto en mi sueño, igual que la última vez. La baba colgando por el lado izquierdo paralizado, mientras caía en lentas gotas sobre la cretona, dejando una mancha de tu indignidad. En el sueño, de pronto te despertabas del letargo imbécil y me abofeteabas una mejilla, solo lo habías hecho en vida el día que pillé a Eduardo fisgando en mis fotos y la emprendí con él a patadas. Siempre me lo habías perdonado todo, siempre, hasta que me pareciera a ese hombre que te había engañado, y a Eduardo también, he de decir, no uno sino dos hijos con el reflejo del mayor error de tu vida. Después de la bofetada, te sentaste de nuevo, como si nada hubiera sucedido. Y yo te limpiaba el hilo de baba con un pañuelo, y te decía: «Adiós, adiós». «¿Por qué este sueño hoy?», me pregunto. Han desenterrado a tu padre, Blanca, por qué lo has hecho, querida, sin consultármelo; he tenido que enfadarme. No has confiado en mí. ¿Por qué remover el pasado? Llevar a la Policía a esos túneles que son la matriz y los intestinos de tu propia familia, y por los que yo aprendí a transitar, porque había de poseer todo cuanto formaba parte de ti, querida, porque tú eres yo y yo soy tú. Te seguía cuando ibas a la entrada con la boca de hierro, y te quedabas pensativa durante un buen rato, no tendrías más de dieciséis años. Eras melancólica y vital a partes iguales y me volvías loco. Separarme de ti fue una de las decisiones más

difíciles que tuve que tomar en mi vida, casi tanto como la despedida de mamá. Debía poner tierra de por medio después de que descubrieras de esa forma tan pueril que era el hijo de Avelina y que te lo había ocultado. El rencor a Eduardo me estaba matando. No podía seguir viviendo con él en aquel cuchitril de retales, o una noche le hubiera reventado porque el rencor es una alimaña y no había espacio para los dos donde habíamos crecido. Nada había de saber él de mí hasta que yo lo dispusiera. Ni tú tampoco, amor mío. De alguna forma, también habías de pagar. Tenía que reconstruirme para ser alguien distinto ante ti y para castigarle a él. Ese muchacho ridículo en quien me convertí en el restaurante, ese muchacho que se ahogaba en oleadas de cólera ante la irrupción inesperada de su verdad y el destrozo de cuanto había creado con el objetivo de ser digno de ti, me inutilizó para seguir nuestra relación. Me sentía herido por tu risa, me sentía herido, y herirte era una forma más de amarte. Con él me equivoqué, mi castigo no fue más que darle una oportunidad para que me tomara la delantera contigo, y lo hizo bien, pero lo ha pagado caro.

Solo a la urraca viuda le escribí después de llegar a Ciudad de México para proporcionarle un apartado de correos donde podría darme noticias sobre el estado de salud de mi madre. Le rogué que nada le dijera a Eduardo. Ella se resistió al principio, no lo comprendía, pero logré que aceptara cuando le propuse enviarle dinero de forma regular para que pudiera tener mejor atendida a mamá e incluso para que hiciera alguna reforma en la casa que se caía de vieja como ella. Aún estaba resentida con Eduardo porque le había roto el tren de su difunto marido; Eduardo lo negó, pero el tren quedó hecho pedazos después de que él lo descuidara al borde de la mesa para atender a sus amigos cazarranas que venían a buscarle, me bastó con un leve empujón para que sus ruedas perfectas lo precipitaran al suelo. Creo que fue una de las veces que más he llorado durante mi infancia, aquella tarde, recogiendo con veneración sus desperfectos mientras sentía, por fin, entre las yemas de mis dedos, el frío del metal aunque estuviera herido.

Ciudad de México se presentó ante mí como un monstruo que podía tragarme. Odiaba a cada ser con el que me cruzaba, odiaba pasear, comer, leer, estudiar. Cada acto que me recordaba que estaba vivo y lejos de ti, más aún, cada acto que cometía cualquier ser vivo que me rodeara, una

simple sonrisa de un camarero al servirme un café, me hacía aborrecerle y aborrecerme. La ciudad era una maraña gris de calles infinitas aunque las alumbrara el sol, un territorio hostil a mis sentimientos donde debía encontrar mi nueva identidad. ¿Pero cómo? La sangre, Blanca, fue la sangre y el dolor físico lo que me dio las fuerzas para volver a empezar. Una tarde me encaré con unos tipos que no me habían cedido el paso al salir por la puerta de un cine. Me dieron una paliza que me mantuvo en cama tres días, echando sangre por la boca en el cuchitril de pensión que había alquilado, miserable y empapado en mis propios fluidos, no podía caer más bajo. Me negué a ir al hospital porque sentí que de alguna manera me había muerto. Cuando tuve fuerzas para ponerme en pie, para lavar la sangre seca que había sido la costra de mi dolor, busqué un gimnasio de boxeo donde resucitar y reconstruirme. Qué buena es la lucha para el desahogo. La rabia y el amor son los motores del mundo, pensaba mientras molía a golpes el saco colgado de un techo mugriento. Mi experiencia como semiprofesional en España me sirvió para que pronto me surgieran los primeros combates. Lo que me permitió pagar las facturas de la facultad, de la nueva pensión y el soborno a la urraca viuda. Yo me tenía que vengar de Eduardo, y tenía que amarte más, te hallabas en cada fibra de la ciudad, en la sangre de los hombres que noqueaba en el ring, en cada neón de restaurante y en cada avenida con hileras de coches que se me hacían insoportables.

«Nosotros, amor mío, estábamos destinados», pienso mientras admiro la forma en que te desperezas en la cama del sopor de los barbitúricos. Eduardo era como el resto que vive sin pasión, de una forma anodina, sin profundidad. Tu dolor siempre lo llevé conmigo, Blanca, y ahora quiero liberarte de la culpa que escondes, la culpa que tú y yo sabemos que está ahí. Quizá por eso acudiste al inspector y le revelaste lo de tu padre, pero debiste venir primero a mí. Primero a mí, que sabes que soy capaz de lo que tú me pidas, así te lo dije en una de las madrugadas en las que el sol nos encontraba charlando en tu coche. Lo que sea por ti, y tú lo sabías.

AURORA

27 de abril, 01:13 horas.

Tres días después de la desaparición

No soporto cuando ellos fingen que no pasa nada y en realidad está pasando todo. Ten valor y di lo que tienes que decir.

Me despierto en mi cama, mamá me dio un calmante para la pierna. Me he despellejado parte de la escayola, ahora me tocará ir al médico a Madrid, y será para mamá otra oportunidad de convencerme para que regrese a la psicóloga. Antes de acostarme comprobé que la cámara de vídeo no se había roto al golpearse contra el suelo del túnel. Si se hubiera estropeado hubiera sido como si me arrancaran de nuevo a papá.

Mamá entra en la habitación.

—Me has asustado —me dice sentándose en la cama. Me acaricia el brazo que tengo sobre la sábana—. Si Clara está en los túneles, la vamos a encontrar, te lo aseguro.

Se le humedecen los ojos. Le huele a whisky el aliento y lo odio. Así le olía a veces a mi abuela.

—Los túneles son peligrosos. —Ahora me aparta un mechón de la frente. Lleva una camisa blanca con unas cintas rojas entre la tela. No puedo dejar de mirarlas.

—¿Por qué hemos de pasar por esto de nuevo? —Esconde el rostro entre las manos—. Al menos la primera vez eras una niña y no sufrías como ahora. No lo soporto. Mis hijas... No puedo volver a empezar... Traer más hijos al mundo.

—¿Y si se la ha llevado él como a Alba? El cuento de la abuela Rosa.

—Cuando todo termine nos marcharemos de aquí para siempre.

Mamá cierra los ojos. Siento una rabia que me hace apretar los dientes.

—Vete a tomarte otro whisky.

Mamá se tapa la boca con una mano. Me duele mirarle el rostro.

—O quizá Ricardo no es suficiente para ti, te he visto coquetear con Arturo. Tienes que tener a todos los hombres a tu alrededor.

Siento un escozor en la mejilla, mamá me ha abofeteado.

Tengo unas ganas horribles de llamar a Maty y decirle que venga para que me pueda poner a llorar sobre él.

BLANCA

24 de abril, 7:05 horas
Día de la desaparición

Me he despertado con la cabeza embotada, pero estoy dispuesta a hacerlo. La boca aún me sabe al whisky que anoche bebí con Arturo, y ya qué importa. Tengo hora a las 10:30 en la clínica. Ricardo se acaba de despertar. Se sienta en la cama y me mira a los ojos. Creo que lo sabe, sus labios dibujan una sonrisa sarcástica. Abro el armario para buscar cualquier prenda que ponerme. Anoche me hirió, sé que esa no es justificación para lo que hice, ni para lo que voy a hacer, pero lo necesitaba, lo necesitaba. Beber y dormir en el lecho donde se vive en los sueños, aunque siempre hay alguien que nos despierta.

—¿De qué murió tu madre, Blanca? —me preguntó anoche cuando estaba acurrucada en su regazo.

—¿A qué viene eso ahora? Lo sabes.

—Era con mi hermano con quien estabas casada cuando se ahogó en la piscina, ¿nos confundes?

—No quiero hablar de esto ahora.

—¿Nunca has pensado si tu madre sufría también la enfermedad de tu abuela? ¿Si en vez de ahogarse en la piscina por un corte de digestión, se suicidó?

Me fui al otro extremo de la cama y le di la espalda.

—Si tú llegas a heredarla, la locura, me refiero, yo te cuidaré, quiero que lo sepas. No dejaré que te hagas daño, o a las niñas.

—Si empiezo a volverme loca, no te preocupes, que te darás cuenta.

—Quizá ya lo estés.

Me fui del dormitorio y encontré a Arturo en el salón. ¿Aprendí de mamá a ahogar las penas en whisky?

Elijo para ir a la clínica unos pantalones vaqueros, un jersey verde, zapatillas de deporte. Ricardo, continúas mirándome mientras te desperezas. Me pregunto si te quiero, por primera vez me atrevo a preguntármelo. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Voy al cuarto de baño y me meto bajo la ducha. Todo comenzó de nuevo cuando murió tu madre. Que esa pobre modista se fuera al otro mundo la liberó, llevaba varios años fuera de este.

Eso pensé para aliviar la culpa, porque su fallecimiento lo viví como una oportunidad de encontrarte, Ricardo. Dejo que el agua resbale por la espalda. Solo pensé en ti cuando supe la noticia, y consolé a Eduardo de su dolor mientras tu rostro volvía a mí una y otra vez, como vuelve ahora. ¿Llegarías a enterarte? ¿Vendrías al entierro? Por Dios santo, ¿estabas vivo? ¿Y dónde? Sí, te quiero, te quiero. Me enjabono los muslos, pero me duele vivir contigo. «No puedo enfrentarme a ti, voy a la clínica, recupero el control de mi vida», me digo.

—Blanca —me llamas. Amo tu voz.

Abro más el agua caliente y dejo que me quemé la piel hasta doler. Te esperé en el velatorio que se organizó por tu madre en un pueblo cercano y no apareciste. A tu hermano le consumía tu ausencia en ese momento de duelo. Eduardo, no he tenido tiempo de llorar por él, mi marido, el padre de mis hijas. Meto la cabeza bajo la ducha para que me caigan por el rostro los chorreones de lágrimas. Las que él lloraba por su madre. Recuerdo que una de tus tías, la mayor, durante la misa que se celebró antes de partir para el cementerio, cuando fue a darle la paz, le dijo una sola palabra que luego él me repitió a la salida: «Vendrá».

Fue en el cementerio. Había fallecido un día de noviembre, ese mes de los muertos, antes de que el ataúd se internara en la fosa, vi tu silueta dibujarse entre las cruces de piedra. Solitaria, siempre fue así. Eras tú. Sentía tus pasos sobre la tierra húmeda dentro de mi estómago, acercándose a mí. Como los siento ahora acercándose al cuarto de baño. Llevabas un abrigo negro, largo, que te daba bajo las nubes gruesas la forma de un espectro. El pelo a merced del viento. ¿De dónde salías?, ¿de mis propios sueños o eras real? Caminaste despacio hacia la sepultura y todo quedó paralizado, los pocos asistentes al entierro dejaron de prestar atención al descenso del ataúd para mirarte, que regresabas quizá de tu

propia muerte. Eduardo comenzó a llorar, fue hasta ti y te abrazó. Hundió la cabeza en la lana de tu abrigo, y te vi tomarle entre tus brazos, apretarle contra ti, mientras tu mirada se fijaba en la mía. Juntos llegasteis hasta donde me encontraba, al borde de la tumba, y formamos un bloque, Eduardo cogido de tu brazo y del mío, él en medio de los dos, suficiente para que me llegara tu perfume, tu presencia. Estás aquí. Mirándome a través del espejo del cuarto de baño. Las paladas de tierra sobre el ataúd eran paladas sobre mi corazón, quería enterrarlo para que no se me saliera del pecho, pero se produjo el efecto contrario, esa granizada sobre la madera desenterraba lo que había tenido que ocultar durante el matrimonio con tu hermano, mis sentimientos por ti. Abres un cajón, vas a afeitarte. Te llevo dentro, percibo cada movimiento tuyo en mi piel, aunque tengo los ojos cerrados. Y solo veo negro, el negro del luto de pueblo que se disolvió en minúsculos grupos de pésame cuando los enterradores hicieron su trabajo. Nuestro bloque se rompió, y sentí el tacto de tu mano en la mía, con la piel gélida de noviembre, bastó un roce para quemarme. Abro el agua fría y dejo que me estremezca. Evitaba tus ojos tanto como los buscaba. Tenías esa mirada de halcón que me hacía temblar, esa mirada fija que me desconcertaba y me seducía sin necesidad siquiera de que despegaras los labios. Tu mirada en el espejo del baño, el rostro con espuma de afeitar, la cuchilla en la otra mano.

«Debería matarte por haberme tenido sin noticias estos años, aunque me alegro tanto de que hayas venido —te dijo Eduardo, y volvió a abrazarte. Luego se volvió hacia mí—. ¿Recuerdas a Blanca? No sé si sabes que nos casamos y tenemos dos niñas, tus sobrinas. Estoy deseando que las conozcas. Aurora y Alba.»

«Enhorabuena», me dijiste, y fueron tus labios los que sentí en la mejilla.

Te veo rasurar ahora una de las tuyas, la espuma te dejará ese olor que adoro besar. Que adoraba. «El hechizo se ha roto», me repito.

Caminamos juntos hasta la salida del cementerio.

«Mamá no sufrió, fue un infarto cerebral —te contaba Eduardo—. Estuvo unos días en coma, ya sedada. ¿Y tú?»

«Terminé Arquitectura en México. Luego encontré trabajo y me quedé.»

«Nunca he logrado entenderte del todo, hermano, nunca. Has sido y eres para mí un misterio. ¿Acaso no pudiste escribir? Blanca y yo

estuvimos muy preocupados.»

Me miraste de nuevo. Me miras, hoy callas, ese día respondiste:
«Veó que os unió mi búsqueda, me alegro».

Hube de esperar el regreso a Madrid para encontrarnos a solas, a solas tú y yo como estamos ahora, en el baño, tengo la sensación de que nos retamos en duelo. Eduardo te invitó a que vinieras a casa a conocer a las niñas y a mi madre, que se había quedado con ellas durante el sepelio. Te excusaste con el cansancio de un viaje tan largo desde México, y te instalaste en el apartamento de la calle Raimundo Fernández Villaverde. Conseguí tu número de móvil, se lo habías dado a Eduardo, y una noche me levanté de madrugada, una ladrona para robarle a su marido lo que también le pertenecía. Te escribí a la mañana siguiente: «Quiero ir a verte». No me respondiste hasta la noche, ocho horas adolescentes pendiente de mi teléfono, anhelando el mensaje de un primer amor escurridizo, y eso eras. Eso eres, aunque llevo toda mi vida contigo dentro. Me enjabono el pelo, lo aclaro, tú aclaras tus mejillas de la espuma. Estás listo para este día que no habré de olvidar. Tu mensaje fue parco en palabras, siempre las tuvimos y siempre nos sobraron, con mirarnos se construía el universo donde queríamos vivir. Ese universo que ha estallado en un *big bang* más que para crear vida, muerte. Me paso la mano por el vientre.

—¿Te queda mucho para terminar? —me preguntas.

—Ya casi —respondo.

Me da miedo salir de la ducha, quiero quedarme bajo el agua. No deseo ir a ninguna parte. Sin embargo, aquel día fui al hotel donde me citaste, a un hotel cercano a tu casa. Un hotel, me fascinaba y me parecía tan sórdido al mismo tiempo que no lo pude evitar. Volé por la carretera de La Coruña para reunirme contigo, era la mujer que sabe que va a engañar a su marido y abre las alas de la infidelidad para volar más alto. No tenía más que veinticinco años, hoy sé que habría hecho igual. En un hotel de *lobby* austero, en un ascensor donde las rodillas se me doblaban de impaciencia y de temor al encuentro, subí hasta la sexta planta, habitación 613, y allí estabas, con un jersey de cuello vuelto, callado, atractivo, con un lápiz entre los dedos, ¿recuerdas cuando me dibujabas a carboncillo y yo solo esperaba que te acercases a besarme? Se cerró la puerta, la habitación se llenó de ti. Me unto mascarilla en el cabello, el cuarto de baño eres tú. Te acercaste sin que pudiera plantearte ni una sola de las

preguntas y reproches que tanto me habían atormentado. Extendí un brazo hacia tu pecho para alejarte.

«Blanca», dijiste.

Estás desnudo y entras en la ducha. Hoy también extendo el brazo:

—Vete.

—Blanca.

Me abrazas, me abrazaste, me besas, nos besamos.

«Ahora eres la mujer de mi hermano», dijiste entonces, y me separaste de ti.

Hoy no lo haces, al contrario, hoy soy tu mujer e intentas acercarte. Huyo de la ducha, me envuelvo en una toalla y cierro la puerta del baño de un golpe. Ahora no puedo bajar en aquel ascensor de hotel con el sabor a ti que tenía, que tengo, ni regresar a esta casa a 160 kilómetros por hora para sacarte de mi cabeza. Estás aquí conmigo. Tres días después de la cita en el hotel, recibí un mensaje: «Quiero verte en tu casa, a solas». En este lugar que has hecho tuyo, que llevas dentro, parece que has crecido también en él. Sales del baño, entras en el dormitorio. Desnudo, vienes a por mí. ¿Qué habría pasado si Eduardo no me hubiera hecho caso? ¿Si no se hubiera ido al pueblo con las niñas para alegrar a tus tías tras la muerte de su hermana? ¿Si no me hubiera librado también de mamá? Venías a por mí, vienes a por mí. Me envuelvo más en la toalla. Me la quitas con brusquedad.

—Tengo prisa, llego tarde al colegio y a la guardería —te digo.

Me acaricias el rostro. Me acariciaste el rostro, en el hotel no tenía prisa, ni una cita en la clínica para dejar por el camino todo aquello que nos une, ¿extirpan corazones? Acepté el reto de la cita y subimos a la estancia secreta del torreón. Te gustaba el cuento familiar, te gusta el cuento familiar, me tumbaste en el lecho de la princesa, me tumbas en la cama, me quitaste la ropa, me quitas la toalla.

—Llego tarde —insisto.

Antes de levantarme te huelo, te saboreo, me meto dentro de tu piel, te bebo, te bebí aquella noche y el día que vino después, en el lecho de la princesa del cuento, en mi propia cama, que es la nuestra ahora. De qué manera convertirme en ti, porque el sexo no me basta para saciar el deseo de tenerte.

ROGER

24 de abril, 22:15 horas
Día de la desaparición

Miro a Aurora e imagino que la niña que no encontré será igual que ella, o sería. Dos criaturas con esos ojos en el mundo asusta. Sabe que fui yo quien se encargó de investigar la desaparición de su hermana gemela; aun así, solo me mira. Ya me ha explicado que no vio ni oyó nada, ensayaba *Hamlet* con su amigo Maty. Tendré que ir a casa del muchacho para hablar con él. Pura rutina, espero.

—Si no la encuentra esta vez, ¿qué vamos a hacer? —me pregunta.

Respiro hondo.

—Procuraré encontrarla.

Tiene una cámara de vídeo colgada en bandolera.

—¿Qué grabas? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Sobre todo a mamá.

—A ella le hará ilusión —comento.

—Me gusta hacerlo cuando no se da cuenta. Cuando está con su nuevo marido.

ON: Blanca en la cocina junto al tal Arturo. Él bate huevos, ella mezcla carne picada con leche y pan rallado. Hablan. Ríen juntos. *Zoom* hacia el lado opuesto. Desde el quicio de la puerta los espía Ricardo. El sonido es como el de una vieja carta de ajuste. OFF.

«El rostro de Ricardo. La mirada de sus ojos negros me ha recordado a la de un depredador», pienso mientras Aurora apaga la cámara y me sonrío.

RICARDO

24 de abril, 14:30 horas
Día de la desaparición

Blanca ha regresado a casa vacía, vacía. Es una cáscara de nuez. Esta mañana he revisado todos sus bolsos, sus cajones, su ropa, y he encontrado lo que buscaba, sabía que me ocultaba algo. Bajo el papel blanco que cubre el fondo del cajón de su ropa interior, he hallado una hoja con el logo de una clínica en la que se enumeran unas recomendaciones para antes y después de un aborto. Con un bolígrafo azul, habían escrito el nombre de Blanca y una fecha: la de hoy a las 10:30. No tengo palabras para expresar la rabia. Todo se desmorona. Entra en la habitación, trae ya los ojos con el sopor del barbitúrico o de la droga que le habrán dado las enfermeras. Quiere dormir, quiere olvidar, me encargaré de que esto último no pueda hacerlo.

—¿Qué has hecho? —le pregunto.

Se está quitando los pantalones y me da la espalda.

—Un recado en Madrid y recoger a Clara de la guardería.

—Solo sirves para seducir hombres y luego destrozarlos, es lo que hiciste con tu padre. Tu madre lo sabía, le destrozaste su matrimonio, como has hecho con el nuestro. Destruir, destruir mientras devoras todo hombre que se te acerca. ¿Crees que no sé lo que has hecho?

—¡No quiero escucharte más! ¡Ojalá tu hermano siguiera vivo! —chilla.

Levanto la mano y me detengo a tiempo. No puedo herirla así.

—Haberlo pensado antes —le reprocho.

Se mete en la cama y se arropa. Cierra los ojos.

Me echo a su lado. Siento su cuerpo tenso, hasta que poco a poco el cóctel de barbitúricos hace efecto y se duerme.

Me muerdo los nudillos, voy al baño, envuelvo una toalla en ellos y golpeo la pared, la golpeo como a aquel saco del gimnasio de boxeo mexicano. Luego río, la vida, mi vida, se desbarata. Me asomo por la ventana y veo el torreón, Blanca, nos veo en el lecho donde hicimos el amor, borrachos de nuestro placer. Las velas por el suelo, la botella de vino, tú desnuda por primera vez entre mis brazos, solo mía, solo para mí. Blanca, lo has estropeado todo, lo has destruido, por qué.

Recuerdo nuestro paseo a la mañana siguiente por el jardín donde yo, furtivo durante tantos años, había estado adorándote. No soportaba pensar que le pertenecías a Eduardo. Él no se preparó para ponerse ante ti y le aceptaste, al hijo de Avelina, sin más, y disfrutaba de todo. Te pedí que me enseñaras la casa, necesitaba transitar por ella a tu lado, sentirla también mía. Me detuve unos segundos antes de traspasar el umbral, y vi botas de agua con nombres escritos, de mayor a menor: «Eduardo, Blanca, Aurora, Alba». Cerré los puños con fuerza. En el recibidor presentí el olor de Eduardo, una peste que había dejado en cada uno de los rincones, un perro que había meado para marcar su territorio. Su portátil abierto en la mesa del comedor, una gorra de cuadros sobre un sofá. «He de recuperar lo que es mío —me dije—. Eduardo se interpuso en lo que había planeado durante ocho años, mi propio hermano.» Inventaste excusas estúpidas para no enseñarme el piso de arriba, donde están los dormitorios, yo te tomé de la cintura con dulzura, te besé el cabello e insistí, insistí. «Quiero ver el cuarto de mis sobrinas», te dije, así que subimos una planta más. En la escalera, un cuadro de la mujer que se convertía en árbol seco tras el biombo de mi madre: Rosa; la habitación con las paredes de elefantitos, una foto de cada criatura sobre las camas, exactas, «Han heredado el cabello negro del hijo de puta de su abuelo, un desconocido que deja un reguero de semillas sin merecerlo». «Son lindas mis sobrinas», te comenté. Te sentías incómoda. Me dabas una explicación bastante obvia de para lo que servía cada cuarto, mientras yo memorizaba la distribución, quién ocupaba cada una de las habitaciones, hasta que llegamos a tu dormitorio y te quedaste quieta en la entrada. Yo no me detuve. Vi el dosel, la cama donde dormías con Eduardo, él se apropió de todo. Yo me quedé con la casa de Raimundo Fernández Villaverde, la quería para mí, el templo donde todo lo nuestro había comenzado, Blanca. Memorice los

pasillos como si fuera a hacer una reforma de tu casa y dibujé el plano en mi cabeza. Cada una de las ventanas y su cerrajería, la escalera, sus crujidos. No sabías qué inventarte para marcharnos, para que no me sintiera incómodo con la foto de vuestra boda sobre un velador, para que no pisara algún juguete de las niñas que hablase de vuestra vida en familia y de tu culpabilidad.

—¿Te gustaría que te enseñara los túneles del cuento por donde transitaba la princesa? Son las galerías de unas minas de hierro, en realidad.

Te dije que sí. Escenificar el cuento juntos, tu cuento, el que me contaste por primera vez en una de las madrugadas de confidencias en tu coche. Me hiciste esperar unos segundos en el descansillo del segundo piso, y regresaste de la habitación de tu madre con un plano.

—Así no nos perderemos. ¿No tendrás miedo del guardián del infierno? —bromeaste.

—Temo más a la princesa.

Me fascinan los planos; cuando estabas despistada, le hice fotos. Luego recorrimos los túneles oscuros, misteriosos, jugamos a que venía el guardián, y descubrimos una galería que comunica con la casa de la vecina.

—Mamá y Estela pasaban de una casa a la otra sin que nadie las viera. Creo que las primeras experiencias de mi madre fueron lésbicas y en estos túneles; mamá, tan tradicional para lo que le venía bien.

Las imagino jóvenes al encuentro de una pasión prohibida, como nosotros. En el plano busqué el camino hacia la casa de Estela.

—No hemos encontrado al guardián del infierno, pero sí el nido de amor de tu madre y su amiga —te dije.

Había una mesita y dos sillitas, con sus tazas de té desportilladas, y un jergón con una colchita de flores donde debían tumbarse, juguetes, saltadores, revistas juveniles, papeles de chicles, todo bajo la capa descolorida del tiempo.

Continuamos caminando bajo la luz de una linterna hasta llegar a la salida del túnel en casa de Estela. Era un lugar fascinante. Decidí regresar e investigarlo a solas con la tranquilidad que merecía. Qué útil me fue para lo que planeé después, Blanca, y el cementerio de caballos que me explicaste fascinada. Un jardín de estilo francés, donde caballos de piedra y mármol reposan entre caminos de boj y pequeños laberintos de nardos y

rosas. Serpenteamos entre las tumbas. Hacía sol a pesar de noviembre y de que mamá había muerto, y te besé, te besé y reías, para ti era solo un juego, un cuento que representamos sin más. Te rapté como si fuera el guardián, mi princesa sonámbula, y te arrastré hacia el túnel, profanamos el colchón de tu madre y su pequeña amante, lo hicimos en la oscuridad, solo te faltaba estar dormida, así que te hice cerrar los ojos de placer, quería que soñaras y despertases entre mis brazos. De regreso a la casa, me contaste que una de tus hijas había heredado el sonambulismo de la familia, Aurora, y que la encerrabas con llave cada noche para que no se cayese por la escalera. Otra princesa que tomaba el relevo.

Por la noche, preparé burritos al más puro estilo mexicano en la cocina y te canté rancheras con mi mala voz mientras bebíamos nuestro tequila. Esta vez nos acostamos en tu dormitorio, estabas borracha, bajo el dosel de aquella tela de la primera camisita que te hizo mi madre. No tardaste en dormirte apretada a mí. Estaba tan excitado que no pegué ojo, no por el sexo, que también, sino por lo que ya planeaba mi cabeza. Revisé los cajones de las mesillas, distinguía por el contenido en qué parte dormía mi hermano y en cuál tú. Eduardo era desordenado: cerillas, tarjetas de discotecas; tú más organizada: unos anillos y una llave, la llave de la habitación de la niña. La sostuve en la mano y me levanté a comprobarlo, así era.

Amaneció y dormías en mi regazo. Supe que era eso lo que quería, lo que había de conseguir a cualquier precio.

—He de regresar a México pronto —te dije al despertar—, a no ser que haya otros planes.

—¿Divorciarme de Eduardo? —me preguntaste aún medio dormida.

—¿Le quieres?

—Es el padre de mis hijas, un buen chico. Nuestro matrimonio es distinto a lo que hay entre nosotros, no tuvimos más remedio después de que me quedara embarazada de repente.

—¿Te gustaría que fuera yo quien durmiera en esta cama y cuidara de las niñas?

—Sé que puedo divorciarme, aunque mamá se lo tomaría muy mal. Me preocupan mis hijas, que sufran, ya con tres años se dan cuenta.

—¿Y si no te divorcias? —te dije.

—¿Ser amantes?

—O no, amor mío, otra cosa. Haría por ti lo que me pidieras, mi vida eres tú.

Callaste, Blanca. Nos abrazamos, cómplices. Así lo viví.

Sin embargo, a los pocos días de nuestra aventura, te presentaste en el hotel y tuvimos una charla imbécil, tópica.

—No puedo hacerlo por las niñas, dame tiempo —me dijiste.

—Yo no voy a ser solo tu amante. Lo quiero todo —te contesté; lo quería todo, Blanca.

Tomé una decisión: si tú no me lo dabas, tomarlo por mi mano hasta que te dieras cuenta de que era lo mejor.

Me rechazaste esa vez, Blanca, por una vida de botas de agua en fila como en ese estúpido cuento de los tres ositos. Te dije que regresaba a México, sin embargo me quedé unas semanas más. Tenía que espiarte de nuevo en tu casa, como en los viejos tiempos, tenía que ver qué te retenía, qué te apartaba de mí, y urdir un cuento perfecto con lo que había descubierto ese fin de semana. Fueron duras las noches que pasé en aquel jergón del túnel que solo estaba hecho para el amor y no para la soledad. Fue el principio de lo que nos llevó a ahora. Hice lo que tenía que hacer, y regresé a México.

ROGER

5 de mayo, 18:37 horas

Once días después de la desaparición

Estoy acurrucado en el sofá con mi gacela oriental. Ya sé de dónde saca sus saltitos de herbívoro: cuando no está durmiendo o cocinando sus potingues de tugurio de puerto exótico, está delante de la televisión. Le fascina la cantidad de canales entre los que puede elegir, pero lo tiene muy claro, es el de National Geographic el que se lleva la palma, su favorito. Observar al animal salvaje en su hábitat resulta de lo más fascinante. Tener la paciencia de esperar a que haga algún movimiento que delate su conducta. Estamos viendo un documental sobre los leones del Serengueti. Van a comerse a mi gacela de un momento a otro. Auuumm, abro la boca y juego a que le muerdo un pecho, tiene la cabeza encima de mis piernas. Su cuello cálido. La beso. Mientras, oigo la voz del locutor doblada, a veces me gusta oírlo en versión original aunque no comprenda mucho: estos depredadores, decía, pueden pasar días sin comer, únicamente dedicados al amor. Los machos más fuertes pelean por una hembra de la manada, el que vence hace gala de todo su instinto depredador matando a los cachorros del león vencido, no quiere tener la descendencia de otro. «Son peor que la mafia —pienso—. Matemos a los hijos del que maté para que no se venguen.» Mi gacela enrosca su pierna en la mía y toma cuerpo de boa. Exige mi boca. Depredador. El vídeo de Aurora me asalta de pronto en la mente al tiempo que la lengua de mi gacela me llega hasta el esófago. Los ojos negros de Ricardo...

Me paso la mano por el pelo. El macho que pelea con otro por una hembra y vence mata a todos los cachorros del vencido. No se me va de la cabeza. Algo me dice que repase los cuadernos azules, donde tengo las notas antiguas. La boa constrictor me atrapa con una llave de piernas. «No,

later.» «Ahora», dice. Mata a todos los cachorros, siento que el corazón me late más deprisa, tengo las palabras del locutor grabadas a fuego. «*Later, sí*», digo zafándome de ella, o nunca, lo mismo me pegan un tiro, es una fruta oriental que su chulo no se resigna a perder, la está buscando, me ha avisado un compañero de confianza de la comisaría. Estoy viejo, mezclo los asuntos en la cabeza, qué digo, suena la cremallera de los pantalones. El león, esa mirada, la cámara de Aurora, y sí... No puedo pensar, es que en cada caso de esta familia he de tener el instinto obturado por el deseo, he pasado de las perlas a los tangas de bazar. «Basta.» Su mirada, el depredador, mata a los cachorros del rival, intento ponerme en pie, ir a por mis cuadernos de notas azules cuando los pantalones caen al suelo.

BLANCA

6 de mayo, 17:05 horas

Doce días después de la desaparición

Estoy sola en casa. Ricardo tenía que hacer unos recados en Madrid, unas compras de material para trabajar en su proyecto. Echo de menos a Arturo. La situación con él en casa era insostenible, todo se nos ha ido de las manos. Se ha quedado en un hotel del pueblo, al menos una semana, me ha dicho, no quiere alejarse de la casa hasta que aparezca Clara o sepamos algo de ella. Le tenía cariño, la cuidaba de vez en cuando. Me había acostumbrado a tenerle cerca y Aurora también. Creo que le gustaba, ha intimado mucho con ella. Quizá esté con él ahora en el pueblo, aunque me dijo que se iba con el tal Maty, y esa maldita obra de teatro que ha venido a caernos como una desgracia más en la casa. La casa, que está tan sola. Clara, te echo tanto de menos. Entro en su habitación, me tumbo en su cama durante un rato, luego miro el armario que tengo de frente. El armario empotrado, me levanto y lo abro. De pronto me doy cuenta de que en el armario de Clara falta algo, en uno de los estantes hay un pequeño hueco, la bolsa de viaje. Falta la bolsa de viaje guateada de osos azules donde le guardo la ropa para los viajes no demasiado largos. Me pongo a buscar por el resto de los estantes, ¿qué hice con la bolsa? ¿Por qué no está en su sitio? No hemos viajado a ninguna parte en los últimos meses. ¿La habrá usado Aurora? La llamo por teléfono, no me lo coge, le escribo un wasap: «¿Tienes la bolsa de viaje de tu hermana, la de los osos azules?». Mientras responde sigo buscando, me tiemblan las manos, me detengo un momento, necesito tranquilizarme, saco el blíster de barbitúricos del bolsillo, no, quiero estar lúcida, respiro profundamente, extendiendo las manos, como hacía con papá, están limpias, he perdido el juicio, qué me pasa. Vuelvo a buscar en el estante más despacio, las sudaderas en una

torre, y sale algo disparado, lo recojo del suelo, es un AirPods, el AirPods de la oreja izquierda para ser más exacta. Me viene a la cabeza Ricardo, sentado en la cama, nada más despertar de la siesta el día de la desaparición de Clara, minutos antes de que nos diéramos cuenta de que la niña ya no estaba en casa.

—¿Has perdido algo? —le pregunté.

—No encuentro un AirPods.

—Qué raro, tenías los dos cuando te acostaste. Te vi dejarlos sobre la mesilla.

—Son escurridizos, se me habrá caído por debajo de la cama —me respondió sin darle importancia.

«Mío no es —pienso—, porque he hablado ayer con Aurora y no he vuelto a usarlos, ni a mirar en el armario de la habitación de Clara.» Voy al dormitorio, lo compruebo, me llega el wasap de Aurora: «No he cogido esa bolsa, mamá, ¿por qué? ¿Es importante?». *Es importante*, ¿qué le respondo: «No sé si es importante, una bolsa de tela que no está en su sitio y un AirPods en el armario, y Clara que ha desaparecido, ¿es importante?». Tengo ganas de vomitar, una náusea me aborda, una tempestad, ¿qué le respondo a Aurora? Dudo. «¿Mamá?» Veo su mensaje, voy a mi dormitorio, a la mesilla de Ricardo, en el cajón veo la cajita de los AirPods, la abro y falta uno, meto el que he encontrado en la habitación de Clara, clac, encaja como el zapato de cristal en el pie de Cenicienta, el cuento favorito de Clara, vomito en la alfombra, una bilis rosada, un líquido que me sale de las entrañas, un líquido amniótico con la esencia de mis hijas, mis hijas... «¿Mamá? ¿Qué pasa?» Siguen llegando mensajes de Aurora. «Nada —respondo—, todo bien.» Las manos vuelven a temblarme, sostengo la caja de AirPods, se ha encendido la luz naranja, todo está ya correcto, solo falta ponerla a cargar. Cuando Ricardo se acostó junto a mí lo tenía, pienso, al despertar no. En ese intervalo de tiempo desapareció Clara.

¿Quién es Ricardo? Voy a su armario, la orografía de sus camisas, pantalones y jerséis me explota en la cara. Los saco y los voy oliendo, soy un perro que está buscando el rastro de su dueño, que quiere reconocer a su dueño. Algunos huelen a colonia, otros a la humedad del pueblo, otros solo a lana, solo a él, tiro los pantalones al suelo, tiro las chaquetas, rebusco en los bolsillos, qué busco, no lo sé, una respuesta que no hallo, mi cabeza va a estallar, busco algo que me diga quién es, que me ayude a reconocerle.

Arrampo con el cajón de los calzoncillos, es muy meticulado y ordenado, calcetines, cinturones..., ¿qué estoy haciendo? Me llama Ricardo.

—¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Bien.

—¿Has encontrado el AirPod?

Hay un breve silencio.

—Sí, bajo la cama, como te dije, justo hoy —responde sin titubear.

Me viene otra náusea.

—¿Qué ocurre?

—Es que creo que me ha sentado mal la comida, ahora te llamo.

Cuelgo. Voy a la caja del AirPod, saco el auricular izquierdo y lo guardo.

Compruebo de nuevo que tengo los míos, escribo a Aurora: «¿Tienes tus AirPods?». «Sí, ¿qué pasa, mamá? estás muy rara.» «Nada, nada.» «¿Arturo tiene AirPods?», le pregunto. «No —responde— ¿qué quieres, regalarle unos? Flipo contigo, mamá.» No le respondo.

En la cocina encuentro un cuchillo para cortar la carne, lo empuño, voy al estudio de Ricardo y la emprendo a cuchilladas con la cerradura del primero de sus cajones. No encuentro nada importante, en el segundo hay una caja de hierro, una pequeña caja cuya cerradura también hago saltar por los aires, me he cortado en la palma de la mano y sangro, caen gotas sobre la alfombra blanca, voy a la cocina, me ato un paño para detener la hemorragia y regreso. Dentro de la caja de hierro encuentro una lata de galletas, la lata de Eduardo, donde guardaba los recuerdos de su madre, la abro, los retales, el aroma a las sobras de las telas, de los desechos, entre ellos hay un juego de llaves. «La casa de Raimundo Fernández Villaverde», me digo. Las cojo junto con las llaves de mi coche. Y salgo de casa dejando la puerta abierta. «Tengo que regresar antes de que vuelva Aurora para que no se asuste», pienso, pero no me detengo.

Conduzco a 140 por la carretera de La Coruña, en las curvas de Torrelodones se me va el coche, menos mal que las llevo en la sangre y puedo enderezar; me duele la mano, y aún tengo náuseas. El rostro de Ricardo, el rostro de Ricardo mientras me hace el amor, los ojos cerrados, la espalda de Ricardo sentado en la cama: «No encuentro un AirPod». Llego a la casa. Hay un portero en un chiscón como si fuera la concha de un crustáceo, la concha donde el apuntador teatral dice a los actores los textos que se les olvidan, aquí pide información en vez de darla:

—¿Adónde va?

—Al quinto derecha. Soy la mujer de Ricardo Suerga.

—Ah, como siempre viene él solo. No la conocía. Precisamente él acaba de marcharse.

Me mira con recelo y no le culpo. Por un segundo me echo una ojeada. Llevo una mano atada con un trapo de cocina que desprende sangre, y un resto de vómito en el jersey, además del pelo suelto y revuelto.

—Fíjese, es que estamos de obras en la casa nueva, y cómo se pone una, y pierde los nervios.

—Claro, claro.

Va a decirle que he venido, tengo miedo, ¿subo?, ¿me marcho? Ya no se puede hacer nada, se lo va a decir. He metido el cuchillo de cocina en el bolso, lo llevo ahí, siempre se lo puedo clavar al portero en su chiscón, apuñalarle dentro de su concha, qué estoy pensando.

—No le diga que he venido, por favor. Me está preparando una sorpresa y no quiere que me asome por aquí.

Qué tonterías digo, ni siquiera sé si estas llaves son las que abren.

—Usted no tendrá llaves, ¿verdad?

Vuelve a mirarme raro.

—Nooo, aquí eso no se hace, yo estoy solo tres horas y luego me voy. No suelo preguntar, pero la vi... desorientada.

Por fin me lo sacudo de encima. Subo en el ascensor, pruebo las llaves, abren. Empujo la puerta y siento el perfume de mamá a mi lado, su presencia de collares de perlas, su voz: «Esta pobre mujer, le hacemos un favor encargándole ropa, fue tan amable conmigo, vive en un tugurio con dos hijos vete a saber de quién, pero cose divinamente. No creo que acabe bien». La casa huele a la lata, los retales allí siguen, por todas partes, como si no hubiera pasado el tiempo, destartados por el sofá. Miro hacia los lados, me viene a la mente la imagen de Avelina, mi madre detrás del biombo contándole lo desgraciada que la hace papá. Este olor, me doblo en una arcada. Qué busco, qué hago aquí, esto es absurdo. Necesito saber quién es, con quién he estado casada, a quién he estado esperando durante tantos años, a quién he deseado y deseo. Siento el tiempo inmóvil en un momento de mi infancia, se me electrifica la piel. «Necesito saber quién es, sabes quién es, lo has sabido siempre», me repito una y otra vez. Me giro hacia la puerta que custodia el dormitorio de Avelina, el corazón me

golpea con puño de hierro, hay una rendija entreabierta, me levanto despacio del sofá, suena un clac clac, camino despacio hacia ella, según me acerco siento unos ojos, unos ojos oscuros que me observan, siempre lo has sabido, siempre, y has jugado con ello, Blanca, me miran, a través de la rendija, están ahí, tus ojos, Ricardo. Extiendo el brazo y empujo con suavidad la puerta, aguanto la respiración, siempre lo has sabido. La habitación está vacía. Regreso al sofá y me siento para recuperarme, me siento sobre algo, es una bolsa de El Corte Inglés que antes no he visto, una bolsa pequeña de plástico con su logo, la abro, dentro hay una caja de AirPods, está la funda y el auricular derecho, pero falta el izquierdo. Alguien se lo ha llevado, el izquierdo, justo el que yo he encontrado en la habitación de Clara. Encuentro el *ticket*, me fijo en el día y en la hora que los han comprado, son de El Corte Inglés de Castellana, a diez minutos andando de aquí, los han comprado hace unos cuarenta y cinco minutos. Compruebo en mi móvil la hora de la llamada de Ricardo en la que me asegura que ha encontrado su auricular bajo la cama, es de veinte minutos antes de la compra. Se dio prisa en ir a por unos nuevos. ¿Por qué? La bolsa de ositos que falta, el auricular en el lugar de la bolsa, su mentira, qué tonta mentira. ¿Por qué?

Miro de nuevo hacia la puerta y me doy cuenta de que nunca he estado ahí, en el dormitorio de Avelina. Nunca. Me adentro en él. Y aunque no hay nadie, siento que alguien me mira desde todas las paredes de la casa, me estremezco.

Hay una cama de matrimonio que no debe de medir más de 1,35 con una colcha de parches de ganchillo, cuadrantes negros y dentro rosas de diferentes colores. Y una mesa, la mesa donde estudiaba Ricardo. Junto a ella hay unas cajas de cartón bastante grandes apiladas unas sobre otras. La primera está abierta, levanto las solapas y lo veo. Qué es esto, Dios mío, qué es esto.

AURORA

6 de mayo , 21:15 horas

Doce días después de la desaparición

—¡Mamá!

Qué silencio.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Por favor, que no esté Ricardo, odio estar a solas con él, le odio a él.

—¡Mamá!

¿Arturo, por qué has tenido que irte a ese hotel de mierda? Yo sé que no querías abandonarnos a mamá y a mí, sé que Ricardo te pegó, y el tío sabe pegar. Cómo sois los hombres, y todo por mamá, claro, qué raro.

—¡Mamá!

Solo mamá, mamá y mamá, no tiene ni idea de cine, que te enteres, Arturo. Es que me da una rabia que ella me haga venir pronto a casa y luego no esté, que me avise, por lo menos. Y tú en ese hotel, es que nada puede salir bien, Dios mío, es que si pienso en todo... ¿El piso de arriba cruje? No, parece en la cocina.

—¡Holaaa!

Tengo hambre. Me voy a poner el pijama y me como lo que pille, sándwich, claro, desde que Ricardo la hace cocinar no nos echamos al estómago algo decente, era mejor la comida que tomaba en el hospital. Pues mira, voy a escribir a Maty, que venga a buscarme con la moto y que mamá se fastidie. El Burger King del Zaburdón me parece que aún está abierto.

Doy la luz del despacho de Ricardo, me ha parecido verlo revuelto al pasar. Los cajones están abiertos y todo su contenido por el suelo. Saco la cámara de la mochila y me pongo a grabarlo.

Suena de pronto la puerta de la calle, antes de que me dé tiempo a reaccionar tengo a Ricardo frente a mí. Lleva el cuello de la chaqueta subido, es una noche fría. Tira las llaves de su coche sobre la mesa de trabajo y mira alrededor.

RICARDO

6 de abril, 21:33 horas

Doce días después de la desaparición

No me imaginaba tan frágil ante mi propia ira, creí que podría controlar las situaciones con ese temple que me pone los pies en la tierra. Pero el viento se me ha puesto de cara, me cuesta esconder la rabia. No puedo congelar tanto la sonrisa, es mejor que hable con ella, ahora no puedo fallar, no puedo fallar o se desmorona aquello por lo que luché.

—¿Cómo te ha ido el día, Aurora? ¡Estás muy guapa!

Es evidente que ella no ha sido, pero más evidente aún es que aquí ha pasado algo catártico porque incluso la niña se ha dado cuenta.

—¿Y qué es lo que has grabado?

Yo creo que ella, sin saberlo, está relamiéndose en mi herida.

—Y esa pierna, cuándo la vamos a ver sana y bonita.

Por fin empieza a sonreír un poco, solo tengo que seguir ganándomela y hacer tiempo. Este desorden prueba que Blanca ha perdido los nervios, la confianza, ni siquiera ha borrado las huellas.

—Aurora, estoy cansado, muy cansado, hoy me he ido tan rápido que ni siquiera he tenido tiempo de recoger este desastre, estaba buscando unas llaves que no encontré.

Me dice que no sabe nada y la creo, controlo muy bien a Aurora, su miedo es para mí una veleta indicadora de todo.

—¿Y tu madre? Le he escrito para ir a cenar los tres, creo que nos merecemos desconectar un poco, yo lo necesito, he estado muy nervioso últimamente, y luego lo ocurrido con tu hermana.

Tengo que controlarme, quizá me pase de amable y puede sospechar. Echo un vistazo en los cajones y no veo las llaves de casa de mamá, ¿habrá ido Blanca hasta allá? Si así es, necesito tiempo para pensar; a partir de

este instante me temo que un torpe movimiento de una de mis fichas terminará en jaque mate contra mí, y si yo caigo, caemos todos, eso por mis cojones.

—¿Por qué no te cambias para salir a cenar? ¿Por qué no llamas a Maty? Es simpático, nos vendrá muy bien aire nuevo.

Necesito localizar a Blanca, en cuanto escuche su voz sabré qué es lo que sabe y lo que no..., y si no me coge, si no me coge... Necesito pensar dos minutos. Esa llamada de hoy preguntándome por mi AirPod, dónde lo habrá encontrado. Me temo lo peor, lo hice todo muy deprisa, con despecho, improvisado, las siestas no son tan largas como las noches.

—¿No crees que ya has grabado suficiente? Aunque yo proteste de tus hábitos, que sepas que tengo verdadero interés en ver tus tomas, Aurora, seguro que tienes arte en la mirada.

Creo que me he pasado, no se ha comido el piropo. Lo puedo hacer mejor. Me gustaría saber la hora exacta de esta estocada, lo reconozco, si Blanca husmea por mi pasado me puede cazar, hasta hace poco la dominaba bien.

—Me meto una ducha y bajo, Aurora, estate preparada.

Subo a la habitación con esa excusa, he de actuar tranquilo, solo tengo que calzarme el dedal y coser como lo he hecho siempre, con temple, el temple de mi madre y su dedal.

—Te veo en diez minutos, y ponte guapa.

Solo eso, no fallar en mis siguientes puntadas... y todo quedará bien bordado.

AURORA

6 de mayo, 21:33 horas

Doce días después de la desaparición

Me gusta cuando me habla Ricardo y yo le miro a través de la cámara, sé que le toca los huevos, y por eso me encanta. Además, me siento protegida, no necesito gesticular ni ser guay.

—Pues el cole bien, o te cuento, pero, vamos, tirando...

Lo bueno de seguir grabando es que incluso podría responder con monosílabos. Estoy un poco confundida, no sé si busca algo en los cajones o en mi mirada.

—Estoy documentando este destrozo que me recuerda a nuestra familia.

Ja, le ha gustado mucho mi chiste, casi se ríe, pero no le he visto la jeta bien porque le tengo medio de espaldas, de rodillas, rebuscando no sé qué por los cajones y la alfombra. La verdad es que no logro aclararme con lo que ha pasado aquí, si él tenía mucha prisa o es muy torpe. La cámara me lo dirá, a ella no le mientes.

—Pues la pierna yo creo que está esperando algo que no llega..., me tiene harta...

Por fin me mira, y esta vez de frente, está serio, casi diría que tiene miedo.

—Yo también estoy cansada, y mi madre, para variar, *missing*, y seguro que sin batería. Y en cuanto a lo de Maty...

El imbécil de Maty no contesta cuando le necesito, y la verdad es que hoy me vendría muy bien. Cenar con Ricardo y mi madre es cenar en una sala de terapia de pareja, una cena de silencios, casi peor que el espiritismo de Estela. Que conteste ya. Por fin. «Maty, vente para acá y

ahora te cuento. Lo veo todo rojo.» El tío morro seguro que así corre porque cree que de nuevo voy a sus brazos.

—Disculpa, olvido siempre que no te gusta que te grabe. Bueno, lo de artista, deja que no te crea por esta vez.

A mí no me la da tanto con queso.

—Vale, nos vemos en diez minutos. Y mamá, ¿quedaremos con ella en el restaurante?

Se va sin responder, tan simpático cuando quiere y tan pasota cuando le interesa. Creo que mamá tiene más ganas de salir corriendo que yo, su relación no va bien desde que llegamos aquí; papá, nos estamos vengando.

—Yo paso de cambiarme, nadie sabe lo rollo que es estar vistiéndose con una escayola.

Me da pena que no me dejen nunca llevarme la cámara a cenar, «¿A cenar?, pero a cenar ¿por qué?». No entiendo nada, nada, creo que tengo que hablar con mi madre, a ver el móvil. Por fin un wasap: «Arturo irá a buscarte a casa. Aléjate de Ricardo lo más posible». Se me encoge el estómago. Marco a mamá, no lo coge.

—¡Ricardo! —doy un grito—. Te cojo las llaves del coche y te espero dentro.

Si se está duchando, aún tengo algo de tiempo.

BLANCA

25 de abril, 05:30 horas

Un día después de la desaparición

Cuando regresas de buscar a Clara con la Policía hueles a tomillo y a animal salvaje. Estás helado. Te meto en la cama, donde tiemblas entre las sábanas. Me cuentas que les has guiado por los túneles que un día recorrimos, que no hallaste el escondrijo de amor de Estela y de mi madre, al que hoy yo no sabría cómo llegar. Tú tampoco lo recuerdas, me aseguras, y el plano de ella desapareció. En la memoria solo me queda nosotros ese día, pero tampoco sé cómo llegar ya hasta nosotros, a los que éramos, a lo que somos.

—Vamos a encontrar a Clara —me dices.

Son palabras vacías. Así me suenan. Sin significado.

Me abrazas. ¿Está muerto nuestro abrazo? Huelo el final de tu cabello en la nuca. Sudor, tierra.

—Tengo miedo, Ricardo —susurro—. Otra vez la cinta roja enganchada en la valla.

—El cuento —dices.

La princesa sonámbula por los túneles con el tufo del averno. El jergón de los escarceos adolescentes de mi madre, la tumba de mi padre. A él jamás le interesaron los túneles, quizá por eso mamá decidió meterle allí hasta el fin de sus días. A papá solo le interesaban sus negocios, el whisky, tenerme cerca con la ropa bonita que me compraba y que le escondía a mamá, la finca que utilizaba para sus fiestas, lo demás le parecía pura leyenda. Hay que limpiar, limpiar, allanar el camino a la verdad para que ocurran las cosas buenas. Mamá sabrá entenderlo. Ella está en la Almudena, a no ser que Estela la haya arrancado una noche de su tumba para llevársela a su cementerio de caballos, a la zona de las reinas

bíblicas. Cuando se lo pregunto, se ríe. «Cómo se te ocurren esas cosas, ¿me tienes por una profanadora de tumbas? Eres aún más terrible que yo.» Pero hay una lápida de mármol rosa, sin nombre, sobre la que ella se sienta, incluso se tumba a dibujar caballos en un cuaderno con un lápiz que mordisquea. «Saquémoslo todo a la luz, Estela —pienso—. Limpiemos, limpiemos.» Voy a volverme loca, es la locura de las Melgar. Ya está aquí. Tenías razón. La locura es una termita que poco a poco va horadando una galería en el cerebro, otro túnel que conduce también a la muerte. Así es nuestra historia.

—Tú siempre te orientaste mejor que yo, Ricardo, creo que te has rendido demasiado pronto en la búsqueda de Clara —te reprocho.

—Blanca, no es cierto.

—Te has rendido demasiado pronto —insisto.

—Sal tú a buscarla.

Tienes razón, eso he de hacer, perderme en los túneles. Me levanto de la cama y empiezo a desvestirme. No soy una buena madre aquí parada lamentándome. No soy una buena madre para mis hijas, no puedo retenerlas a mi lado. Y me conformo, me conformo, como hizo Eduardo cuando desapareció Alba, y así la matamos del todo.

—Te rendiste como tu hermano —te digo.

—Estás desvariando, Blanca.

—¿Recuerdas aquella carta que me escribiste cuando te enteraste de que había desaparecido Alba?

—En esa época estabas más lúcida que ahora —respondes.

Me bajo los pantalones del pijama. Me los subes y me echas en la cama.

—Llevas un día sin dormir. Acuéstate.

Me acurruco contra ti. «Aquella carta que me escribiste me hizo mucho bien, Ricardo —pienso mientras miro las arrugas de tu cuello como si les hablara a ellas, a los poros de tu piel que se han engrosado con la edad—. Cuando partiste a México después de nuestra conversación en aquel hotel, te creía enfadado porque había decidido seguir con Eduardo. Tantas veces me pregunté por qué lo hice... ¿Por qué no me fui contigo? Las niñas —me digo—, aún estaba Alba.» Pero había algo más, no tuve el valor de sacarlo a la luz. Un pellizco de miedo en mi estómago que se acentuaba cada vez que hablabas de Eduardo. Y te dejé marchar. Después ocurrió lo de Alba. Pensé que te había perdido y recibí esa carta tuya.

Llegué incluso a saberme algunos párrafos de memoria. Me los repetía una y otra vez cuando las noches duraban toda una vida.

Querida Blanca, ya sé que nos despedimos con frialdad después del fin de semana que había estado esperando mucho tiempo, el mejor de mi vida. Me sentí herido, pero no es ahora momento para hablar de nosotros y reprocharte nada. Eduardo me ha llamado para contarme que ha desaparecido vuestra hija Alba hace más de una semana y la Policía no consigue encontrarla. Yo no tengo hijos, aun así no puedo imaginar un dolor mayor que su pérdida. Ten esperanza en encontrarla. No renuncies nunca a ella. Así, de alguna manera, esté donde esté, ella sentirá tu fuerza. Sabes, amor mío, que puedes contar conmigo para cuanto decidas. Alba sigue viva, viva. Mantén la esperanza. No abandones a tu hija. Yo estoy contigo desde el otro lado del océano.

Eduardo acabó perdiéndola. Con el paso de los meses tuvo que darla por muerta para seguir viviendo. No podía esperar más. Aquello nos destrozó, nos separó. El duelo que habíamos iniciado juntos lo continuamos cada uno por su lado. Yo agarrada a la esperanza a la que tú me alentabas, él a la aceptación de los hechos.

—¡Eres un cobarde! —le reprochaba.

—Soy un padre que ya no aguanta más vivir de tus fantasías, de tus cuentos de hadas, Blanca. Se acabó —respondía—. Nuestra hija Alba para mí está muerta. Hemos tenido esa desgracia. Hay que cerrar la herida y salvar a Aurora. Tenemos otra hija que nos necesita. No puede sobrevivir con dos padres alcoholizados e hinchados de pastillas. Con una madre que se corta el dolor en los brazos como un bistec.

—Y tú has muerto para mí —le contesté.

No habíamos encontrado su cuerpecito, ni Roger se atrevía a condenarla, pero él sí, su propio padre. Luego se arrepintió de haber sido tan cruel conmigo. Aunque yo había pasado página y solo pensaba en ti, Ricardo, en aquellas palabras que un día me dijiste sobre tu hermano y que me dieron miedo. Le habría matado cuando me dijo aquello, de la rabia que me mordía por dentro.

Te respondí a la carta ya por *email*, he de reconocer que fue un medio menos romántico, y así continuamos en contacto, hasta que la revista para la que trabajaba me encargó un proyecto de estilismo en la casa de un artista mexicano, acepté y me fui a Ciudad de México, me fui de nuevo a tus brazos, donde me esperabas.

Trabajabas para uno de los mejores estudios de arquitectura y vivías en un departamento luminoso donde hicimos el amor de nuevo. Me salvaste. Estaba muerta desde la desaparición de Alba y tú me devolviste a la vida. Nuestros encuentros una vez al año, a partir de ese día, se convirtieron en un aliciente para seguir adelante. Ciudad de México, Cartagena de Indias, Panamá, saltábamos cada año de una ciudad a otra, pero en todas nos amábamos, Ricardo, en todas. Te abrazo ahora como si estuviéramos lejos, como si nada hubiera sucedido y la lluvia que golpea los cristales no fuese la de esta sierra donde nací, sino lluvia del trópico, y tú me besas.

RICARDO

6 de abril, 21:45 horas

Doce días después de la desaparición

Son cerca de las diez de la noche. Blanca ni está aquí, ni coge el teléfono, ni llama. Es evidente que ha visto en casa de mamá lo que no debía. Toca mover ficha.

Voy a abrir el grifo de la ducha para que se oiga el agua. La suerte está echada, hay dos opciones. Huir a Portugal en coche, y de Portugal a Cabo Verde, y de ahí a Brasil. Con dinero lo puedo conseguir. No tengo mucho tiempo, igual Blanca ya está hablando con Roger. La segunda opción es buscar una manera de hacer lo mismo, pero llevándomela. Por supuesto, qué estupidez, es la única opción, no voy a renunciar a ella. Es mía. O los dos o ninguno. Lo veo difícil, aunque si hemos llegado hasta aquí, tal vez haya una salida. Creo que puedo ser capaz de seducirla para que me siga, eso sí, la necesito aislada, sola. Sin policía ni Aurora, con ellos no lo conseguiré, por lo que he de quitármelos de encima. Aunque Aurora puede ser una moneda de cambio perfecta si llega el caso. Tengo que hacerme con ella. Eso es. La hija puede vivir a cambio de que la princesa se quede con el guardián, se vaya con él en este caso. Sonrío, cómo podría haberlo hecho todo sin ese cuento. Necesito dinero metálico, no puedo pagar con tarjetas. Necesito sacar mucho dinero ahora mismo en el cajero del pueblo. Voy a hacer una transferencia a mi cuenta mexicana. Oigo a Aurora, dice que se va al coche. ¿Ha ocurrido algo? He sido estúpido al dejarla fuera de control y con un teléfono al que puede llamarla su madre. Cierro la ducha y bajo volando al coche. Estoy perdiendo reflejos.

BLANCA

6 de abril, 19:45 horas

Doce días después de la desaparición

Mi vida bajo tus ojos, Ricardo, eso he encontrado. Álbumes, como los que tienen las familias con sus fotografías de viajes, pero eran solo mías. Yo y mil veces yo, repetida desde distintos ángulos, desde distintas perspectivas hasta el hartazgo de mí misma. Yo en la adolescencia..., ¿desde cuándo me espías? Apenas había cumplido los trece. Yo leyendo en el porche, tumbada en la piscina, caminando por el jardín, yo difuminada entre las rosas, yo de cerca, de lejos, dormida, yo con lágrimas, yo en silencio, sonriendo, sonriéndote sin saberlo, ¿hasta dónde hemos llegado, Ricardo?, ¿hasta dónde, amor mío? Yo con papá en el paseo de tilos, papá tocándome la espalda, mamá con sus perlas en aquel cóctel que organizó y al que papá se encargó de que no asistiera nadie. Me siento en la cama con un par de ellos más en mi regazo, quiero detenerme, no puedo. Hojearlos es emprender un viaje hacia la muerte, aunque esta vez sin luz, Ricardo, no veo luz para nosotros al final del túnel, no la veo después de lo que hemos pasado. ¿Qué clase de reportaje es este?, ¿de amor, de locura, de odio? Quizá una combinación de los tres.

Todo lo veías, ahora me doy cuenta, todo lo abarcabas con una minuciosidad exquisita. Nadie me conoce como tú, ni yo misma. Cada álbum comienza con una fecha. Hay fotografías hasta en mi dormitorio. Cada año avanzabas un poco más, cada año que transcurría eras más osado, te acercabas sin pudor. Mi vida se ha construido gracias a tus ojos, ¿me habría muerto si hubieras dejado de mirarme, Ricardo?

He entrado en un frenesí, ya no veo, no leo, apenas distingo nada que no sea yo. Abro una caja tras otra, parecían preparadas para el traslado, ¿adónde? ¿Ibas a destruirlas? No lo creo, esto es la obra de una vida. Yo

soy tu vida. He dejado mi sangre en las solapas de cartón de algunas de ellas, la herida de la mano se me ha abierto y tengo la sensación de que es una herida que no sanará nunca.

Año tras año, año tras año, las fotos empiezan a pasar ante mí como un tornado que me arrastra al corazón de mí misma. Y de pronto mi vida es interrumpida. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué de repente dejé de interesarles a tus ojos? Reviso una y otra vez la fecha de tus últimas fotografías. Pertenecen a los días previos a nuestra cita en aquel restaurante donde conocí a tu hermano. Ahí cesan tus ojos. Nada hay antes y después de que me quedara embarazada de él, de que el destino se nos colara entre los dedos, Ricardo, y lo perdiéramos para siempre. No existen las segundas oportunidades, ahora lo sé. Todo se corrompe.

Estoy agotada desde que empezamos, ya apenas recuerdo cómo fue. El corte en la mano me resulta extraño, ajeno. Me pongo en pie y abro uno de los cajones. Veo una cajita redonda de latón. Me cuesta quitarle la tapa; dentro, enroscada en una cinta roja, hay una llave. La sostengo entre los dedos, hasta que me tiemblan y cae al suelo. La recupero, la llevo hasta mi pecho. Reviso las cajas que me faltan, el álbum que estoy buscando para corroborar la infamia. Noviembre de 2006, unas semanas después de nuestro encuentro en casa, desaparece Alba. Me engañaste, no te fuiste a México, te quedaste para espiarme de nuevo, a Eduardo, a mamá, a las niñas. Me clavo la llave en el escote, golpeo mi culpabilidad con ella, es la llave de la habitación de elefantitos, la llave que nunca apareció. ¿He sobrepasado el límite del amor y he arrastrado a la muerte y la destrucción a mis propias hijas?

AURORA

6 de abril, 21:50 horas

Doce días después de la desaparición

Estoy sentada en el coche de Ricardo, frente al volante. Puedo hacerlo. Papá, te necesito a mi lado, tú me dejabas sacar el coche del garaje. Luego conducías hasta el descampado cerca de casa, y allí cambiábamos y me dabas lecciones. Respiro hondo. Qué divertido derrapar y que te enfadaras entre risas. Miro por el retrovisor. Me tiembla el pulso. Estoy paralizada. El miedo es una anestesia. Enciendo el contacto. «Bien, Aurora, quita el freno de mano —oigo las palabras de papá en mi cabeza—. Embrague, primera, y despacito lo vas soltando al tiempo que aceleras un poco.» Se ha fundido la luz del porche, ha quedado en la penumbra. Aún no viene Ricardo, me coloco mejor el retrovisor. La tarde que papá murió, él no quería salir a conducir y yo insistí, insistí, alguien nos había roto la puerta del garaje y estaba de mal humor. «Un gamberro —decía—, y eso que nos habíamos mudado a un barrio residencial.» No puedo moverme. Intento respirar hondo. Miro el reloj del coche, los minutos pasan, tengo que irme antes de que salga. Ayúdame, papá. Siento haberte obligado a llevarme a conducir aquella tarde, siento que el coche se embalara por la cuesta de casa, siento que no pudieras frenar en el stop, lloro, pisabas el freno y no respondía, no respondía. El pánico en tu cara, papá. Veo a Ricardo por el retrovisor, viene hacia el coche. «Acelera, Aurora —me dices—, acelera.» Nos saltamos el stop, papá, y vimos esa luz redonda venir hacia nosotros, una moto a toda velocidad, la veo ahora, papá, la luz redonda, es la moto de Maty que serpentea por el camino. Es tarde. Ricardo tiene otro juego de llaves. Escucho el sonido de la puerta al abrirse. Pip. No puedo acelerar, papá, no puedo moverme, perdóname, perdóname. Siento la mano de Ricardo, es una garra en mi hombro.

—Baja del coche, Aurora.

Me sostiene con fuerza mientras le habla a Maty, que se ha detenido a nuestro lado.

—Lárgate, muchacho, pero ya. Aurora está castigada sin salir.

Él duda.

—Pensé que íbamos a ir a cenar.

—Cambio de planes, chico, vete ya.

Maty se marcha por el camino de granito, y yo comienzo a llorar. Ricardo me saca del coche, me obliga a coger la cámara y subir a la estancia secreta del torreón para grabar una toma del lecho de la princesa. Después dejamos la cámara en su mesa de trabajo. No puedo decir ni una palabra porque me ha amordazado con un trapo. En vez de regresar al coche, nos dirigimos a la valla, hacia el jardín prohibido.

RICARDO

24 de abril, 11:15 horas
Día de la desaparición

¿Lo habrás hecho ya, Blanca? Esto no va a quedar así. Yo no soy digno de tener una familia, solo Eduardo. Recuerdo el chalé adosado, en una urbanización de los alrededores de Madrid, donde vivías con él, era cómodo. Tres pisos de vida burguesa que compartías con mi hermano y con tus hijas Aurora y Clara. Años después de que Alba desapareciera, Eduardo te convenció para que os marcharais de la casa familiar, del pueblo. Si los diferentes caminos que cada uno habíais tomado para reponeros de la pérdida de vuestra hija, o peor aún, de la incertidumbre sobre lo ocurrido, supuso vuestro distanciamiento, dejar atrás esa casa donde seguíais esperando que un día ella apareciera, viva o muerta, que un perro vagabundo sacara a la luz un huesito infantil, qué absurdo, para enterrar niña y sufrimiento, suponía una maniobra de Eduardo para recuperarte, Blanca. Yo lo vi enseguida. Por ese tiempo, la relación con mi hermano se había fortalecido aún más, era lo apropiado teniendo en cuenta vuestra desgracia.

—Eduardo, tienes que pasar página —eso le decía en alguna de nuestras conversaciones telefónicas—. Vivir con la angustia de qué fue de tu hija va a dañar lo que te queda de tu vida, tu relación con Blanca.

—Ella aún se agarra a la esperanza como a un clavo ardiendo —respondía él.

—Debes disuadirla, eso no la dejará avanzar.

—Lo sé, Ricardo. Y lo intento.

—Perdóname por lo que voy a decir, pero una criatura de esa edad es difícil que sobreviva, y si la raptaron, difícil que a estas alturas pidan un rescate. No me odies por hablarte con franqueza, es lo que creo que

hubiera hecho mamá, ya sabes el refrán que tanto le gustaba: «Las cosas claras y el chocolate espeso». Debes aprender a vivir sin ella. Díselo a Blanca, pero no menciones que es cosa mía, ya sabes que nuestra relación es un tanto fría aún.

Aun así, me tomaste de nuevo la delantera, hermano, te subestimé. Conseguiste que Blanca abandonara la casa y a su madre. Sé que ella le guardaba rencor, entre otras cosas, por la aventura que tuvo con el inspector del caso, este tipo con gorra. Te la llevaste a otro lugar donde me fue muy difícil espiarla según mis métodos, esas urbanizaciones colmena donde se escucha hasta el ronquido del vecino, imposible no ser visto. Pero lo que tú no sabías es que ella venía a mí cada año, en ocasiones hasta dos veces. Ya no iba yo a ella, era Blanca la que esperaba con fervor nuestros encuentros secretos.

La muerte de su madre, la mujer de garras de árbol, en la piscina coincide con el momento en que la dejaste embarazada de Clara. No desaprovechabas una. Repasé las fechas mil veces, solo así logré perdonarla. Nueve meses después del fallecimiento de Rosa, nace Clara. Ella trató de explicármelo, pero era tal la ira que me partía por dentro que no la creí hasta que parió a la niña y me salieron los cálculos. A partir de ese instante, que me tuvo más de un año y medio sin verla, planeé mi regreso a España. Era el momento de recuperar el sitio que siempre me correspondió. No iba a esperarte para siempre, Blanca. Ese tiempo, ni siquiera nos escribimos, casi enloquezco y me convierto en una Melgar más de la familia. Tú de nuevo dando a luz otra hija de Eduardo, de nuevo fundabas con él una familia.

Decidí llevar un diario detallado de cada uno de mis pasos hasta la consecución del objetivo que me había propuesto, hasta vencer la batalla de una vez por todas y hundir al enemigo. En el avión de regreso a Madrid estuve leyendo *El arte de la guerra*, un libro muy inspirador. El lugar desde el que espiaría al enemigo para el ataque final era desconocido para mí, y más inhóspito y concurrido.

Esta es una de las anotaciones que solía hacer tras mi vuelta: «A las ocho de la mañana, se abre la puerta del garaje del chalé adosado y sale marcha atrás, más deprisa de lo que sería prudente, un coche mediano, un Volkswagen rojo. Blanca espera en la acera, tiene a Clara encajada en la cintura, es una niñita de unos dos años, de peso leve, quizá porque fue concebida con poco amor, me regocijo desde el otro lado de la acera,

oculto en un Opel de segunda mano, que he comprado por poco más de dos mil euros a mi llegada. Blanca se acerca al coche, abre la puerta del conductor y sale una adolescente, morena, desgarrada. Adivino que es mi sobrina Aurora. Se abraza a su padre, mi querido hermano, mientras Blanca le regaña, imagino que por dejar conducir a la niña, que no tiene edad. Por sus gestos deduzco que él le quita importancia. Terminan la conversación con un roce en los labios. A continuación anoto algunos de los consejos del general chino que escribió hace siglos *El arte de la guerra*: «Vencer sin luchar de frente, confundir al enemigo, aprovechar todas las oportunidades».

BLANCA

24 de abril, 8:45 horas
Día de la desaparición

He dejado a Clara en la guardería y conduzco hacia la clínica mientras lloro por lo que voy a hacer, por mi hija perdida, por Eduardo. Un año antes de que muriera, Ricardo me llamó: había abierto un estudio propio en Madrid y se había alquilado un piso en la calle Conde Duque. El de su madre era demasiado pequeño para trabajar y vivir en él. Su idea era obtener una renta que le ayudara con los gastos que le había supuesto el traslado desde México y el ponerse por su cuenta. Fue en el piso de Conde Duque donde reanudamos nuestro idilio. Primero una vez al mes, después una vez a la semana, dos. Eduardo estaba feliz de su regreso y yo comencé a tener insomnio por la culpa que arrastraba. Sin embargo, Ricardo me había perdonado por haberle sido infiel con mi propio marido y tener a Clara. Me estaba volviendo loca.

—Voy a dejar a Eduardo, te lo prometo —le decía—. Solo busco el momento para no dañar a las niñas, sobre todo a Aurora, adora a su padre.

—Yo te ayudaré. Quieres que lo haga, ¿verdad?

—Ya no hay nada entre Eduardo y yo, pero le tengo cariño, no quiero que sufra.

—No lo hará, déjalo de mi cuenta —respondió.

ARTURO

6 de mayo, 21:40 horas

Doce días después de la desaparición

Cojo el 45 después de la llamada de Blanca, salgo del hotel y me dirijo hacia la casa para recoger a Aurora.

Vine a buscar una historia y es ella la que me ha succionado a mí. El sueño que tuve el día que llegué retorna con un escalofrío. Muerto entre los pinos, sobre una manta blanca, ahogado en una taberna del trópico, ahogado con un hueso de mango. Río. Saco el paquete de cigarrillos de la guantera y me enciendo uno. Bajo la ventanilla. La noche está fresca y hay viento, parece que sabe hacia dónde me dirijo, me guía, me guía con sus ráfagas. Los pinos, bajo la oscuridad, parecen gigantes. No es buen momento para sugestionarme.

BLANCA

6 de mayo, 21:20 horas

Doce días después de la desaparición

He perdido la noción del tiempo. Dejé la ropa del armario de Ricardo por el suelo, los cajones de su escritorio reventados, la lata de galletas abierta y las llaves de Raimundo Fernández Villaverde no están. Aurora regresará a casa y él también. Me precipito hacia el salón. Veo mi bolso en el sofá, busco el móvil para saber qué hora es, para llamar a Aurora. Necesito escuchar su voz, necesito saber que está bien, que nada va a ocurrirle. He estado horas revisando álbumes. Tengo dos llamadas perdidas de ella. Temo que no pueda hablar conmigo si tiene delante a Ricardo. No sé si he cerrado la puerta con llave siquiera. Necesito un cable para el teléfono. Con la poca batería que me queda, decido llamar primero a Arturo y, gracias a Dios, contesta. Le ruego que recoja a Aurora y la cuide hasta que yo llegue. He tenido suerte, estaba en el hotel. Me pregunta el motivo y no sé qué contarle. «Protégela de Ricardo —acierto a decirle—, protégela...» Y cuelgo. La batería me dura el tiempo suficiente para escribirle un wasap avisando a Aurora y se corta.

La calle Raimundo Fernández Villaverde no está muy transitada. Pasa a mi lado una pareja y les pido que me dejen un móvil, necesito hacer una llamada a un inspector de Policía y me he quedado sin batería. Veo en los ojos de la chica que la he asustado. La mano me sangra, el trapo de cocina se ha vuelto rojo. «No tenemos», me dice el chico y se alejan de mí. Cruzo la calle porque he visto una tienda de chinos. Me atiende un chico joven que apenas se inmuta por mi aspecto y me vende el cable para el coche.

En cuanto enfilo la carretera de La Coruña y tengo algo de batería, telefono a Roger. Le cuento lo sucedido a borbotones. Doy un frenazo, voy a estrellarme con el coche que tengo delante.

AURORA

6 de mayo, 22:10 horas

Doce días después de la desaparición

¿Me va a matar también a mí? Los túneles están helados. ¿Como a Clara?, ¿ha sido él? Mamá, te odio, te odio, te odio. La cámara me decía que no era de fiar. Tengo miedo, ya no me gusta el miedo. Ricardo me obliga a caminar deprisa, no me mira, solo me empuja para que acelere el paso. No habla. Papá, ¿dónde estás? Ven en espíritu o como sea. «No me empujes tanto, no puedo caminar con la escayola, ¿dónde me llevas?» Madre mía, qué ganas de llorar. Cómo me duele la pierna. He empezado a hacerme pis y Ricardo se acaba de dar cuenta de que alguien nos sigue. Me agarra por el hombro y me detiene con brusquedad. Por primera vez, en la penumbra de la linterna del móvil, le veo los ojos y es casi peor. Me pone un dedo en los labios. Apaga la luz. Puedo oírme el corazón. Veo un punto de luz que se acerca, distingo su silueta. Dios mío, es Maty, creí que me había abandonado, que era tonto perdido y no había descifrado la cara de pánico con la que le miré cuando Ricardo le dijo «Vete, chico». «Rojo —estuve a punto de decirle—, rojo», pero no me salían las palabras, y ahora con el trapo que tengo dentro, que me ahoga, apenas puedo ni tragar. Maty, destriparranas, cómo dudé de ti. Gimo, emito un sonido gutural, Ricardo me golpea en el estómago, me arde, me doblo y caigo al suelo. Maty se ha detenido.

—¡Aurora! —me llama.

«Estoy aquí, aquí», grito en mi cabeza.

Ricardo va hacia él, y Maty sale corriendo en dirección opuesta. «Huye, huye, por favor, por lo que más quieras, y avisa a la Policía o a quien sea de que estoy aquí.» Dios mío, que no le haga daño a Maty, que

no le haga daño, no sé por qué en vez de rezar me he puesto a recitar *Hamlet* mientras lloro como una loca...

ARTURO

6 de mayo, 21:55 horas

Doce días después de la desaparición

Las tres balas están cargadas en el 45. Quizá sea el momento de la verdad. La casa está vacía, me devuelve el eco de mi voz. Todo es desorden. Encima de la mesa de trabajo de Ricardo encuentro la cámara de Aurora. Reviso la última grabación que ha recogido en la tarjeta de memoria. Es el torreón, sí, la estancia a la que se accede detrás de la cortina.

«¿Está jugando con nosotros a ser el guardián del cuento? —me pregunto—, ¿o lo es de verdad?»

RICARDO

24 de abril, 15:10 horas
Día de la desaparición

He tenido que ponerme a escuchar música en los AirPods para que no me estalle de rabia el corazón. Me has ocultado tu embarazo, Blanca, subo el volumen, mi hijo, nuestro hijo, acabas de librarte de él en esa clínica. Pensabas que te saldrías con la tuya. Mis hijos no son buenos, solo los de mi hermano son dignos de vivir para ti, tus niñas queridas.

Mi vida entera buscando una plenitud que solo tú me diste, abarcas lo bello y lo horrible de este mundo, mi Blanca. Hay que tener valor, y yo lo tengo, para transitar por las tinieblas y regresar a la luz, para transitar por la luz y regresar a las tinieblas. Por ti afronto la oscuridad, es solo un escalón que bajamos dentro de nosotros mismos, ya lo verás.

Clara llora y tú duermes. Anestesiada con el vientre vacío. Lloro y llora. Subo el volumen de los AirPods.

No sé amarte con medida. Todo o nada. Siempre fue así.

Anoche bebiste con Arturo y os encontré riendo. ¿He de sufrir de nuevo otra humillación como la que sufrí con Eduardo?

Te lo reprocho y te atreves a decirme que no puedes más, intuía que querías dejarme, no te lo permito, y Clara no deja de llorar. Voy a su dormitorio, cojo la almohada, no lo tenía previsto, pero hay otro caballo muerto, y por los túneles, a buen paso, no tardaré más de quince minutos en llegar hasta su tumba. «Aprovechar todas las oportunidades», decía *El arte de la guerra*. Al fin y al cabo, Blanca, nuestro destino se construyó sobre la casualidad.

ARTURO

6 de mayo, 22:30 horas

Doce días después de la desaparición

He llegado a casa de Estela tras telefonar a Blanca para contarle que no había ni rastro de Aurora, solo esa grabación del lecho de la bella durmiente. Me ha colgado para llamarme al poco rato.

—Yo voy hacia casa de Estela, Roger me ha dicho que puede haberla llevado al cementerio de caballos. Él se dirige hacia allí y varios coches patrulla. Regresa al hotel, puede ser peligroso.

—Estoy a dos pasos, Blanca.

—No puedo pedírtelo.

—Aún no oigo ruido de sirenas, solo echo un vistazo.

—Te lo agradezco tanto, yo voy de camino.

No podría ser otro lugar que este con sus malditos caballos. Y aquí estoy. Ha oscurecido mucho, menos mal que llevo una linterna en el coche. Estela me ha recibido muy afectada, tenía a esa yegua alrededor resoplando y se me ha hecho un nudo en el estómago. No quiero que me acompañe María del Ser al cementerio, pero insiste en guiarme por un sendero a través de las rosas hasta la entrada. En el bolsillo de la cazadora, el 45 me arde.

BLANCA

6 de mayo, 22:35 horas

Doce días después de la desaparición

He golpeado a un Ibiza rojo. No me he detenido. Que llame a la Policía, cuanta más mejor. Voy a 160 por la carretera. No tengo tiempo para llorar. Solo para llegar hasta él, solo para llegar hasta Aurora.

ARTURO

6 de mayo, 22:45 horas

Doce días después de la desaparición

Tengo la sensación de estar dentro de una película de terror. Las esculturas de los caballos me parece que se retuercen como zombis. He visto una luz encenderse y apagarse en una especie de cobertizo. Llevo el 45 en una mano. Me guío por la escasa luz de la luna y por el miedo que aguza todos los sentidos. Crujen varias ramas bajo mis pies, confío en que no delaten mi presencia, el silencio en este pueblo siempre está contaminado por el viento.

BLANCA

6 de mayo, 22:40 horas

Doce días después de la desaparición

Maldigo cada uno de los momentos que pasé contigo. La noche que hicimos el amor con tu madre recién muerta. Estabas tan triste, tan desolado. Pensé que era la primera vez que venías a mi casa. La primera vez, qué ridícula me siento ahora. La conoces mejor que yo misma. Ahora hay detalles que saltan en mi cabeza y nunca supe ver, jamás te perdiste en el jardín. Nunca te confundieron ni sus sendas ni recovecos, la finca era para ti pan comido.

Las lágrimas caen sobre el volante. Llueve dentro del coche, llueve y no puedo ver la carretera. Yo que te creía lejos, y estabas tan cerca. Acelero. Me salgo al arcén, enderezo el volante. Ya voy, Aurora, ya voy.

RICARDO

6 de mayo 22:48 horas

Doce días después de la desaparición

Blanca, mi Blanca, era verte feliz con él lo que me volvía loco. Verte reír por una broma estúpida, por la cotidianeidad que yo no podía darte. Tuve que hacerlo. Con la primera de tus hijas fue tan premeditado, tan puntilloso el procedimiento que tuve la sensación de que era el propio guardián de tu cuento el que cometía el acto y no yo. Con Clara, sin embargo, tuve que improvisar cada uno de los detalles de una manera burda. Si no hubiera muerto Sansón, quizá la niña seguiría viva.

He atado a Aurora con una cuerda, lástima que no sea roja. Si no hubiera existido tu cuento, lo habría tenido que inventar, querida mía. Estos túneles son el conducto directo al cementerio, qué fácil y rápido para no ser visto y enterrarlas. Me llamas, mi teléfono no para de sonar, pero ya no atiendo tus llamadas, solo frente a frente podemos solucionar esto, solo mirándote puedo convencerte para que huyas conmigo o para destruirnos. Por la cámara de vídeo sabrás el lugar de nuestra cita. Aurora quedará aquí a la espera de que me sea útil para presionarte. Me parece oír el clac clac del sofá de mamá, clac clac, pero no, alguien está fuera, alguien se aproxima por una senda del cementerio.

ARTURO

6 de mayo, 22:51 horas

Doce días después de la desaparición

He visto por la ventana a Aurora sentada en el suelo del cobertizo. Tiene las manos atadas a la espalda y una mordaza. Apenas me da tiempo a apuntar con el 45 cuando Ricardo se me viene encima. Disparo, la primera es de fogeo. Empuña una azada de jardín. Intenta clavármela en el pecho, me revuelvo, sabe pelear, la segunda bala es la de verdad. Disparo y le alcanzo en el estómago, se dobla y sangra. Huye, huye. Creo que me ha partido un brazo. Aurora.

ROGER

6 de mayo, 23:10 horas

Doce días después de la desaparición

Otra vez en este lugar siniestro, ahora más siniestro todavía con las luces de los coches patrulla. Justo mañana iba a venir con los tíos de confianza de la Científica. Aurora está sana y salva. Es el tal Arturo Lago el que tiene una herida en el brazo que no parece muy grave. La ambulancia está en camino. No ha tardado en llegar Blanca. He tratado de impedir que se marchara. Tenía la mano herida, una contusión en la frente de lo que parece un golpe con la luna del coche. Ha abrazado a Aurora, le ha besado el cabello, la frente, en las mejillas. Ricardo ha huido por los túneles. Ahora mismo voy con un equipo de hombres armados hasta los dientes a buscarle, y a un niño, el amigo de Aurora, que no sabemos qué habrá hecho con él. Ese tipo sabe defensa personal o boxeo, es una auténtica bestia. Seguimos la pista de sangre por el túnel al que se entra justo donde termina el cementerio de los caballos. Llevo los planos que me proporcionó Estela, la extensión es tan grande que podemos tardar en encontrarle días si no ha ido directo a la casa... Me preocupa Blanca, ha cogido el coche y parecía ella la que tenía que huir a toda velocidad.

BLANCA

6 de mayo, 23:20 horas

Doce días después de la desaparición

Sé que me esperas en el torreón, pero antes he ido a la cocina para cambiar el cuchillo que llevo en el bolso por ese con el que cortamos el pescado crudo para el sushi, recién afilado, y luego al garaje a por una lata de gasolina y la pala para quitar la nieve. Lo que queda por hacer es entre tú y yo, o entre mí misma y yo. Me fumo un cigarrillo apoyada en la pared donde tenemos colgadas las pinzas de la batería y varias llaves inglesas de distintos tamaños. Apuro hasta la colilla. Lista. Sé que me esperas en el torreón donde hicimos el amor por primera vez. No hacía falta el mensaje de la cámara que me ha transmitido Arturo. Tú y yo no necesitamos a nadie para entendernos, para ajustar cuentas. Mi madre tenía razón, los hombres malvados tienen los pies invisibles, jamás te oí acercarte a mí y a mis hijas de la manera que lo hiciste. Pero ahora tú vas a oírme a mí. La escalera me parece eterna hasta que llego arriba. Siento que mi abuela entona su «Casta diva» suicida. Aquí está parte de la historia de las Melgar. Tenía que haber subido con los collares de perlas, pues aquí nos vamos a quedar. Aurora no heredará nuestras miserias, madre, el cuento se ha terminado. En los cuentos de hadas el villano ha de tener un castigo, todos aquellos que han sido malos deben perecer. Si no se hace justicia, el niño siente que la vida es un lugar amenazador contra el que no podrá defenderse y no quiero dejarle esa herencia a Aurora.

Asciendo el último tramo y por fin te encuentro, echado sobre el lecho de la princesa, sobre el lecho de nuestro amor y nuestra infamia. Empuño fuerte el mango del cuchillo, estás herido, la camisa es pura sangre, sangre y más sangre, algo dentro de mí me dice que tire el cuchillo y corra a abrazarte, a curarte, pero no, tengo las risas de mis hijas bien

presentes en la cabeza. Eres tú quien viene hacia mí. Te dejo que me abrace y te huelo, te siento antes de que empiece la lucha, tú por besarme y yo por zafarme de ti. No hay nada que decirse ya, las palabras se las lleva el viento, y en este pueblo siempre nos acompaña. Forcejamos, te corto con el cuchillo en el brazo y corro hacia la puerta, te encierro y la atranco con la pala. La rocío de gasolina, luego cada uno de los peldaños de la escalera, mientras tú golpeas la puerta, luchas por escapar como un animal herido, asustado, recluido en una jaula donde solo le acompañan sus propios actos, el espejo de sí mismo por todas partes y no puedes soportarlo; rocío las cortinas, los sofás, el ruido es más fuerte, hasta que estalla, es la puerta, los goznes, ya la has echado abajo y saltas sobre mí. Me da tiempo a encender con el mechero el reguero que apesta y empieza el fuego. Por primera vez te atreves atacar de frente a tu presa, tanto tiempo agazapado. «Nunca has tenido valor —te digo—, por mucho que lo creas.» Me has agarrado por la espalda y forcejamos de nuevo, te doy patadas, me tiras del pelo, ya el humo nos ahoga; intento llegar a tu corazón, esta vez con el acero, tú tienes más fuerza y me lo clavas en el estómago. Sangro y me abrazas. «¿Por qué te deshiciste de nuestro hijo?», me reprochas. «No pude hacerlo. Se desangra con nosotros —te digo—, en mi vientre.» ¿Lloras?, bajo el ardor de las llamas que nos comen, amor mío, que nos comen a los tres juntos.

ROGER

13 de mayo, 11:00 horas
Diecinueve días después de la desaparición

Alba Suerga. Caso cerrado. Doce años después de la desaparición encontramos sus restos acurrucados en la tumba de un equino de nombre Jezabel. Nunca estuvo sola. Causa de la muerte: parece que por asfixia, aunque no se ha podido determinar con exactitud aún por el tiempo transcurrido. Descanse en paz.

Clara Suerga. Caso cerrado, diecinueve días después de su desaparición. Hallamos el cadáver dentro de una bolsa de ositos azules, rociado de cal viva, esta vez junto a los restos de otro equino llamado Sansón. Causa de la muerte: por asfixia. Se encontraron fibras de la almohada de su cama en boca y fosas nasales, así como ADN en uñas de la víctima perteneciente a Ricardo Suerga, su tío. Otras pruebas incriminatorias son las huellas de dicho sujeto en un saco de cal viva que se hallaba en el cobertizo del enterrador de caballos. La cinta roja que dejó en la alambrada con el fin de imitar la desaparición anteriormente citada, de la que también era culpable, pertenecía a una blusa de su esposa, Blanca Oliveira. Dicha cinta trataba de recrear un viejo cuento de hadas familiar.

Alberto Oliveira. Caso cerrado, más de veintitantos años después de la desaparición. Hallado en los túneles, que han resultado ser las galerías de una vieja mina de hierro, gracias a las indicaciones de su hija. Causa de la muerte: fuerte traumatismo craneal. El arma homicida finalmente han resultado ser unos prismáticos hallados en un piso de la calle Raimundo Fernández Villaverde, perteneciente a Ricardo Suerga al que también se le ha imputado el crimen.

¿Eduardo Suerga? ¿Hay caso? Aurora insiste en que los frenos del coche que conducía su padre, un Volkswagen rojo, habían sido

manipulados, por eso se saltó un stop y se estrellaron contra una tapia al esquivar una moto. El coche hace meses que lo han desguazado. No parece casualidad que ese mismo día alguien les rompiera la puerta del garaje durante la noche y no se llevara más que la vida de Eduardo Suerga al día siguiente y casi la de Aurora. Nada se investigó entonces, Aurora había borrado los detalles de su memoria hasta hace unos días. Todo quedó en un hombre que se saltó un stop porque iba distraído. Aurora señala como culpable a Ricardo Suerga, que ya está muerto y con tres asesinatos encima, cuatro, quizá, nunca sabremos con exactitud lo que le ocurrió a Blanca, lo que sí sabemos es que estaba embarazada.

A Iturri se le ha pasado la alergia, y con tres casos cerrados con el mismo asesino, un asesino en serie de la misma familia, tiene suficiente, está eufórico, se ha cortado el pelo para declarar delante de la prensa, y ha firmado mi jubilación.

AURORA

6 de mayo, 23:55 horas

Doce días después de la desaparición

Estoy echada en la camilla de la ambulancia junto a Arturo. A mí no me pasa nada, solo quiero ir con mi madre y averiguar qué le ha pasado a Maty, si también me lo han arrebatado. Ya se lo he dicho a los médicos, pero insisten en llevarme al hospital. Me incorporo y veo un resplandor que quema el horizonte. Sé que es el torreón, lo siento en las tripas, todas las Melgar están en mí, como decía la abuela Rosa. El humo me ahoga.

ESTELA

18 de mayo, 22:13 horas

Veinticuatro días después de la desaparición

¿Te das cuenta, María del Ser, de que Ricardo era el guardián del cuento? ¿Te das cuenta de que se llevaba por los túneles a las hijas que la princesa tenía con el príncipe?, incluso llegó a matar a su propio hijo para castigarla. ¿Te das cuenta, María del Ser, se me enciende la piel y los huesos, de que el guardián ya tiene con él para siempre a la princesa sonámbula? ¿Te das cuenta de que ya no vendrá a por más Melgar, María del Ser de mis entrañas?, te lo digo esta noche, cuando siento que se me acaba el tiempo y me voy con la Melgar que amé. ¿Te das cuenta, María del Ser, de que Aurora no volverá a esa osamenta de ceniza en que se ha convertido su casa? ¿Te das cuenta, Serita, como a ti te gusta, compañía de mis compañías, de que cada noche y cada mañana olemos todavía el humo de plaga bíblica? No sé si te das cuenta, María del Ser, saca el luto más de luto que encuentres, lino o algodón, pero fibra de mortaja, porque la agonía ha venido para quedarse, pinto un caballo y me voy con Rosa y su tintineo de perlas, con los tirabuzones revueltos y la herida del pecho que nos unió echando sangre.

Y cuando muera mi Dalila, María del Ser, arroja sus huesos sobre mis cenizas, que como una Melgar más voy a descansar al abrigo de un relincho.

AURORA

8 de mayo, 12:03 horas
Catorce días después de la desaparición

Odio las camas de hospital, no duermo nada. Tengo ojeras. Y hoy me han dicho que alguien iba a venir a verme. Se abre la puerta y aparece el inspector de la gorra, Roger, qué decepción. Sonríe y se echa a un lado. Preparo la cámara, ON: detrás de un gran ramo de rosas rojas, rojas, será capullo. Lágrima que va y lágrima que viene, me tiembla el pulso, es mi Maty destriparranas, que corrió más que un leopardo y Ricardo no le pudo pillar, quiso salvarme, yo lo sé, pero se me perdió en los túneles, que no son cualquier cosa, y llamó a la Policía para decir, dentro de sus limitaciones de sabiduría y orientación, dónde estaba yo. Así que me planta el ramo casi en la cara, y no me queda más remedio que apagar la cámara, OFF, y hundir mi cabeza en su pecho y, claro, a llorar. Cuando me separo, me enseña de extranjis el *piti* que lleva en el bolsillo de la camisa, en cuanto pueda, me escapo de la cama y nos lo fumamos juntos.

ROGER

7 de mayo, 6:33 horas

Trece días después de la desaparición

La gacela duerme, ajena a lo que ocurre en el mundo. Duerme atravesada en la cama, ocupándola toda. Le acaricio un brazo para que me haga sitio, no se despierta. La empujo con suavidad y se queja, es una niña pequeña. Me siento en la cama y trato de calmar el lobo que hay en mí, el lobo que somos todos, hoy lo he visto. He parado en un bar antes de regresar a casa, uno que siempre está abierto, y me he tomado una ginebra para quitarme de la boca el maldito sabor del fuego, el paladar de humo que me estaba ahogando. Sabía que un buen trago era lo único que podría quitármelo. No había más remedio que someterse al ritual de morir para renacer luego.

—Señor Roger, ¡cuánto tiempo sin verle! Eso es que le ha ido bien — me ha dicho el camarero. Un tipo del otro lado del mundo que vive en su franja horaria aunque en este lado del mundo, entre borrachos y prostitutas.

Después de esa ginebra he pedido otra porque aún no se iba el regusto de las llamas. A la cuarta copa he ido al baño a vomitarlo todo, un vómito negro que me ha desinflado hasta convertirme en un pellejo. Cuando he tenido fuerzas, me he arrastrado hasta el lavabo para echarme bien de agua en la cara y en el pelo. «Ya está —me he dicho—, es suficiente, la purga está hecha.» He salido del bar sin tambalarme, con la certeza de que no iba a volver jamás. Acababa de cerrar mi último caso. Queda un montón de papeleo, de pruebas que cotejar, pero para el ruiseñor está cerrado. Y hasta Iturri dice que con broche de oro, que para celebrar invita a putas. No sé qué voy a hacer con mi vida. Miro a la gacela y pienso que hasta este instante no se me ha ocurrido plantearme si tiene madre o padre, hermanos, en el país dondequiera que haya nacido, que ni siquiera lo sé,

quizá hasta tenga algún hijo. Quizá podría llevarla de regreso, meterme con ella en un avión e irme a un país donde seré un viejo que suda con sombrero panamá, solo eso, un viejo más que suda como todos los de Occidente. Quizá podría enviarla a ella sola, pagarle el billete y decirle adiós en el control de inmigración, y luego, ya jubilado, comprarme calcetines de lana para el invierno y una camisa de verano con palmeras, de manga corta, que me sirva para ir a Cuba un verano, a mirarme en los espejos de los hoteles donde solo me espera más yo y más sudor. Quizá solo me quede en casa y vea algún documental en National Geographic para recordar los tangas de mi gacela de Oriente. Al menos, la boca ya ha dejado de saberme a fuego, a humo.

AURORA

25 de mayo, 18:30 horas

Un mes y un día después de la desaparición

Llevo esperándole unos cinco minutos. Sí, he llegado antes de la hora, estoy nerviosa. Le he citado en el cine Variedades, el viejo cine como *Cinema Paradiso*. Somos dos huérfanos en el mundo. Quiero que él sea mi tutor legal hasta la mayoría de edad, es el único que me queda después de la muerte repentina de tía Estela. Hay muchos papeles que arreglar, mientras tanto pertenezco al Estado. De momento me he librado de vivir en un hogar del que me habla una tipa seria de servicios sociales, una mierda donde se debe de mascar la orfandad pura. Estoy en casa de Estela con María del Ser que me cuida, y con Dalila que está tan triste que no relincha hace días. En cuanto tenga dinero de la herencia le compro otro Sansón que le dé vidilla. Veo subir a Arturo por la calle de las Pozas, y enciendo la cámara, ON: aún tiene el brazo en cabestrillo. Está guapo. Viene con esas Converse grises. Nos hemos dado un abrazo y le he sentido la criatura del pecho.

—¿Es que no puedes dejar la cámara ni un minuto? —me pregunta mientras me revuelve el pelo, me la quita de las manos y la apaga, OFF.

En vez de quejarme le hago un gesto para que me mire la pierna mientras doy saltitos. Disimulo un gesto de dolor, pero él lo nota.

—Aurora, ten cuidado.

Le pongo un dedo en los labios. Qué sexi. No me importa que la pierna esté blanca muy blanca, una maldita pierna de nieve, ni que esté un poco más delgada, bueno, esto sí, que se me haya quedado una patita de palo color marfil no es plan. No paro de grabármela en distintas posiciones y cada vez le encuentro un parecido a algo distinto.

—Han dicho los médicos que engordará —le digo.

Lo importante es que me libré de la pata de yeso, de ser una lisiada.

Se ha quedado a vivir en el pueblo. No sé cómo le han quedado ganas. Caminamos hasta la plaza del Ayuntamiento, y de ahí a un portal cerca del Alaska. Vive en una buhardilla, como en casa. Ya tiene preparada la pantalla. Nos sentamos en el sofá.

—¿Qué me vas a poner?

—Sorpresa.

—Nooo. Un *spaghetti western* de Sergio Leone.

—Te falta aún un poco de cultura cinematográfica, so enana, no te creas tan lista.

ARTURO

20 de mayo, 18:45 horas
Veintiséis días después de la desaparición

En ocasiones me acerco hasta la verja. Aún tiene el mismo candado en los barrotes que Blanca dejó abierto el día que llegué. La cerradura está rota y basta una fácil manipulación para que se abra. Quito la cadena y me cuelo en la propiedad. Estoy dentro de un sueño, dentro de una película, regreso a Manderley, soy Joan Fontaine en *Rebeca*. Sé que pronto empezaré a escribir de nuevo, estoy cerca. El humo aún se siente en la garganta, y me parece ver la silueta de Ricardo en la ventana de su estudio, mientras vuela a mi lado la bufanda verde de Blanca, como aquella tarde, y su boina francesa. Y un poco más allá, el perfil del torreón quemado donde ella duerme esta vez para siempre.

AURORA

5 de junio, 18:00 horas

Un mes y doce días después de la desaparición

Hoy es mi cumpleaños, y el de Alba. Dieciséis, querida hermana. Tras varios intentos de localizarme por distintos medios, he recibido una llamada de una joyería donde mamá había hecho un encargo hace meses. He ido a recogerlo acompañada de Arturo. Es el collar de perlas de las Melgar que iba a regalarme. Me lo cuelgo del cuello y veo a la abuela Rosa bailar tango en el salón de casa.

Quería acercarme al cementerio, a la tumba pequeña de Alba, pero ha sido poner un pie a la entrada, ver el ciprés y quedarme blanca. Nos vamos, me ha dicho Arturo. Mamá y Clara también están enterradas allí. Al regresar a casa de Estela nos estaba esperando un abogado amigo de Arturo. Dice que a lo mejor me puedo emancipar, o sea, ser mayor antes de tiempo, y quedarme aquí. María del Ser afirma que soy la señora de la casa. Cuando se han marchado, he subido a mi dormitorio y he encendido la cámara, ON: me pruebo todos los collares de las Melgar: el de mi bisabuela Fina, el de mi abuela Rosa, el de mamá y el mío, tengo un traje de perlas, vamos, ni Coco Chanel. María del Ser se ha puesto a aplaudir. Todas las Melgar están en mí, mamá, pero sobre todo tú, la que más añoro. OFF.

RICARDO

6 de mayo, 23:30 horas

Doce días después de la desaparición

Te oigo subir por la escalera del torreón. Siento que de aquí no vamos a salir. La casualidad nos unió, llámala destino o helado de pistacho. Has sido siempre mi vida, Blanca, mi pasión y hoy mi muerte. El amor no es una quimera, yo lo sé, y tú, tan solo la mayoría de los hombres no están preparados para soportarlo.

AGRADECIMIENTOS

Aunque dicen que el trabajo de un escritor es solitario, esta novela no existiría, y probablemente su autora tampoco, que fue poseída por ella, sin la ayuda, el apoyo, el cariño y la compañía de las personas que cito a continuación y a las que estoy más que agradecida: mi hija Lucía, mi luz, el personaje de Aurora y su voz le deben mucho a ella, y mis padres y mi hermana, que me perdonan mis prolongadas ausencias del mundo real y siempre están a mi lado, sin ellos mi corazón siempre estaría roto; mi marido, Manolo Yllera, que sufrió conmigo las peripecias de los personajes, sus insomnios, pasiones y angustias, aparte de alguna que otra paranoia creativa de la que me salvó; mi agente, y primero amiga, Palmira Márquez, sus palabras y sugerencias fueron fuente de inspiración y de ánimo en los momentos más duros, autor y agente en un tándem de armonía perfecta; mis queridas amigas, Petra Pappova y Nuria Sierra, lectoras infatigables de los borradores primeros de *Rómpete, corazón*, sus comentarios enriquecieron esta historia y su amistad hizo que su autora no desfalleciera; mis editoras Puri Plaza y Raquel Gisbert, que me cuidan y me guían con mano sabia por este mundo de las letras; mi familia, que llaman política, pero que está más enraizada en mi corazón que en la fría disciplina que le da nombre; Clara Obligado, siempre mi maestra, que me inculcó la curiosidad para investigar más a fondo el significado de los cuentos de hadas.

Y a un pueblo: San Lorenzo de El Escorial, donde transcurre *Rómpete, corazón*, porque lo llevo dentro de las venas. Su olor a tomillo y a verano, su viento, la belleza de su monasterio, sus leyendas... En él crecí durante mis vacaciones, en él viví durante la escritura de esta novela, en la

falda de ese monte mágico, Abantos, cuya presencia me acompañaba cada día.

Rómpete, corazón
Cristina López Barrio

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Tran Nguyen

© Cristina López Barrio, 2019
Autora representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21862-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.